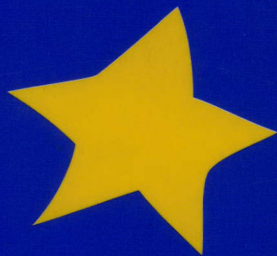


MÁS PATRIOTAS QUE NADIE



Michael Parenti

Otro revelador libro del autor de "La Historia como Misterio", que ahora aborda el fenómeno del "Superpatriotismo", tan arraigado en la sociedad estadounidense.





kata
krak
liburuak

(+34) 948 225 520
Iruñea - Pamplona

MÁS PATRIOTAS QUE NADIE

Michael Parenti

Editorial Hiru
Hondarribia
2004

Título original: *Superpatriotism*

© 2004 by Michael Parenti

Reservados todos los derechos.
Queda prohibido reproducir
total o parcialmente esta obra
por cualquier medio, sin permiso
previo de esta Editorial.

© de la traducción: José Sastre
© de esta edición: Argitaletxe HIRU, S.L.
Apartado de Correos 184
20280 HONDARRIBIA (Guipúzcoa)
e-mail: hiru@euskalnet.net
www.hiru-ed.com

Diseño y portada de la colección OTRAS VOCES:

Eva Forest

Maquetación:

Eva Sastre

Impresión: Gráficas Lizarra, S.L. (Estella-Navarra)

ISBN: 84-95786-78-8

Depósito Legal: NA-3152-2004

MÁS PATRIOTAS QUE NADIE

Michael Parenti

Traducción:

José Sastre

AGRADECIMIENTOS

Amanda Bellerby, Juliana Baker, Violeta Ettare y Marisa Tregrossi me dieron su valioso apoyo durante el transcurso de la escritura de este libro. Jenny Taylor también supuso una ayuda muy apreciable. Mi agradecimiento también a Nancy J. Peters y a otros miembros del personal de City Lights Books por su colaboración.

Dedicado a Robert E. Lane y a Helen Lane

¿QUÉ SIGNIFICA AMAR A NUESTRO PAÍS?

Como invitado en emisoras de radio he criticado aspectos de la política exterior de los Estados Unidos. En una ocasión un oyente airado llamó para preguntarme, “¿No ama usted a su país?”. He aquí alguien que dudaba de mi patriotismo porque yo ponía en cuestión ciertas políticas seguidas por los líderes de los Estados Unidos. El comunicante manifestaba síntomas de lo que yo llamo *superpatriotismo*, la disposición a seguir a los líderes nacionales de forma incuestionable en sus relaciones con otros países, especialmente en las confrontaciones que llevan consigo la fuerza militar.

Mucha gente en diferentes países se consideran a sí mismos patriotas en el sentido en que comparten lealtades comunes e ideales nacionales. Generalmente, en tiempos tranquilos, no hacen mucha ostentación de tales adhesiones. Pero durante períodos de especial urgencia o de crisis nacional sus líderes aprovechan la oportunidad para transformar este patriotismo superficial en *superpatriotismo*.

En este país el *superpatriotismo* descansa en la presunción equivocada de que los Estados Unidos están dotados de una virtud superior y tienen una historia única y un lugar especial en el mundo.

Para el superpatriota norteamericano el orgullo nacionalista, o “americanismo”, está situado por encima de cualquier otra consideración pública. Sea o no el superpatriotismo el último refugio de los canallas, como podría decir el Dr. Johnson, es en cualquier caso una fuerza emotiva utilizada por los líderes políticos y por los ciudadanos corrientes para envolver su discurso. Creo que eso era lo que el comunicante estaba haciendo (lo intentase o no) cuando me preguntaba si yo amaba a mi país. En cualquier caso yo contestaría a la pregunta con otra: ¿Qué significa exactamente amar a nuestro país?

* * *

¿Amamos cada calle y cada camino, cada colina y cada valle de América? Hay tantos paisajes y lugares dentro de los Estados Unidos a los que uno podría sentirse unido. Sin embargo la mayoría de nosotros ha tenido contacto con pocos lugares del vasto territorio de esta nación, ya que carecemos del tiempo y el dinero necesarios para hacer un viaje que pudiera cubrir su gran extensión. ¿Y qué decir de las bellezas naturales de otros países de todo el mundo? ¿Sería yo menos patriota si me viera obligado a reconocer que hay partes de Irlanda o de Nueva Zelanda que son más bellas que nuestra región del Pacífico noroccidental? ¿Carecería de patriotismo si pensara que París es más cautivador que San Francisco? ¿O que la Plaza Navona de Roma es más atractiva que el Rockefeller Center de Nueva York?

Quizá es que amar a nuestro país significa amar al *pueblo* americano. Pero incluso los más gregarios entre nosotros sólo conocen a una parte insignificante de la gente de los Estados Unidos, de ese vasto conjunto de diversidades étnicas, religiosas y de clase. En

cualquier caso hay un muchos superpatriotas que no sienten cariño por ciertos compatriotas suyos cuyo estilo de vida, creencias, raza o bajo nivel económico encuentran repugnante.

Podría ser que pudiéramos querer a toda la gente en abstracto, sintiendo una atracción común porque todos somos americanos. ¿Pero realmente qué es particularmente digno de cariño entre todos los americanos, incluso en abstracto? Aunque muchos americanos son agradables y simpáticos, algunos no son admirables en absoluto. Entre los compatriotas que no cuentan con mi afecto están los acaparadores despiadados, los estafadores de las corporaciones, los líderes corruptos, los fanáticos, los sexistas, los criminales violentos y los rabiosos militaristas superpatriotas.

* * *

Puede ser que nuestros superpatriotas amen a su país por su historia. Uno lo dudaría, ya que gran parte de esa historia es evidentemente desconocida para ellos: la lucha por la libertad de expresión que viene desde la época colonial hasta nuestros días, las batallas feroces por la negociación colectiva y las condiciones de trabajo decentes, las largas campañas por extender el sufragio a todos los ciudadanos, incluyendo los trabajadores pobres y las mujeres, las luchas por abolir la esclavitud, terminar con la segregación racial, extender los derechos civiles, establecer la enseñanza pública gratuita, los servicios públicos de salud, la protección medioambiental y al consumidor, la seguridad en el trabajo y por imponer unos impuestos progresivos y terminar con las guerras de agresión, así como otros temas relativos a la paz y a la justicia social.

He aquí una historia que ciertamente puede hacerle a uno sentirse orgulloso de su país y amar a la gente valerosa que combatió por la democracia política y económica. Pero muchos superpatriotas lamentablemente ignoran esta historia, especialmente por lo poco que se enseña de ella en las escuelas. Es una desgracia, porque eso añadiría más sustancia a su amor por el país.

Tampoco se enseña en modo alguno el lado más oscuro de nuestra historia. ¿Qué hay de amable en la exterminación de las naciones indias nativas de América, un hecho sangriento que se extendió durante más de cuatro siglos, incluyendo la apropiación de millones de acres de sus tierras? No hay nada digno de cariño en el secuestro y esclavitud sistemáticos de millones de africanos, los linchamientos y asesinatos de la época del segregacionismo, los más recientes asesinatos de los miembros del partido de los Panteras Negras y otros disidentes políticos, el robo de la mitad de México (lo que hoy día son Texas, Nuevo México, Arizona, California y una parte de Colorado), la apropiación de Hawai, Guam, Puerto Rico y Cuba, la sangrienta conquista de Filipinas y las intervenciones y guerras de agresión contra una gran lista de otros países.

¿Deberíamos amar a nuestro país por su cultura? Los americanos no podemos presumir de un Shakespeare, un Goethe, un Cervantes o un Dante, pero podemos estar orgullosos de nuestros dramaturgos y poetas, de nuestro arte y nuestra ópera, nuestra música y nuestra danza, nuestros museos y nuestras orquestas sinfónicas, nuestras bibliotecas y universidades. Sin embargo, por lo que yo sé, nuestros superpatriotas evidencian un interés relativamente pequeño por estas cosas. Más bien las artes y la enseñanza están sujetas a recortes presupuestarios sin piedad por parte de los políticos superpatriotas, que prefieren derrochar nuestros fondos públicos en un

gigantesco presupuesto militar. Matan de hambre a Atenas para hacer una Esparta mucho más fuerte.

Mientras podemos alabar las cosas buenas de nuestra cultura, algunos otros aspectos son mucho más difíciles de celebrar: el abuso mental de la mayoría de las ofertas televisivas y cinematográficas, el comercialismo omnipresente, la plaga urbana y suburbana del crimen, los barrios infectados de droga, la proliferación de campamentos de chabolas y de gente sin techo, la contaminación tóxica, las tierras desoladas, los bosques deforestados, la mortalidad en las carreteras, la contaminación de nuestros ríos, mares y aguas subterráneas, los índices astronómicos de homicidios, el abuso infantil, las depresiones emocionales y el abuso conyugal, la enorme y todavía creciente distancia entre los obscenamente ricos y los desesperadamente pobres, la rapacidad de las corporaciones gigantes, la corrupción económica de gran parte de nuestra vida pública y otras cosas igualmente deprimentes.

* * *

Algunos superpatriotas proclaman que ellos aman a América por la libertad que nos otorga. Sin embargo la mayoría de ellos parecen amar la libertad sólo en abstracto, porque no pueden soportar la disidencia y las protestas que son la práctica normal de la gente libre. Tienen problemas para tolerar las críticas dirigidas contra ciertas políticas e instituciones de los Estados Unidos. Más bien los superpatriotas están dispuestos a apoyar la conformidad política y tomar medidas represivas contra la heterodoxia.

Podemos cuestionarnos la calidad de la libertad que se dice que disfrutamos, porque en realidad no somos tan libres como a menudo suponemos. Estar fuera de corriente en nuestra opinión política a menudo supone poner en peligro nuestra carrera, incluso en una profesión como la enseñanza, que predica la libertad académica.¹ Los periodistas que trabajan para los grandes grupos de medios de comunicación y que proclaman no tener trabas en su trabajo, pasan por alto el hecho de que son libres de decir lo que quieren porque a sus jefes les gusta lo que dicen. Raramente, si es que ocurre alguna vez, se pasan de los parámetros respetables del paradigma dominante, y cuando lo hacen supone un gran riesgo.

Los principales medios de los Estados Unidos son propiedad de corporaciones gigantescas, influenciadas por las ricas corporaciones de anunciantes, que raras veces cuestionan el sistema de libre mercado en casa y en el exterior. La política exterior americana carece de análisis y comentarios en las noticias. Aquellos que tienen puntos de vista críticos respecto al poder corporativo y al intervencionismo global de los Estados Unidos raramente tienen la oportunidad de alcanzar una audiencia masiva.

* * *

Muchos de nuestros superpatriotas aman a este país porque está considerado la tierra de las oportunidades, un lugar donde la gente puede tener éxito si dispone del espíritu necesario. Pero el éxito individual generalmente viene de imponerse sobre otros. Y cuando llega un premio grande en esta sociedad dirigida por el dinero, casi todos somos perdedores o simplemente hombres grises. El espacio en lo alto está limitado a un grupo selecto, unos pocos que han teni-

do la suerte de nacer en una familia de altas rentas y nivel social. Incluso si la economía de los Estados Unidos recompensara a los de capacidad y energía excepcionales, ¿debemos medir la calidad de vida por la cualidad de superar a los demás? Incluso si fuera tan fácil hacerse multimillonario en América, ¿qué hay de grande en eso? ¿Por qué la habilidad de amasar grandes sumas de dinero debe ser una razón para amar al país? ¿Qué hay de admirable en un patriotismo basado en el dinero?

En cualquier caso algunos americanos tienen problemas para sentirse patriotas por esa causa. No desean consumir sus vidas intentando hacerse ricos, intentando tener ventajas a costa de los demás. Quieren hacer un trabajo que mejore la calidad de vida de toda la sociedad. Si reciben una recompensa por su contribución, muchísimo mejor, pero esa no es su prioridad, ni piensan que la recompensa debe ser astronómica y libre de impuestos.

Por supuesto, la oportunidad económica no consiste exclusivamente en hacerse rico. En América, se dice, hay millones que tienen la oportunidad de “salir adelante”, vivir con confort y prosperidad, lejos de alcanzar ingresos estratosféricos. Pero hay millones que han trabajado duro toda su vida y no consiguen una vida confortable. El ascenso profesional en los Estados Unidos no es más fácil que en otras naciones industrializadas. Casi todos los americanos permanecen en el mismo nivel económico en el que nacen. Si acaso, con el mercado global de las décadas recientes, ha habido mucho movimiento horizontal. Ya nadie garantiza que los americanos vivirán mejor que sus padres. De hecho la mayoría no vivirán tan bien. La vida se ha hecho cada vez más estresante y difícil y todos tienen que trabajar más y más duro para permanecer a flote, con poco beneficio, ingresos insuficientes, más estrés y menos seguridad en el trabajo.

Al contrario de lo que dice el mito popular, los Estados Unidos tienen el más pequeño —no el más grande— estrato de rentas medias del mundo industrializado. El promedio de ingresos está modestamente por encima, pero sólo debido a una carga de trabajo más intensiva. (En la tan cacareada recuperación económica de los años 2003/2004, las inversiones, las ventas y los beneficios se incrementaron, pero los salarios permanecieron al mismo nivel.) Los trabajadores de los Estados Unidos hacen frente a uno de los años de trabajo más duro del mundo. Disfrutan de un promedio de diez días al año de vacaciones pagadas, comparado con los países de Europa occidental que normalmente tienen treinta días. Incluso algunos países latinoamericanos tienen un mes obligatorio de vacaciones pagadas.²

América no ha sido una tierra de oportunidad o mejora económica para los indios nativos americanos (excepto para algunos propietarios de casinos), que han visto sus tierras usurpadas y sus poblaciones tristemente reducidas por la muerte y la enfermedad; ni para los trabajadores industriales, que todavía hacen frente a riesgos en el trabajo que amenazan sus vidas, o ven sus empleos en peligro por su exportación al tercer mundo; ni para los granjeros, que suelen trabajar largas jornadas por salarios de mera subsistencia; ni para millones de otros trabajadores que desempeñan ocupaciones marginales por una paga miserable, o que se las arreglan para asistir a la enseñanza superior sólo para hacer frente a la carencia de oportunidades de empleo, mientras se enfangan en préstamos para estudiantes que difícilmente podrán devolver.

* * *

En suma, parece que la *América* que nuestros superpatriotas proclaman que hay que amar no es ni una totalidad geográfica o demográfica, ni una heredad cultural como tal, ni realmente una tierra de libertad ilimitada, oportunidad y prosperidad. La *América* de los superpatriotas es una abstracción ideológica simplificada, un símbolo emotivo representado por otros símbolos abstractos como la bandera. Es el objeto de una devoción ciega sin una base histórica honesta. Para el superpatriota, los que no comparten este americanismo sin crítica alguna deberían vivir en otro país.

NOTAS

1. Para más detalles sobre la naturaleza represiva del mundo académico, ver mi *Dirty Truths* (San Francisco: City Lights, 1996), 2325-52.

2. Ver Doug Henwood, *After the New Economy* (Nueva York: New Press, 2003).

AMÉRICA, AMARLA O DEJARLA

Durante los últimos años de la década de 1960 un número creciente de americanos tomaron las calles para protestar contra la guerra en Indochina y los bombardeos salvajemente intensivos sobre las poblaciones civiles de Vietnam, Camboya y Laos. En respuesta, los defensores de la guerra atacaron rápidamente a los manifestantes, tanto de forma verbal como a veces incluso física. Anclados en la creencia de que cualquier guerra emprendida por los Estados Unidos debe ser *ipso facto* una empresa noble, independientemente de sus costes humanos, los superpatriotas sólo pueden llegar a la conclusión de que los que protestan contra la guerra son poco menos que traidores que ayudan y alientan al enemigo. En este caso nuestros “enemigos” eran a menudo campesinos indochinos pobres que luchaban por liberar a su país del control extranjero.

No fue mucho antes cuando el eslogan superpatriota de “América, ámala o déjala” empezó a aparecer en letreros y pegatinas, así como en las declaraciones de los políticos.

Los oponentes a la guerra de Vietnam llevaron a cabo muchas acciones valiosas. Galvanizando a un gran número de personas echaron abajo la noción sacrosanta de que nadie podía oponerse a

la guerra mientras el país estaba inmerso en ella. Se opusieron a la idea ampliamente aceptada de que los Estados Unidos jugaban un papel primordial y virtuoso en el mundo. Expusieron los intereses materialistas y egoístas que había tras el intervencionismo de los Estados Unidos en el exterior. Y muchos empezaron a cuestionarse el conjunto del sistema político elitista que originaba esa clase de política.

El movimiento antibelicista también hizo públicos los aspectos terribles del conflicto en Indochina: los pueblos destruidos y la gente inocente masacrada, los niños quemados con Napalm, los bosques, huertos, granjas, junglas, la vida salvaje y los propios campesinos envenenados con el Agente Naranja y otros defoliantes, información que fue en gran parte omitida por los medios de información y los funcionarios del gobierno durante casi toda la guerra.¹ Los pacifistas defendieron el impago de impuestos y la desobediencia civil. Bloquearon las oficinas de reclutamiento y los centros de inducción, espolearon a los reclutadores del ejército en los campus universitarios, marcharon en oleadas por las calles y generalmente actuaron como un freno insurgente sobre los líderes belicistas.

El movimiento alcanzó al propio ejército, creando un clima de disidencia que afectó al rendimiento de los soldados en Vietnam. Durante los últimos años de la guerra los escuadrones y pelotones de infantería se negaron a avanzar en profundidad en la jungla para contactar con el enemigo, unos 700 reclutas desertaron y hubo unos cuantos motines, incluyendo al menos uno que afectó a toda una compañía. Los oficiales fueron en alguna ocasión el objetivo de las granadas de fragmentación de sus propios hombres.² Dentro del país, el movimiento por la paz ayudó a objetores de conciencia y otras personas que se resistieron a ser reclutadas y a crear un clima de opinión contra la guerra.

Los disidentes también demostraron al mundo y a los propios Estados Unidos que había *otra* América, aquella que no caía estúpidamente en la obediencia ciega una vez que empezaba el ondear de banderas y el sonido de la música marcial. Así, mientras alguna gente gritaba “América, ámala o déjala”, los que protestaban ahora respondían, “América, cámbiala o piérdela”.

“América, ámala o déjala” es una variación de un viejo dicho que circuló durante más de un siglo: “Mi país, tenga razón o no”, una proclamación desnuda de apoyo al gobierno de los Estados Unidos en sus conflictos con otros gobiernos, independientemente de las implicaciones morales que existan. Es difícil decir qué postura es más insufrible: la mentalidad del “tenga o no razón” que apoya cualquier acto de los Estados Unidos, incluidos los que son presumiblemente equivocados, o la del “ámala o déjala” que se niega a ver que hay algo equivocado.

Habiendo sido testigos de lo que se hacía en nombre del americanismo, algunos de los que protestaban durante la época de Vietnam atacaron a los símbolos patrióticos de nuestro país. Algunos quemaron banderas americanas, lo que convenció más a los americanos convencionales de que eran maníacos o traidores. Los antibelicistas echaron la culpa erróneamente a una entidad llamada *América*, a veces escribiendo la palabra como “Amérika”, intentando darle un sonido más germánico-nazi, o “Amérikkkka”, con tres letras k, las iniciales del Ku Klux Klan, convirtiendo a la propia palabra en una especie de maldición. Así hicieron erróneamente de América el problema, echando la culpa a la nación de lo que perpetraban en su nombre los líderes del país.³

Al actuar así les hacían el juego a esos líderes que de forma oportunista hacían que su política de guerra pareciera una manifesta-

ción del verdadero americanismo. América se transformó en una entidad con una moral propia, supremamente virtuosa para los que ondeaban las banderas y maligna para los que las quemaban.

“América” al mismo tiempo también se convirtió en un problema en otro sentido. Muchos latinoamericanos y algunos canadienses, junto con algunos defensores de la paz en los Estados Unidos, se oponían —y todavía se oponen— a aplicar los términos “América” y “americanos” a los Estados Unidos y a sus ciudadanos. Argumentan que “América” se refiere al hemisferio occidental completo y no es apropiado para un solo país en particular. De hecho las gentes de otros países se llaman a sí mismos brasileños, chilenos, hondureños, mexicanos, canadienses, etc. No se identifican a sí mismos *nacionalmente* como americanos. Y no quieren que los ciudadanos de los Estados Unidos lo hagan.

Uno podría preguntarse por qué el apelativo “América” tiene que ser acaparado por alguien en particular. Se deriva del explorador Américo Vespucio, que por cierto fue un esclavista y saqueador despreciable, tan despiadado como Colón. (En este libro yo aplico los términos “América” y “americano” al referirme a los Estados Unidos y a sus ciudadanos, porque éste es el inevitable idioma nacionalista en el que me estoy expresando).

* * *

Hasta el día de hoy los líderes políticos de los Estados Unidos continúan envolviéndose en la bandera, calificando toda oposición a sus políticas como un ataque contra la propia nación. En la campaña electoral de 1992 Bush el viejo respondió a las críticas de Bill

Clinton respecto a la recesión económica lo siguiente: “Mi oponente dice que América es una nación en declive... Bien, no dejéis que nadie os diga que América es un país de segunda fila, especialmente alguien que quiere ser presidente”.⁴ Así, las críticas a la política económica de su administración las convertía en un ataque a la propia América.

Esto nos recuerda que América se hubiera convertido en el problema para los superpatriotas incluso aunque no se hubieran quemado banderas, e incluso aunque nadie hubiera pensado en escribir “Amérikka”. “América, ámala o déjala” es un eslogan demasiado incitador para los que no desean ver sus políticas sujetas a un análisis racional. Gritando “ámala o déjala” pueden proclamar su monopolio sobre el patriotismo y denigrar a los que disienten como si no amaran a su país.

Éste continúa siendo el caso. Los que se oponen a la política exterior de los Estados Unidos todavía son acusados de echar la culpa u odiar a América. Una vez más los que protestan son el problema, en vez de la política contra la que protestan.

En respuesta debemos señalar repetidamente que los que critican a los líderes y sus políticas particulares o las condiciones sociales de su país no manifiestan carencia de lealtad. Si la prueba de patriotismo sólo consiste en apoyar al líder siempre que éste agite la bandera, entonces lo que tenemos es una forma de dictadura, pero no una democracia.

Los que criticamos la política de los Estados Unidos no dirigimos nuestras protestas contra esa entidad conocida como América, sino contra sus líderes particulares que, pensamos, no representan los intereses del pueblo americano ni de cualquier otro pueblo, sino que defienden los intereses de una camarilla privilegiada. No esta-

mos siendo antiamericanos cuando criticamos las políticas del presidente, no más de lo que somos anti-Middletown y carecemos de espíritu comunitario si nos oponemos a la política del alcalde de Middletown o de cualquier otra localidad. Completamente al contrario, nuestra oposición surge de la preocupación por lo que se hace —y en nombre de quién— en nuestro país o en nuestra comunidad.

Por la misma razón que no somos antisemitas si criticamos al gobierno israelí por las incursiones y los asentamientos en los territorios ocupados y por su trato a los palestinos. Algunos de los críticos más duros con la política israelí son israelitas que viven en Israel o judíos americanos que viven en los Estados Unidos que —al contrario de la acusación fácil que se les hace— no son “judíos que se odian a sí mismos”. De hecho la mayoría están muy orgullosos de su ascendencia judía. Del mismo modo, no mostramos odio hacia México, Italia, Polonia, China o cualquier otra nación, nacionalidad o grupo étnico si denunciamos las políticas particulares de los gobiernos mexicano, italiano, polaco o chino.

La expresión “ámala o déjala” significa amar a América *como es*. Sus instituciones nacionales y su política exterior tienen que estar por encima de toda crítica. A los que ven problemas serios en la sociedad americana se les acusa de despreciar el Estilo de Vida Americano. Pero el estilo americano debe criticar y debatir abiertamente, no aceptar sin recapacitar lo que hacen los funcionarios del gobierno de este o de cualquier otro país.

* * *

Los superpatriotas nos dicen que en muchos países la gente no tiene derecho a criticar a sus gobiernos. Presumiblemente nosotros deberíamos estar agradecidos por nuestra libertad de disentir absteniéndonos de hacerlo; y si hablamos y criticamos libremente demostramos ser ingratos y por tanto indignos de tener derecho a hablar. Parece que “abusamos” de nuestros derechos simplemente si los utilizamos. La única cosa que iguala lo que celebran los superpatriotas: nuestra libertad en abstracto, es su intolerancia hacia cualquiera que la pone realmente en práctica.

Algunos superpatriotas piensan que no debemos criticar al maravilloso país que tanto nos ha dado. De hecho nadie nos ha dado nada, y desde luego no aquellos que han gobernado nuestra sociedad. El pueblo americano, incluidos todos los grupos de emigrantes y minorías, han tenido que luchar largo y duro para conseguir los derechos que ahora disfrutan. Como hijo de una familia pobre trabajadora italoamericana, pude ir a la escuela en la primera mitad del último siglo sólo porque unas generaciones antes que la mía lucharon contra la plutocracia privilegiada por el derecho a la educación pública gratuita.

Y lo mismo con cualquier otra cosa buena que nos han “dado”. Por qué deberíamos sentirnos en deuda con la clase dirigente por “darnos” una vida mejor, cuando de hecho se han resistido de forma furibunda ante cualquier avance democrático o igualitario, que el pueblo americano se ha ganado durante dos siglos de luchas, incluyendo la mejora en las relaciones laborales, la participación popular en las elecciones, la educación pública, las protecciones al medio ambiente y al consumidor, las jubilaciones pagadas, los servicios sociales y otras medidas similares. Como buenos reaccionarios que son, los plutócratas continúan oponiéndose a la mayoría de estas cosas. Y en décadas recientes han tenido un éxito creciente en hacer-

nos volver a los viejos días del Gran Dinero y la pequeña democracia.

* * *

Volviendo al tema de “ámala o déjala” muchos americanos se sorprenderían al saber que todos los años hay un número sustancial de gente que abandona los Estados Unidos. La atención pública siempre se ha centrado en las oleadas de inmigrantes que afluyen a nuestras playas y se ha prestado poca atención al movimiento contrario. La emigración es un fenómeno que raramente se reconoce públicamente e incluso que no se registra de forma oficial, casi como si fuera un asunto embarazoso o, lo que es peor, un fenómeno no americano indigno de atención.

A pesar de las deficiencias de los datos, hay bastante información fiable disponible como para determinar que durante gran parte del siglo XX los Estados Unidos han ganado unos 30 millones de inmigrantes y han perdido unos 10 millones de emigrantes. Actualmente más de 150.000 personas abandonan el país cada año. Dos tercios de ellos son antiguos inmigrantes que deciden volver a casa o irse a otro país. El resto son ciudadanos americanos. Unos 300.000 ciudadanos americanos dejaron de forma permanente el país en la década de 1960, una década relativamente prospera.⁵ Y esto sin contar los que podrían haber deseado marcharse pero que carecieron de posibilidades de hacerlo.

Alrededor de un tercio de los ciudadanos americanos que emigran cada año lo hacen a Canadá y México. Los siguientes destinos más populares son el Reino Unido y Alemania, con Bélgica, Holan-

da, Suecia, Noruega y Hong Kong recibiendo una cantidad importante en proporción a su tamaño. Hay también un número considerable que fija su residencia en Japón y Australia.⁶ Los americanos emigran generalmente por las mismas razones que hacen que la gente de otras naciones abandone su tierra: mejores oportunidades de trabajo en el extranjero, disconformidad con la calidad de vida, deseo de escapar de situaciones conflictivas, atracción por la cultura y la forma de vida de otro país, deseo de reunirse con su familia y matrimonios con extranjeros.

En suma, cada año decenas de miles de americanos revelan que no están dormidos en la mística de la grandeza insuperable de América. Como no la aman, la dejan. O puede que la amen, pero por alguna razón encuentran otro lugar más prometedor. Tales datos contradicen la idea chauvinista de que todo el mundo quiere venir a América pero nadie quiere dejarla.⁷

NOTAS

1. Ver William Griffith y John Marciano, *Lessons of the Vietnam War* (Totowa, N.J.: Rowman y Allanheld, 1979) respecto al tratamiento de la guerra por parte de los medios de información.

2. Richard Boyle, *Flower of the Dragon: The Breakdown of the U.S. Army in Vietnam* (San Francisco: Ramparts Press, 1972).

3. Tales denominaciones todavía se usan en algunos casos. Así un artículo en *Prison Focus*, n°18, otoño de 2003, se refiere a “los Estados Unidos de Amérikkka” y a “la infraestructura social amerikkkana”.

4. George Bush, discurso de aceptación, citado en el *New York Times* de 21 de agosto de 1992.

5. Jeffrey Passel y Jennifer Peck, "Estimating Emigration from the United States", documento sin publicar, 1979 (Population Division, US Bureau of the Census) y estudios citados.

6. Robert Warren y Ellen Percy Kraly, "The Elusive Exodus: Emigration from the United States", *Population Trends and Public Policy*, nº8, marzo 1985.

7. Warren y Kraly, "The Elusive Exodus".

LA IMPORTANCIA DE SER EL “NÚMERO UNO”

Los superpatriotas proclaman orgullosamente que los Estados Unidos son el “Número Uno”. Los presidentes del país están especialmente afectados por este síndrome del *número uno*.* A finales de la década de 1960 el presidente Richard Nixon dijo: “América es todavía el Número Uno” (el “todavía” indicaba una posible ansiedad respecto a un posible descenso). En la campaña de las elecciones de 1988, el candidato demócrata a la presidencia Michael Dukakis afirmó que “nosotros tenemos que hacer de América de nuevo el Número Uno”. En la década de 1980 el presidente Ronald Reagan declaró que América era el Número Uno y seguía siendo grande, al contrario que esas otras naciones que se arrastran o son insignificantes. En la campaña de 1992 el presidente republicano en el cargo, George Bush, nos volvió a asegurar que América es el “Número Uno” y no de “segunda fila”. Y años más tarde su hijo, el presidente George W. Bush, declaró que “América es el país más grande del mundo”, lo cual no es más que otra forma de decir que somos el Número Uno.

I. En castellano en el original.

Ninguno de estos líderes explicó nunca por qué es tan importante ser el Número Uno o el más grande, ni qué supone realmente estar en lo alto del escalafón. ¿Qué rasgos específicos nos cualifican para estar en esa posición? ¿*En qué* somos exactamente el Número Uno? ¿En población? No, ciertamente China copa todos los premios en esa categoría, seguida de la India. ¿En tamaño geográfico? Rusia y Canadá son más grandes que los Estados Unidos.

¿Somos el Número Uno en herencia cultural? Eso depende de cómo definamos “cultura”. Si lo tomamos en el sentido usual de arte, artesanía, arquitectura, música, leyes, mitología, filosofía, literatura y enseñanza, las antiguas civilizaciones de la India, Egipto, Irán, Siria, China, Corea, Japón, Grecia, Italia, México, Perú y otras demasiado numerosas para mencionarlas todas, pueden reclamar una herencia cultural enormemente más antigua y más rica que la desarrollada en Norteamérica desde los asentamientos europeos del siglo XVII. De hecho los colonos europeos destruyeron sistemáticamente las viejas culturas del pueblo indígena norteamericano.

África se nos presenta como un formidable “continente oscuro” de barbarie, pero también es un lugar de vieja herencia cultural, rica en arte, arquitectura, música, literatura y mitología. El arte africano ha sido fuente de inspiración e incluso objeto de plagio descarado por parte de muchos pintores y escultores occidentales.¹

Respecto a herencia cultural, consideremos Iraq. Ese país asediado, atacado y ocupado por las fuerzas de los Estados Unidos, nos es descrito por parte de la prensa americana como necesitado de nuestra guía y nuestra reconstrucción; nosotros enseñaremos a los iraquíes cómo gobernarse y cuidar de sí mismos. Quizá deberíamos recordar que los iraquíes inventaron la escritura, fundaron la primera escuela de astronomía y desarrollaron las matemáticas moder-

nas, utilizando una especie de teorema de Pitágoras 1.700 años antes que Pitágoras. Unos 800 años d. de C. fundaron universidades que trajeron maestros de todo el mundo civilizado para enseñar medicina, matemáticas, filosofía, teología, literatura y poesía (en un tiempo en el que la Europa cristiana había suprimido los estudios de tales materias). Durante miles de años los iraquíes escribieron la poesía, la historia y las epopeyas más grandes del mundo, realizando algunos de los trabajos más impresionantes en piedra, metal y arcilla. Con el código de Hammurabi desarrollaron el primer sistema legal que protegía a los débiles, a las viudas y a los huérfanos. Hace doce mil años inventaron el riego por irrigación y se hicieron tan eficientes en ese aspecto que en los años 1990, a pesar de las sanciones impuestas por Occidente, se las arreglaron para producir la comida que necesitaban.²

Y en el siglo actual, aunque despreciados por la prensa americana por tribales, atrasados y necesitados de una dirección inteligente, los iraquíes siguen siendo un pueblo altamente capaz y bien formado con notables resultados en las ciencias, la ingeniería, la literatura y las artes, por no mencionar su ingenio para presentar una resistencia armada contra las poderosas fuerzas de ocupación de los Estados Unidos.

* * *

Dejando aparte la cultura, ¿América es Número Uno en las finanzas? Los principales bancos del mundo ahora son japoneses, según me han dicho. Y algunos altos financieros americanos están demasiado ocupados saqueando los fondos de pensiones y a los

pequeños inversores como para ser algo admirable en el mundo bancario.

Solíamos ser el Número Uno en producción de acero y otras industrias. Pero los líderes superpatriotas de nuestras corporaciones han decidido exportar la producción a países con un mercado laboral más barato para poder obtener más beneficios.

¿Están los Estados Unidos en lo más alto respecto al comercio? Los americanos se supone que somos los mejores vendedores del mundo, pero de hecho la mayoría del mundo parece vendernos a nosotros, como evidencia el inmenso déficit comercial que padecemos cada año. Nadie que haya comprado objetos de consumo de uso duradero en los años recientes puede ignorar que muchos de ellos están fabricados en China, Taiwán, Indonesia o alguna otra nación del Tercer Mundo.

¿Quizá este país es el Numero Uno por su cocina? Ciertamente los Estados Unidos han tenido unas buenas escuelas de hostelería y grandes *chefs*, junto con una variedad de deliciosa comida natural y otras innovaciones gastronómicas. Pero entonces uno piensa en China, Francia, India, Italia, Grecia, Etiopía, Japón y otro gran número de naciones con cuya cocina nacional se le hace la boca agua. En pura penetración de mercado, sin embargo, los Estados Unidos con sus McDonalds y otras cadenas de comida rápida, son insuperables en lo que se refiere a corromper el gusto de millones de personas en todo el mundo. Pero eso realmente no es nada de lo que sentirse orgulloso. Y cuando los superpatriotas hablan de ser el Número Uno yo creo que tienen algo más importante en su mente que la nueva cocina o las grasientas, saladas y química y genéticamente tratadas hamburguesas.

¿En qué entonces son los Estados Unidos el Número Uno? Se me ocurren dos cosas: riqueza y poder militar. Considerémoslas por partes. La riqueza no reside en una sociedad como ente global indiferenciado. La poseen individuos particulares y sus grandes organizaciones empresariales e instituciones financieras. En los Estados Unidos la inmensa mayoría de nosotros no somos ricos. Una mínima fracción del uno por ciento posee la parte del león de esa riqueza. Hay una parte de clase media de tamaño modesto que se las arregla lo suficientemente bien, pero que no tiene una seguridad económica total. Después hay una enorme población de rentas medias-bajas y bajas, alrededor de un 80 por ciento del total, que vive con problemas económicos crónicos y tiene poco o ningún ahorro. Y por debajo de ellos hay millones que son extremadamente pobres y que padecen severas privaciones.³

Como señalé en el capítulo uno hay democracias sociales en Europa occidental que tienen un nivel de vida más igualitario y disfrutan de beneficios y servicios públicos muy superiores a los de los Estados Unidos. En este sentido, si no son más ricos que nosotros, ciertamente están más a salvo de la pobreza y las carencias. Entonces, para celebrar nuestra riqueza nacional, primero hay que considerar cómo está distribuida y cómo se usa. Hablar de nuestra riqueza es como hablar de *nuestro* petróleo en Texas o en Oriente Medio. Nosotros, la gente, no poseemos las reservas de petróleo de los Estados Unidos dentro de nuestro país o en el extranjero. El suministro mundial de petróleo está controlado por unos cuantos grupos, propiedad de un número relativamente pequeño de individuos obscuramente ricos. Como con el petróleo ocurre con *nuestra* riqueza en general: una camarilla selecta en lo alto del escalafón económico controla más de ella que todo el resto de nosotros juntos. Nosotros la producimos con nuestro trabajo duro. Ellos se la embolsan.

* * *

Riqueza aparte, consideremos la otra cosa en la que los Estados Unidos son el Número Uno: el poder militar. Necesitamos cuestionarnos por qué ser el Número Uno en capacidad de matar es una gran hazaña. En 1992 el primer presidente Bush dijo: “Debemos ser un superpoder militar”.⁴ La celebración del poderío militar como símbolo de la grandeza nacional se predica bajo la presunción cuestionable de que tal poder sólo se usa para fines laudatorios.

El presidente Reagan exclamó una vez: “Amamos a América porque América es la más grande”. Este punto de vista implica que si América no fuera tan grande (léase fuerte), no la encontraríamos tan digna de cariño. Nuestro amor parece que está basado en ser un país más grande y más poderoso que otras naciones. ¿Qué pasa entonces con la gente que habita en países menores que no pueden proclamar su “grandeza”? Por ejemplo, ¿pueden amar a su país los ciudadanos de Luxemburgo? Luxemburgo nunca podrá aspirar a ser el Número Uno. De hecho debe ser el número 138, no muy por encima de Liechtenstein en la grandeza de su poder militar. ¿La gente de Luxemburgo se siente avergonzada por estar tan abajo en la escala? ¿Intentan hacerse pasar por franceses o alemanes? ¿Cuando se les pregunta si aman a su país, murmuran: “¿qué hay allí digno de cariño? Una pequeña policía de fronteras, no hay ejército ni verdadera fuerza aérea”.

Mientras los líderes políticos se jactan de la fuerza militar de los Estados Unidos callan respecto a sus *costes*: el desgaste de material, la devastación ecológica, la enorme deuda y los altos impuestos, y el olvido de las necesidades e infraestructuras sociales, por no mencio-

nar las terribles consecuencias que otros países tienen que padecer cuando son los receptores finales de ese superpoder militar.

* * *

Pero los Estados Unidos son el Número Uno en ciertas otras cosas que raramente, si es que lo hacen alguna vez, nunca mencionan nuestros líderes. Comparados con otras naciones industriales somos el Número Uno en homicidios y muertes por arma de fuego. El porcentaje de asesinatos entre jóvenes varones es veinte veces más alto que el de Europa occidental y cuarenta veces más alto que el de Japón.⁵ Somos el Número Uno en población reclusa per capita, en libertades bajo fianza, desequilibrios comerciales y déficit presupuestario.

Esta nación más rica que todas tiene una deuda pública que es la más grande del mundo. También tenemos escuelas que desaparecen, hospitales públicos que cierran y toda clase de servicios públicos esenciales que no funcionan por falta de fondos. Así que junto con esa riqueza privada altamente concentrada existe una creciente pobreza pública. Estamos a la cabeza de todas las naciones industriales occidentales en número de preescolares que viven en la pobreza y en número de personas que carecen de seguro médico. Los Estados Unidos también son el Número Uno en granjas familiares que quiebran, en comida modificada genéticamente, en plantaciones que usan pesticidas y herbicidas y en cantidad de antibióticos y hormonas inyectadas al ganado.

Los Estados Unidos son Número Uno en cantidad de jefes por empleado. Un país como Japón, supuestamente cargado por tradi-

ción de jerarquías, tiene menos de un tercio de jefes por empleado.⁶ En otras palabras, mientras los líderes de la industria americana se quejan de la gran burocracia del gobierno, ellos mismos inflan de burocracia sus empresas.

Los Estados Unidos son también Número Uno entre las naciones industriales en desigualdad de salarios y sueldos de los ejecutivos. El número de multimillonarios se ha incrementado un 80 por ciento en las últimas dos décadas. También tenemos el número más alto de mil-millonarios de nuevo cuño. El promedio de la remuneración de un director ejecutivo de una corporación es de dos a seis veces más alta que el mismo puesto en el extranjero. Una encuesta de la revista *Fortune* entre cien de las empresas mas grandes de la nación concluyó que el ejecutivo típico tuvo un incremento de ingresos del 14 por ciento en 2002, llegando a un promedio de ingresos totales de más de 13 millones de dólares, independientemente de los escándalos y crisis que hubiera padecido la empresa. Mientras tanto las opciones de acciones (*stock options*) continuaron creciendo, en algunos casos hasta niveles astronómicos. Así el antiguo presidente de Tenet Healthcare, la segunda cadena de hospitales más importante de la nación, obtuvo 111 millones de dólares en *stock options* en 2002.⁷ Al mismo tiempo, en muchas de estas compañías los empleados son despedidos o ven sus salarios congelados, sus beneficios sociales reducidos o sus fondos de pensiones desaparecidos.

En suma, antes de jactarse en abstracto de lo grande que es América, los superpatriotas deben fijarse en los asuntos específicos perturbadores. Realmente el Número Uno, pero ¿a qué precio?

NOTAS

1. Eduardo Galeano, *Upside Down* (Nueva York: Henry Holt, 2000), 55-56, 72-73.
2. Para más información sobre la historia de Iraq, ver <http://lexicorient.com/cgi-bin/eo-direct-frame.pl> y http://i-cias.com/e.o/irak_5.htm.
3. Stephen Rose, *The American Profile Poster: Who Owns What* (Nueva York: Pantheon, 1986) y mi "The Very Rich Are Out of Sight" [www.michaelparenti.org]
4. Discurso de aceptación ante la convención nacional republicana, *New York Times*, 21 de agosto de 1992.
5. Estadísticas de la Organización Mundial de la Salud citadas en el *New York Times* del 27 de junio de 1990; también James Paterson y Meter Kim, *The Day America Told the Truth* (Nueva York: Penguin, 1992), 131.
6. *Yearbook of Labor Statistics 1989-90* (Ginebra: Organización Internacional del Trabajo, 1990), 120-186; OCDE *Economic Outlook* (París: Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, 1991), 136.
7. La encuesta de *Fortune* y la información sobre *stock options* se incluyen en John Cassidy, "Business as Usual", *New Yorker*, 4 de agosto de 2003.

PATRIOTISMO MILITAR: POR LA BANDERA Y LOS MISILES

Un componente clave del superpatriotismo es su dedicación sin sentido crítico a la gloria militar y al engrandecimiento de la nación-estado. Las ceremonias patrióticas son siempre para conmemorar la historia *militar* de la nación más que la historia de su lucha por la igualdad político-económica, la paz y la justicia social. Consideremos los múltiples monumentos, conmemoraciones, desfiles, concentraciones públicas, películas y documentales de televisión que evocan imágenes de la guerra: Valley Forge, El Álamo, Gettysburg, la Conquista del Oeste (es decir, la exterminación de las naciones nativas americanas), el Día D, el izamiento de la bandera en Iwo Jima, y cosas por el estilo. Nuestro país, tenga o no razón, pero principalmente nuestro país en guerra o dispuesto para la guerra.

Las celebraciones del 4 de julio, Día de la Independencia, y otras fiestas nacionales tales como el Día de los Veteranos (11 de noviembre) en los pueblos y ciudades de toda la nación estarían incompletas sin la música marcial y los desfiles de veteranos. Los fuegos artificiales del 4 de julio son una réplica benigna de “el fulgor rojo de

los misiles y las bombas estallando en el aire”, como dice nuestra canción patriota. Hace no muchos años las emisoras de televisión emitían por la noche el himno nacional acompañado de imágenes de nuestra flota a través de los mares, reactores surcando el espacio y otras imágenes militares. Algunas emisoras todavía lo hacen.

Los hombres y mujeres jóvenes que se alistan a las fuerzas armadas de los Estados Unidos lo hacen por el deseo de servir a su país, según se nos dice. Pero los críticos señalan que la carencia de oportunidades de empleo en la vida civil es a menudo el motivo real del reclutamiento; se le llama *servicio militar económico*. La promesa de una formación, de viajar o simplemente la garantía de la comida y una paga regulares son una parte principal del sueldo. Y si se es un oficial, la paga, la pensión y la forma de vida son realmente buenas. Los propios militares que reclutan dicen pocas cosas sobre sacrificio patriótico, tales como morir por tu país, quedarte mutilado, tuerto o con el cerebro destrozado en combate. En vez de eso se enfocan en las oportunidades de hacer carrera y en la satisfacción personal: “Sé todo lo que puedes ser”, dice un cartel de reclutamiento del ejército. “Amplía tu experiencia”, dice un anuncio de televisión de la armada.

Sin embargo al militar se le ve como un depositario especial de la devoción nacional y el sacrificio patriótico. Incluso algunos de los sistemas armamentísticos están dotados de nombres sonoramente nacionalistas y patrióticos. Están los “Barcos de la Libertad” de la Segunda Guerra Mundial y más recientemente el misil “Minuteman”, el misil “Frontera”, el misil “Patriota” y navíos tales como el USS Constitución, el USS Libertad y el USS Abraham Lincoln. Y si eso no es bastante, la segunda guerra contra Iraq recibió el nombre clave de “Operación Libertad Duradera”, sin la más ligera traza de ironía.

El mensaje es claro: patriotismo y militarismo van juntos. Una bandera en una mano, un arma en la otra; eso es lo que hace grande a América; eso es lo que supuestamente nos hace libres e independientes, seguros y prósperos.

* * *

El matrimonio del militarismo con el patriotismo hace difícil criticar los enormes presupuestos militares aprobados anualmente por el Congreso, que alcanzaron la cifra de más de 500.000 millones de dólares en 2003 (incluidas las sumas gastadas en la guerra de Iraq). De acuerdo con una investigación de la Oficina General de Cuentas, el Pentágono de un modo u otro perdió el rastro de la enorme suma de 11,1 billones de dólares en las últimas décadas! Como señaló un periódico, “el gasto se incluyó en el presupuesto de Defensa, porque la oposición al gasto en defensa se considera anti-patriótico”.¹ Imaginemos que el Departamento de Vivienda y Servicios Humanos o la administración de la Seguridad Social hubieran “utilizado mal” tan titánica suma; muchos miembros del Congreso hubieran demandado recortes drásticos y acciones punitivas.

Uno pensaría que tolerar el robo masivo en el Pentágono es en sí mismo un hecho antipatriótico. Como acusó el representante Henry Waxman (California), el fracaso del Pentágono en resolver sus problemas financieros empuja a cualquier otro. “Mientras que vastas sumas de dinero son absorbidas por cajas escondidas, las escuelas, hospitales y servicios públicos de América hacen frente a recortes y cierres”. Si los miles de millones desaparecidos volvieran a los estados y ciudades en un prorrato, argumentó Waxman, la crisis financiera que esos estados y gobiernos locales están sufriendo se

hubiera resuelto y la vida en América sería mejor para muchos de nosotros.²

Con un enlace tan firme entre militarismo y patriotismo, cualquier crítica a lo militar corre el riesgo de ser condenada por anti-patriota. La compañía cinematográfica Miramax sufrió dolores de cabeza interminables intentando decidir cuándo sacar al mercado su película oscuramente satírica *Buffalo Soldiers*, sobre la vida aburrida, envuelta en robos y drogas, de los soldados americanos estacionados en Alemania. El filme fue atacado por los grupos conservadores, que lo tacharon de “llamativamente antipatriótico” y “desmoralizador” para nuestras tropas que “arriesgan sus vidas defendiendo a América y a sus libertades”. Por eso las críticas por el maltrato a los prisioneros enemigos, la muerte de civiles desarmados, la corrupción presupuestaria masiva y mala dirección del Pentágono y los problemas de drogas en las filas del ejército se ignoran o se minusvaloran.³

El superpatriotismo militarista está fuertemente ligado a los valores de la dominación violenta del macho. En el período posterior a la Guerra Civil de los Estados Unidos, un capellán del Gran Ejército de la República de un grupo de veteranos, relacionó patriotismo militarista y virilidad con estas palabras: “La Unión permanece en pie por la hombría americana, una hombría fuerte en su valor físico... que se encuentra en el espíritu de esa orden dada por el general Dix: ‘Si un hombre se atreve a insultar a la bandera americana, matadle allí mismo’”.⁴ El líder fascista italiano Benito Mussolini lo resumió cuando dijo que un hombre debía ser “un esposo, un padre y un soldado”. En otras palabras, un “verdadero hombre” debe reunir en uno solo los papeles del patriarca y del patriota, mandando en su familia como un tirano mientras sirve al tirano que dirige su país. En una frase Mussolini deja claro que patriarca-

do y militarismo son componentes esenciales del patriotismo reaccionario. El propio *Duce* fue él mismo casi una caricatura del líder macho, pavoneándose con sus botas altas y su guerrera llena de medallas, con la barbilla levantada en un gesto de chico duro y engreído. El superpatriota es militarista y el militarista se vuelve un patriarca jactancioso, que celebra los valores chauvinistas del macho de la fuerza y el poder.

Un capitán de la fuerza aérea de los Estados Unidos, recordando sus bombardeos contra la población campesina en Vietnam hizo una conexión explícita entre la guerra de alta tecnología, el machismo, el patriotismo irracional y la supremacía moral de la nación-estado: “Pilotar un caza bombardero es... una cosa de machos, puede ser una extensión de tu virilidad. Lo haces concentrándote en ello y bajo esas circunstancias era condenadamente duro para mí preocuparme por las implicaciones políticas de la guerra. Era una suerte para nosotros poder mostrar nuestro poder militar. Somos básicamente patriotas, gente conservadora. Y somos intachables”.⁵

Las mujeres que entran ahora en las fuerzas armadas obtienen su grado sólo si se aproximan al modelo masculino de fuerza y rudeza. La mujer recluta que introduciría un *modus operandi* más amable, más suave y más humano en las filas del ejército es una idea que nunca se ha considerado seriamente por parte de los espadones ni por nadie, hasta donde yo puedo saber.

* * *

La guerra es a menudo una gran incitación a la idolatría de estado, especialmente cuando la gente piensa que se va a ganar fácil-

mente. Reflexionando sobre la fiebre bélica que se observaba en París en vísperas de la guerra franco-prusiana de 1870, una mujer americana escribió: “La guerra, la guerra, no hay otro tema. Los ajenos a ella no podíamos discutir la situación. La confianza en los generales era inmensa. Sería una larga pero directa marcha hacia Berlín; nadie lo dudaba”. Miles de personas inundaron la Plaza de la Concordia al anochecer, dando rienda suelta a bailes frenéticos. Las ventanas del bulevar estaban plagadas de banderas. Cualquiera que se atreviera a cuestionar la conveniencia de la guerra era acusado de “espía prusiano” y perseguido por las calles.⁶ Pero el ardor chauvinista se enfrió precipitadamente cuando la guerra trajo consigo una desastrosa derrota para Francia.

Algo similar ocurrió en los Estados Unidos con el comienzo de la Guerra Civil en 1861. Hubo una erupción de sentimiento patriótico en el Norte unida a la anticipación de una pronta victoria sobre los secesionistas del Sur. Pero después de un año de conflicto, durante el cual el ejército de la Unión sufrió numerosos desastres militares, el fervor patriótico cayó a plomo. Los esfuerzos de Lincoln por preparar al pueblo para un conflicto largo y costoso encontraron poco entusiasmo.⁷ Sólo después de que las fuerzas de la Unión salieran finalmente victoriosas en 1865 el sentimiento patriótico volvió a resurgir.

Como todos los matones, los superpatriotas están a sus anchas cuando topan con alguien más pequeño y más débil. Les gustan las “guerras” que apenas merecen ese nombre, ataques solo por una parte que lleven a una victoria fácil y rápida con pocas bajas americanas. En 2003, en vísperas de la invasión americana a Iraq, un teniente coronel de los marines le dijo a sus tropas: “Vamos a masacrar a la 51ª División Mecanizada”, una unidad iraquí. No será una lucha limpia, dijo. “Mi idea de lucha limpia es como la caza a porra-

zos en la cabeza de las crías de foca. Les aplastaremos con todo lo que tenemos”.⁸ Disfrutando de una ventaja total en poder de fuego tanto terrestre como aéreo, obtuvo la gloria militar en una batalla que no fue más que el ataque por parte de un bando.

El cómico Bill Hicks señaló una vez que la gente que más le consternaba al final de la primera Guerra del Golfo (una victoria rápida y fácil) era la que decía: “Bueno, la guerra nos hace sentir mejor”. “¿Quiénes son esa gente que tiene tan poca autoestima”, preguntaba Hicks, “que necesitan una guerra para sentirse mejor? Les he visto en las noticias, agitando sus banderas. ¿Podría recomendarles en vez de una guerra para que se sientan mejor quizá que se levanten de su sillón? ¿Puede que un vaso de zumo de fruta? ¿Un paseo al atardecer?”.⁹

Muchos superpatriotas se sintieron estimulados con las agresiones de los Estados Unidos perpetradas contra Granada, Panamá e Iraq. Ronald Reagan, el Conquistador de Granada (una minúscula nación insular de 102.000 habitantes), comentando su gran victoria militar, puso la aventura como ejemplo de cómo los Estados Unidos llevan la prosperidad y la democracia a otras tierras. De hecho, después de ser “liberada” por Reagan, en Granada el desempleo se disparó hasta las nubes. Las nuevas empresas y proyectos de desarrollo y sanidad y los programas educativos iniciados por el movimiento revolucionario Nueva Joya se esfumaron. Los servicios públicos fueron privatizados o abolidos totalmente. Los colectivos del campo fueron expulsados de las tierras para dejar sitio a campos de golf de propiedad privada para los turistas norteamericanos acomodados. Granada estaba de nuevo segura para la penetración del capital neoliberal.¹⁰ La invasión de Reagan sirvió de aviso a las otras naciones del Caribe de que sería mejor que no intentaran desarrollar un

orden social colectivista que fuera contra las normas del mercado libre.

La misma historia se puede contar de Panamá. La invasión por parte de los Estados Unidos en 1989 trajo un fuerte incremento del desempleo, la carencia de viviendas, la miseria económica, el crimen, las drogas y la corrupción gubernamental.¹¹ No se ganó nada excepto la muerte de varios miles de panameños, la ocupación americana, la represión política de los grupos reformistas y un empujón para el presidente George H. W. Bush en las encuestas de opinión. E igual con Iraq, que una vez tuvo el nivel de vida más alto de todo Oriente Medio. El ataque de 1991 al país y la consiguiente docena de años de sanciones lo dejaron con una infraestructura tecnológica en ruinas, una base agrícola destruida, epidemias de cólera y tífus, un espectacular incremento del cáncer en las áreas contaminadas con uranio empobrecido y unas 200.000 muertes.¹² Y lo mismo con las invasiones de Bush el joven a Afganistán en 2002 y a Iraq en 2003, que llevaron consigo más muerte, destrucción y profunda pobreza a la gente de esos países y un fuerte –aunque temporal– incremento en la popularidad del presidente.

* * *

Con todo su militarismo, a los superpatriotas americanos no les gustan las guerras costosas y difíciles como la de Vietnam. He aquí un pequeño país, pero lo bastante fuerte como para infligir importantes bajas entre las fuerzas de los Estados Unidos mientras soportaba un terrible bombardeo. Los superpatriotas se quejaron de que luchamos en Vietnam “con una mano atada a la espalda”, con demasiadas restricciones, a pesar del hecho de que los Estados Uni-

dos soltaron más bombas sobre Indochina que todas las que cayeron en la Segunda Guerra Mundial, dejando varios millones de indochinos muertos y otros tantos de mutilados o desaparecidos. Los patrioteros hubieran aplaudido el uso de bombas nucleares en Vietnam. Eso ciertamente hubiera terminado con la preocupación por esos comunistas rebeldes y las fuerzas americanas hubieran “ganado” la guerra, creando otro cementerio radioactivo y llamándole paz.

La segunda guerra de Iraq es otro caso. La rápida y aparentemente decisiva victoria en la primavera de 2003 produjo gran entusiasmo entre los halcones patrióticos. Pero en los meses que siguieron las fuerzas de ocupación americanas se vieron envueltas en la resistencia del pueblo, soportando más de treinta ataques diarios de la guerrilla que les infligieron gran cantidad de bajas. Teniendo que hacer frente de repente a una lucha prolongada y costosa, el público americano ya no registró un porcentaje de aprobación tan alto hacia el presidente y hacia la aventura militar de Iraq. La guerra es mucho menos divertida cuando el otro lado empieza a golpear con mortal eficacia.

NOTAS

1. “Military Waste under Fire”, *San Francisco Chronicle*, 18 de mayo de 2003.
2. Ver la cita de Waxman y otros comentarios en Gar Smith, carta al *San Francisco Chronicle*, 18 de agosto de 2003.

3. Ver comentarios de Patricia Pearson, "Is the Military Above Negative Portrayals?", *USA To Day*, 6 de agosto de 2003.

4. Cecilia Elizabeth O'Leary, *To Die For: The Paradox of American Patriotism* (Princeton University Press, 1999), 55.

5. Citado en John Vinocur, "Pilots Who Hit Hanoi Meet to Remember... and Forget", *New York Times*, 14 de abril de 1978.

6. Citado en Ralph Martin, *Jennie, The Life of Lady Randolph Churchill 1854-1895* (Nueva York: New American Library, 1970), 37.

7. O'Leary, *To Die For*, 27-28.

8. Teniente coronel Bryan McCoy, citado en *San Francisco Chronicle*, 10 de noviembre de 2003.

9. Hicks, citado en Nick Zaino, "Can You Believe This?", *Progressive*, febrero 2003.

10. Daniel Lazare, "Reagan's Seven Big Lies about Grenada", *In These Times*, 16 de noviembre de 1983; "A Tottering Structure of Lies", *Sojourner*, diciembre 1983 y Michael Massing, "Grenada Before and After", *Atlantic Monthly*, febrero 1984.

11. Clarence Lusane, "Aftermath of the U.S. Invasion: Racism and Resistance in Panamá", *CovertAction Information Bulletin*, primavera 1991.

12. Naciones Unidas, *The Impact of War on Iraq*, informe al secretario general sobre necesidades humanitarias en Iraq en el entorno post-crisis, de una misión a la zona dirigida por Mr. Martii Ahsaari, subsecretario general para administración y dirección, 20 de marzo de 1991.

¡USA, USA!

DEPORTES PARA SUPERPATRIOTAS

El superpatriotismo se extiende al mundo de los deportes. En todos los partidos de la liga principal de baseball, justo antes de que empiece el juego, sale una voz por los altavoces que le dice a todo el mundo que se levante de sus asientos. La gigantesca pantalla electrónica del estadio proyecta la imagen de la bandera americana ondeando vigorosamente al viento. Un vocalista comienza de inmediato "La bandera sembrada de estrellas". Muchos espectadores acompañan la canción mientras los jugadores de cada equipo permanecen formados, apoyando reverentemente su mano sobre el pecho.

En el capítulo anterior señalamos cómo el militarismo está enlazado al patriotismo. Y como sugiere el ejemplo anterior, también a los deportes. Hay un paso corto que los entreteje a los tres, como cuando se inyecta la exageración patriótica militarista en los principales acontecimientos deportivos. Durante la Guerra del Golfo de 1991 los partidos televisados del campeonato de la Liga Nacional de Fútbol Americano comenzaban con un desfile en uniforme de gala de personal del Ejército, la Armada, los Marines y las Fuerzas Aéreas.

as portando banderas mientras la gente gritaba “¡USA! ¡USA!” El partido de la Superbowl (la final del campeonato), televisado por ABC-TV, supuso un ondear gigantesco de banderitas americanas al tiempo que se entonaban canciones patrióticas. En la pantalla se podía ver una aparición grabada del presidente Bush y su esposa Bárbara. En el descanso el locutor de la ABC Peter Jennings presentó un documental actualizado de la destrucción de Iraq.

Durante la misma Guerra del Golfo todos los jugadores de la Asociación Nacional de Baloncesto (NBA), y también algunos equipos colegiales, llevaban cosidas a sus camisetas pegatinas con la bandera americana (que imitaban las de los uniformes de combate del ejército). Como señaló un anunciante, “para apoyar nuestros esfuerzos en el Golfo”. Las pegatinas con la bandera se convirtieron en un adorno permanente de muchos equipos de baloncesto, fútbol y baseball de las ligas profesionales, universitarias y colegiales.

Gracias a un acuerdo entre el Departamento de Defensa, la Liga Nacional de Fútbol Americano patrocinó un documental de sesenta minutos sobre la Operación Tormenta del Desierto (nombre oficial del ataque a Iraq en 1991). Steve Sobol, presidente de NFL Films, mantuvo orgullosamente: “No quiero decir que la guerra sea igual que el fútbol. Pero... el mismo espíritu e ideología que glorifica el fútbol son también los necesarios para tener éxito en las acciones militares”.

En el período posterior a los ataques terroristas al World Trade Center y al Pentágono en septiembre de 2001, y de nuevo durante la invasión de Iraq por parte de los Estados Unidos en 2003, los acontecimientos deportivos tomaron un marcado tono patriótico, especialmente en sus presentaciones televisadas. Sobreimpresiones de la bandera americana, junto con imágenes de “nuestros hombres y

mujeres luchando” aparecían en la pantalla en los momentos previos al partido y en los descansos. Algunos de los anuncios comerciales incluso representaban a personal militar utilizando los productos anunciados.

Junto con el militarismo y el patriotismo, los acontecimientos deportivos a veces llevan consigo otro elemento nacionalista: la religión. Algunos jugadores de fútbol, movidos por un impulso divino, o quizá por un deseo de maximizar su tiempo ante las cámaras, asumen una postura de oración tras conseguir un tanto. Algunos se arrodillan y hacen el signo de la cruz. Durante momentos clave del encuentro otros miembros del equipo en el banquillo también adoptan posturas de oración, un acto de devoción que a menudo es recompensado con la atención de las cámaras. Algunos de los que batean en el baseball se golpean diferentes partes de su cabeza y su cuerpo en lo que parece un ritual religioso, o quizá algún tipo de vudú. Un famoso bateador, Barry Bonds, después de conseguir un *home run*, señala con sus manos al cielo cuando comienza a recorrer las bases, proclamando el apoyo divino a su hazaña. Al parecer Dios es seguidor de los Gigantes de San Francisco. (De hecho una investigación a principios de 2004, que implicó a Bonds en el uso de drogas para mejorar su rendimiento, sugiere que su inspiración es menos etérea y más sustantiva.)

* * *

Cuando llegan los acontecimientos deportivos *internacionales*, el síndrome del “Número Uno” se activa con toda su fuerza. En vez de suponer el acercamiento de los americanos a otras naciones, los partidos internacionales parecen alimentar la mentalidad de ganar-

lo-supone-todo, una competitividad agresiva que termina con los propósitos de buena voluntad de los juegos.

Durante la Guerra Fría, por ejemplo, las confrontaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética siempre constituían la ocasión para el ondear furioso de las banderas. En la era Reagan, cuando la Unión Soviética estaba en lo más alto, el equipo olímpico americano de jockey sobre hielo derrotó a un equipo soviético de segunda fila en Lake Placid, Nueva York. El griterío de la multitud fue incontenible. El locutor del programa *Nightline* de la ABC gritaba: “Los americanos resisten el ataque total de los soviéticos”. En una entrevista posterior al partido el entrenador americano dijo que les había dicho a sus jugadores que “ellos tenían algo que no poseían los rusos... la fe americana de que podemos ganar en cualquier cosa que emprendamos”. Si los soviéticos hubieran proclamado la misma fe en ser invencibles, eso hubiera sido una evidencia de su grandeza.

Cuando se le preguntó cómo es que su equipo lo había hecho tan bien, el mismo entrenador dijo que algún tiempo antes había viajado a la Unión Soviética y se había reunido con entrenadores de jockey soviéticos que le habían mostrado nuevas técnicas que ellos habían desarrollado. Entonces puso en práctica esos métodos en su propio equipo. No hubo ningún comentario por su parte o por la del entrevistador respecto a la generosidad mostrada por los entrenadores soviéticos al mostrar sus técnicas al visitante americano, a quien trataron como un colega deportivo más que como un rival de la Guerra Fría.

Cuando la Unión Soviética venció a los Estados Unidos en baloncesto en las Olimpiadas de 1988, la NBC lo consideró como el final de la civilización tal y como la conocemos. En los comentarios

posteriores al partido los locutores de la NBC describieron al equipo americano como seriamente afectado por la falta de tiempo para entrenarse y por la pérdida de un jugador clave, y por tanto incapaz de resistir “el fiero ataque soviético”. Los soviéticos parece que “nunca cesaron en su ataque” y fueron un “monstruo implacable”. La impresión era que los jugadores americanos habían hecho frente al Ejército Rojo más que a otro equipo de baloncesto. Después de esta derrota los Estados Unidos decidieron participar con los jugadores profesionales en las Olimpiadas, asegurándose de que no habría más derrotas en baloncesto contra los comunistas ni contra nadie.

Cuatro años más tarde, en los Juegos Olímpicos de 1992, los aficionados americanos fueron capaces de saborear su deleite cuando los gigantes de siete pies de la NBA pulverizaron al modesto equipo de Zaire, compuesto por chicos que tenían que trabajar para vivir, que apenas consiguieron el dinero para participar en los Juegos y que habían empezado a entrenar en su tiempo libre apenas unos meses antes. Muchos americanos se alegraron de la victoria ante un equipo tan desigual. Tan intensa es su necesidad de ver ganar a América que no les importa la calidad de la victoria o la limpieza del choque. Para ellos ¡América siempre sigue su camino! ¡América es la más grande! ¡No os metáis con América!

Las Olimpiadas se supone que promueven la buena voluntad y la deportividad internacionales, el aprecio a los atletas de todas las naciones, pero no el nacionalismo rabioso. Pero en 1996, en los juegos celebrados en Atlanta, los espectadores americanos raras veces aplaudieron a los equipos extranjeros o mostraron el más mínimo signo de hospitalidad hacia ellos. Y prácticamente silbaron con rabia cuando el equipo femenino de voleibol de Cuba batió al equipo americano.

Es muy natural que los espectadores americanos animen a su equipo en los encuentros internacionales, pero no lo es tanto el jalar con tanta intensidad partidista cuando su equipo gana o permanecer en un silencio mortal a silbar cuando pierde, sin ni siquiera esbozar un aplauso de mala gana para el equipo rival.

* * *

Este partidismo grosero lo fomenta la propia cobertura de la televisión, que se ha distinguido por su abierto chauvinismo. La presentación de la ABC de los Juegos Olímpicos de verano de 1984 favoreció de forma tan vergonzosa los resultados de los atletas americanos como para merecer una reprimenda oficial del normalmente plácido Comité Olímpico. Quejas similares se suscitaron en Corea del Sur respecto a la cobertura por parte de la NBC de los Juegos Olímpicos de Seúl.

La cobertura de las Olimpiadas de 1996 fue más de lo mismo. Los deportes en los que los Estados Unidos no destacaban tuvieron poca cobertura. El fútbol es de lejos el deporte más popular en todo el mundo. Sin embargo no se vio nada del mismo porque los Estados Unidos fueron eliminados pronto. El voleibol es mucho menos popular que el fútbol. Muchas naciones incluso no tenían equipos de voleibol en los Juegos. Sin embargo vimos gran cantidad de partidos de este deporte porque los Estados Unidos tenían un equipo fuerte. Y lo mismo con el softball, un deporte inventado por los americanos.

Las cadenas proyectaron una imagen de superioridad de los atletas americanos, enfocándose principalmente en ellos y olvidando a

los de otros países, incluidos muchos que tuvieron resultados soberbios. En los juegos de 1996, en la competición de kayak vimos una entrevista previa con el americano Davey Hearn, vimos a su novia, les vimos casarse y le vimos durante casi toda la carrera. El único problema fue que nuestro Davey terminó noveno. El primero fue un eslovaco, cuyo nombre destelló en pantalla solo un instante. En otro evento el participante americano gozó de una extensa entrevista, sin mencionar el hecho de que terminó en el puesto dieciséis. En algunos casos nunca se mencionó a los ganadores de medalla si no eran americanos.

A veces el racismo gana sobre el chauvinismo de la nación-estado. En triple salto la medalla de oro la ganó Kenny Harrison, que era americano pero *afro*-americano. La televisión se concentró en el segundo, Jonathan Edwards, un inglés blanco que resultaba ser un devoto cristiano, que habló del regalo de Dios que suponía competir y que nunca competía en domingo... hasta que se dio cuenta de que se estaba perdiendo demasiadas competiciones importantes, por lo que Dios parece que le envió un mensaje diferente. El bronce fue para un cubano cuyo salto final ni se mostró.

Las Olimpiadas de 2000 no fueron mucho mejor. La clasificación de naciones por el número de medallas ganadas la encabezó Estados Unidos. Esta clasificación fue mostrada repetidamente en pantalla y reproducida todos los días en las páginas de deportes de todos los periódicos de los Estados Unidos. Las imágenes de los americanos ganadores de medallas de oro aparecían en pantalla una y otra vez, algunos de ellos ondeando gigantescas banderas americanas, acompañados por una luz vaporosa, una música inspiradora y toda clase de fondos rojos, azules y blancos.

También en 2000 las atletas femeninas americanas tuvieron una cobertura inusual en televisión y prensa, la mayoría en los casos en que lo hacían mejor que los hombres. Las mujeres competían contra mujeres de otros países en los que el deporte femenino era poco importante, con poco entrenamiento y carente del apoyo financiero que tiene en los Estados Unidos. Así pudimos ver más al equipo americano ganador en fútbol femenino que al fracasado equipo masculino.

Durante las mismas Olimpiadas pude ver el partido de voleibol masculino entre China y los Estados Unidos. China ganó el primer juego y estaba ganando en el segundo, momento en el que los locutores americanos comentaban repetidamente que el equipo americano estaba “plagado de lesionados” y que no habían entrenado juntos “durante mucho tiempo”. Realmente algunos de los jugadores eran veteranos de la Olimpiada anterior, pero no obstante los locutores insistían en que estaban verdes y eran inexpertos. En contraste en el equipo chino “han estado jugando juntos durante años”. Si el equipo americano iba perdiendo era debido a una serie de circunstancias externas. Entonces, cuando el equipo americano empezó a entrar en el partido y ganó ese segundo juego, los locutores dejaron de hablar de esas circunstancias. Ni tampoco las mencionaron en el tercer y último juego, que ganaron los americanos adjudicándose el partido.

La Copa de Oro Internacional de fútbol de 2003 recibió una atención cero de los principales medios de información de los Estados Unidos, hasta que hacia mediados de julio el equipo americano se encontró con posibilidades de ganar el trofeo, ganando al equipo de Cuba por 5-0. Esta victoria particular fue difundida ampliamente. En los deportes como en la guerra, la información sobre derrotas

de los Estados Unidos se minimiza y las victorias se jalean sin reparos como evidencias de la supremacía americana.

Me gustan los deportes. No me gusta la competitividad pobre de espíritu, los gimoteos cuando se pierde y el triunfalismo cuando se gana. Y paso malos ratos con el rabioso chauvinismo militarista que a menudo acompaña a su cobertura en los medios e infecta a los espectadores. Con los deportes necesitamos fomentar la amistad internacional y el lado más amable del espíritu humano. Menos hinchar el pecho y más estrechar las manos, menos énfasis en quién gana y más aprecio por lo bien que se ha desarrollado el juego por ambas partes. Mejor una familia de naciones que una multitud de egos chillones nacionalistas.

LOS DIVINOS POLÍTICOS

En los Estados Unidos no hay una sola iglesia establecida, sino una religión per se, representada por las creencias principales y tan estrechamente identificada con el proceso patriótico como para haberse convertido en una fundación extraoficial. Las convocatorias abiertas de clérigos de una u otra denominación han sido un apoyo esencial en las convenciones de partidos políticos, sesiones congresuales, inauguraciones presidenciales, celebraciones del Día de Acción de Gracias (una fiesta nacional, no religiosa) y gran cantidad de otras reuniones patrióticas. La religión en América se parece al capitalismo en la forma en que se adhiere a los símbolos potentes más allá de su propia esfera: la democracia, el patriotismo, la virtud pública y el Modo de Vida Americano. “La religión y la democracia van de la mano”, dijo el vicepresidente Alben Barkley en 1952.¹

Con las líneas borrosas entre la creencia política y la religiosa, los no creyentes a menudo corren el riesgo de ser tachados de “no-americanos”. Años antes de ser presidente Richard Nixon sugirió que los ateos no deberían estar cualificados para el cargo presidencial. En 1955 la Legión Americana, no las iglesias, lanzó la primera

campana de “Respaldo a Dios”, en cuya ocasi3n el presidente Dwight Eisenhower observ3: “El reconocimiento del Ser Supremo es la primera, la m3s b3sica expresi3n del americanismo. Sin Dios no puede haber una forma americana de gobierno ni un estilo de vida americano”.²

Los l3deres americanos han unido repetidamente la devoci3n con el patriotismo. El presidente Nixon hizo saber que cuando ten3a que tomar una decisi3n importante respecto a un tema moral, “primero le pido consejo a Billy Graham”.³ Famoso predicador evang3lico, Graham fue un visitante asiduo de la Casa Blanca durante varias administraciones. La dimensi3n moral que prestaba a la toma de decisiones presidencial es algo que nunca estuvo claro. Sin embargo, traer un s3mbolo de religiosidad como Billy Graham a la Casa Blanca era la siguiente cosa mejor a traer al propio Dios. Era una forma de demostrar que la deidad est3 al lado del presidente.

Otro presidente de la escuela *Gott mit uns* fue Ronald Reagan. Una organizaci3n cristiana de derechas llamada “Mayor3a Moral”, mantenida con enormes sumas de dinero por los magnates reaccionarios, jug3 un papel muy activo en la campana que le llev3 a la Casa Blanca en 1981. Durante sus ocho a3os en el cargo Reagan estuvo en conversaciones con cl3rigos fundamentalistas sobre c3mo la Biblia profetizaba un apocalipsis nuclear que destruir3a las fuerzas rusas del anticristo y permitir3a a Jes3s volver triunfante.⁴ En este escenario Dios era un militarista de la Guerra Fr3a.

En una ocasi3n Reagan anunci3 que los Estados Unidos son “una naci3n cristiana”, lo cual debi3 ser una noticia inquietante para los millones de americanos leales que son musulmanes, jud3os, budistas, ateos, agn3sticos, esc3pticos o de3stas no sectarios. En

un momento sensiblero, durante su mensaje sobre el Estado de la Unión en 1987, Reagan levantó sus ojos al cielo mientras proclamaba que nuestra nación le rinde homenaje “a Él” y “no podría haber sido creada sin su divina guía”. Dios, parece, no es sólo Nuestro Padre sino Nuestro Padre Fundador.

* * *

De hecho los fundadores de esta nación afirmaron que la República no estaba bajo el cristianismo o cualquier otra adscripción religiosa. Jefferson se lamentaba del “atrevimiento impío de legisladores y dirigentes, civiles y eclesiásticos, que... establecen y mantienen religiones falsas en la mayor parte del mundo”.⁵ James Madison escribió: “La esclavitud de la religión estorba y debilita la mente y la incapacita para cualquier empresa noble, cualquier proyecto abierto”.⁶ Los delegados a la Convención Constitucional de Filadelfia en 1787 dejaron a la deidad totalmente fuera de escena, incluso negándose a seguir la sugerencia de Benjamin Franklin de que las sesiones diarias se abrieran con una oración para pedir la ayuda divina.⁷

La Constitución deja claro que la nuestra no es una nación cristiana. En el Artículo IV se lee, “no se requerirá ninguna prueba religiosa para estar cualificado para cualquier cargo público en los Estados Unidos”. Edmund Randolph, de Virginia, que había sido delegado en la Convención de Filadelfia, esperaba que la ausencia de cualificación religiosa “prevendría el establecimiento de cualquier secta en perjuicio del resto y evitaría para siempre todos los intentos de infringir la libertad religiosa”. Y George Washington mantenía que “todo hombre” debe ser libre de creer “de acuerdo con los dictados de su propia conciencia”.⁸

Otra victoria democrática llegó con la aprobación de la Primera Enmienda, que en una parte dice: “El Congreso no aprobará ninguna ley que establezca una religión o prohíba el ejercicio de cualquiera de ellas...” El gobierno no puede inhibir a ningún grupo religioso ni actuar como apoyo de ninguno de ellos. La iglesia y el estado tienen que permanecer separados.

* * *

Todos los presidentes americanos que van a la guerra alistan a Dios en sus filas. En su aparición ante la Convención Bautista del Sur en 1991, Bush el viejo se mostró visiblemente lacrimoso cuando habló de encomendarse a Dios al ordenar los ataques que masacraron a decenas de miles de reclutas y civiles iraquíes en la primera Guerra del Golfo. Durante la posterior campaña presidencial citó al propio Jesucristo como la fuerza moral que estaba detrás de la política americana, proclamando que “América, como Cristo había ordenado”, era “un luz para el mundo”.⁹

En la Convención Nacional Republicana de 1992 varios oradores proclamaron que los republicanos tenían un nivel moral más alto y más cercano a Dios que el de los demócratas.¹⁰ Un desertor de las filas ultraderechistas, David Broca, puso en tela de juicio esa afirmación. En un libro reveló que un gran número de republicanos moralistas y defensores de los valores familiares eran culpables de infidelidades, aventuras homosexuales y otros “escándalos”.¹¹

La postura religiosa de los políticos era demasiado incluso para algunos grupos religiosos. El Concilio Nacional de las Iglesias, por ejemplo, denunció que era una blasfemia hacer “un uso partidista

del nombre de Dios” y “afirmar la superioridad moral de un pueblo respecto a otro o de un partido político respecto a otro”. Y el Comité Bautista para Asuntos Públicos anunció: “Empezamos con la afirmación de que Dios no es ni demócrata ni republicano, ni por tanto americano. Dios está por encima de cualquier afiliación política o nacional”.¹²

Pero el presidente Bush el joven no pareció estar de acuerdo con la deidad no partidista. Habiéndose recuperado “por la gracia de Dios” de sus adicciones al alcohol y la cocaína durante su juventud, se convirtió de nuevo en un cristiano. En 1993, el año anterior a presentarse para gobernador de Texas, Bush provocó una pequeña tempestad diciéndole a un periodista de Austin (que resultó ser judío) que sólo los que adoraban a Jesús iban al cielo. Después de ser elevado a la presidencia por un voto del Tribunal Supremo, Bush presidió la Casa Blanca más resueltamente basada en la fe de los tiempos modernos, poblándola de grupos de estudio de la Biblia. Asistió a los desayunos de oración con más frecuencia que ningún otro presidente y protagonizó discursos y declaraciones en la radio que sonaban más a sermones, terminando con “Dios continúe bendiciendo a América”. También se codeó con ministros evangelistas de derechas, que habían de ocupar un lugar destacado en el Partido Republicano.¹³

El 27 de junio de 2003 el presidente Bush anunció: “Dios me ha indicado que ataque a Al Qaeda y yo lo he hecho, y después me ha dado instrucciones de atacar a Saddam, lo que también hice, y ahora estoy resuelto a resolver el problema de Oriente Medio”.¹⁴ *¿Dios me ha dicho? ¿Dios me ha dado instrucciones? ¿No es para preocuparse que el presidente de los Estados Unidos, como si fuera un profeta del Antiguo Testamento, justifique su política bélica decla-*

rando estar en contacto directo con el Todopoderoso? Verdaderamente es una cadena de mando inquietante.

En otra ocasión Bush proclamó su determinación de “librar al mundo del mal” y de los “malhechores”, incluso aunque eso supusiera recurrir repetidamente a la guerra. Es loable que un líder quiera hacer del mundo un lugar mejor, pero hay algo preocupante en que el hombre que está en el Despacho Oval sienta el mandato divino de reformar el mundo por medios violentos.¹⁵

Siguiendo políticas diseñadas para deshacer la separación entre la iglesia y el estado, Bush favoreció la oración en las escuelas, se opuso al aborto legal y a los programas federales de educación sobre el control de natalidad y el sexo seguro. También apoyó medidas para que las iglesias, sinagogas y mezquitas utilizaran fondos federales para administrar los servicios sociales y de bienestar. Es de temer que los programas gubernamentales para los necesitados no se desarrollen de forma suficiente ni fiable.¹⁶

Otro funcionario que se vio a sí mismo formando parte de la cruzada de Dios en la tierra fue el subsecretario del Pentágono para la inteligencia, teniente general William G. Boykin. En 2003, en una aparición de uniforme ante grupos fundamentalistas cristianos, Boykin anunció que Bush “no fue elegido por una mayoría de votantes... sino que fue nombrado por Dios”. Boykin acusó a los radicales islámicos y a los norcoreanos de odiar a América “porque somos... una nación de creyentes”. Nuestros “enemigos espirituales sólo serán derrotados si vamos contra ellos en nombre de Jesús”. Otros países, dijo Boykin, “han perdido su moral... pero América todavía es una nación cristiana”. Explicando cómo se impuso al líder de la milicia musulmana en 1993 durante la invasión americana de Somalia, Boykin proclamó: “Yo sabía que mi Dios era más

grande que el suyo. Sabía que mi Dios era un Dios verdadero y que el suyo era un ídolo”.¹⁷ Aparentemente cuando Dios no está hablando con Bush es que lo está haciendo con Boykin.

* * *

Los superpatriotas religiosos tienen un programa político-económico verdaderamente reaccionario dentro del país: desregulación, privatización, eliminación de los servicios sociales con fondos públicos, un presupuesto militar cada vez más abultado y cosas por el estilo. Pero también quieren que las restricciones defendidas por los cristianos fundamentalistas prevalezcan en todos los aspectos de la vida americana: no separación de la iglesia y el estado, no al aborto, no al control de natalidad, no a la “promiscuidad”, no acceso a los cargos públicos de los ateos, no a tolerar la blasfemia o las “falsas doctrinas”, no a la homosexualidad ni al feminismo, muchos fondos públicos para apoyar los intereses religiosos, estudio de la Biblia en los colegios públicos, rezo en las aulas, libros de texto que mantengan el credo religioso, música y artes en una línea de apoyo a Jesús, e igual con los medios y el cine... La teocracia en acción.

El cristianismo fundamentalista es un sistema totalitario, igual que lo fue durante más de mil años después de obtener su dominio sobre Roma en el siglo IV. Volviendo a entonces, los prosélitos de Jesús procedieron a quemar todas las magníficas bibliotecas que existían y destruyeron para siempre todos los trabajos paganos respecto a filosofía, literatura, historia, astronomía, ciencias y artes, dando paso a más de mil años opresivos de ignorancia y teocracia intolerante.¹⁸

En época reciente el fundamentalista de derechas Randall Terry, fundador de la “Operación Rescate”, la terrorífica campaña contra las clínicas que practicaban el aborto, anunció que los adoradores de Cristo tienen “el deber bíblico de conquistar esta nación”. Ante una audiencia de fieles dijo: “Quiero que la ola de la intolerancia os domine... Nuestro objetivo es una nación cristiana. Tenemos un deber bíblico; somos los llamados por Dios para conquistar este país. No queremos igualdad. No queremos pluralismo”.¹⁹ Si cualquier líder de izquierdas hiciera tal proclamación de los objetivos de su organización política, sería denunciado por totalitario, subversivo o terrorista. Pero Terry continuó siendo tratado como una figura más o menos respetada de nuestra vida pública.

En 2004 el punto de vista fundamentalista de derechas ha sido defendido abiertamente por el Fiscal General de los Estados Unidos, por los líderes republicanos del Congreso y el Senado y por casi 200 senadores y representantes. Al mismo tiempo el Jefe del tribunal Supremo de Justicia, William Rehnquist, anunció: “El muro de separación entre la iglesia y el estado... debe ser abandonado franca y explícitamente”.²⁰

Pero, ¿quién controla a quién? ¿Hay una simbiosis natural entre políticos reaccionarios y fundamentalistas religiosos? ¿O los fundamentalistas sirven a un programa más amplio coreado por los más poderosos intereses financieros?²¹ Una cosa es cierta, en tanto que los religiosos sigan la línea reaccionaria continuarán disfrutando de generosas contribuciones por parte de los diversos bolsillos de derechas.

* * *

En junio de 2002 el Tribunal de Apelaciones mostró un ligero signo de resistencia a la religiosidad superpatriota legislando que la frase “ante Dios”, incluida en el Juramento de Lealtad en el Congreso en 1954, violaba la prohibición de la Primera Enmienda contra el establecimiento de una religión en el estado. El presidente Bush inmediatamente apoyó un acta, que el Congreso aprobó casi unánimemente, reforzando el apoyo a las palabras “ante Dios” en el juramento y las palabras “En Dios confiamos” como lema nacional. La administración Bush también apeló el caso ante el Supremo, argumentando que el Juramento de Lealtad “es un ejercicio patriótico, no un testimonio religioso”.²² Desde el principio de 2004 Dios continua manteniendo un lugar en nuestro sistema monetario nacional y en las oraciones de nuestros niños, que no entienden lo que dicen, mientras sobrepasan los aforos de las aulas carentes de fondos.

NOTAS

1. *New York Times*, 15 de agosto de 1952.
2. *New York Herald Tribune*, 22 de febrero de 1955.
3. *New York Post*, 7 de octubre de 1977.
4. Peter Stiglin, “Apocalyptic Theology and the Right”, *Witness*, octubre 1986.
5. Andrew Lpscomb, ed., *Jefferson's Works*, vol. 2. (Washington D.C.: Thomas Jefferson Memorial Association, 1904), 223, 301.

6. Carta a William Bradford Jr., 1 de abril de 1774, selección reimpressa en Mer-
vin Meyers, *The Mind of the Founder* (Nueva York: Bobbs-Merrill, 1973), 6.

7. Max Ferrand, ed., *The Records of the Federal Convention of 1787*, vol.1 (New
Haven: Yale University Press, 1966), 452.

8. Ferrand, *Records of the Federal Convention*, vol. 3, 310; ver también la nota de
Madison respecto a la prueba religiosa, vol. 2, 468; y Paul Boller Jr., *George Was-
hington and Religion* (Dallas: Southern Methodist University Press, 1963), 88-89.

9. *New York Times*, 28 de enero 1992; ver también *Washington Post*, 18 de enero
1991.

10. *San Francisco Chronicle*, 18 de agosto 1992; *San Francisco Examiner*, 29 de
agosto 1992.

11. David Broca, *Blinded by the Right: The Conscience of an ExConservative*
(Nueva York: Three Rivers Press, 2002).

12. Extractos de las tres declaraciones pueden encontrarse en el *New York*
Times, 30 de agosto 1992.

13. Martin E. Marty, "The Sin of Pride", *Newsweek*, 10 de marzo 2003.

14. Bush citado en D.F. Florentino, *Reign of Error* (Burlington, Vermont:
Toward Freedom, 2004), 39.

15. Karen Yourish, "Delivering the "Good News"", *Newsweek*, 10 de marzo de
2003; Marty, "The Sin of Pride" y "Bush's Messiah Complex", *Progressive*, febrero
2003.

16. Howard Fineman, "Bush and Good", *Newsweek*, 10 de marzo 2003 y Eli-
sabeth Bumiller, "Anti-War Clerics Find Acces to Bush Barred", *International*
Herald Tribune, 11 de marzo 2003.

17. *Los Angeles Times*, 16 de octubre 2003; ver también *Washington Post*, 22 de
octubre 2003.

18. Sobre la supresión por parte de los cristianos de la civilización occidental,
ver mi *History as a Mystery* (San Francisco: City Lights Books, 1999), capítulos 2 y
3. [Edición castellana: *La historia como misterio*, Hiru Argitaletxea, 2003].

19. Citado en Kimberley Blazer, ed., *The Fundamentals of Extremism: The Christian Right in America* (New Boston, Michigan: New Boston Books, 2003), 25; también Theodore Roszac, "The One Right Way", *San Francisco Chronicle Magazine*, 13 de Julio 2003.

20. Citado en Baker, *The Fundamentals of Extremism*, 154.

21. Cuestión planteada por Gilles d'Aymery, en HYPERLINK [<http://www.swans.com/library/art9/ga158.html>], 7 de julio 2003.

22. *Elk Grove Unified School District vs. Newdow* (2004).

UNA NACIÓN MESIÁNICA

La idea de que los Estados Unidos ha sido la nación señalada por Dios, la historia o el destino para jugar un papel único y superior en el mundo, cogió fuerza pronto en nuestra historia como parte de la conciencia nacional. “La mano de la propia Divinidad” conformó el destino de la nación, de acuerdo con el joven Alexander Hamilton. Y John Adams entonó: “Nuestra república, pura, virtuosa, federal, durará siempre, gobernará el globo e introducirá la perfección en el hombre”. Desde los primeros días de la república los oradores alababan la belleza de América, su abundancia y, sobre todo, su promesa de progreso material. En 1845 el *United States Journal* decía con entusiasmo: “[Todos] los canales de comunicación, públicos y privados, a través de las escuelas, el púlpito y la prensa, están imbuidos de esta única idea, que todas las fuerzas se reúnen para difundir: que nosotros, el pueblo americano, somos los más independientes, inteligentes, morales y felices sobre la faz de la tierra”.¹

Tal convencimiento prevalece hasta nuestros días. En 2002 una eminente publicación de derechas afirmaba que “nuestro país, con sus errores y deslices, ha sido y será siempre el más grande baluarte

de la libertad, la caridad, las oportunidades y el afecto en toda la historia".² Pero la dedicación superpatriota a la libertad se ha sentido más en épocas problemáticas. Fue evidente durante el comienzo de la Guerra Fría, cuando las encuestas de opinión indicaban que el 97 por ciento de los americanos creían en la superioridad de la democracia y el derecho a la libertad de expresión, pero dos de cada tres negaban a los comunistas su derecho a hablar y casi la misma proporción no quería ateos en los cargos públicos.³ Podemos recordar al celebre escritor y humorista Mark Twain, que dijo una vez que las tres cosas más preciosas que poseen los americanos son "la libertad de hablar, la libertad de conciencia y la prudencia de no practicar ninguna de ellas".

La devoción nacionalista tiende a remedar a la devoción religiosa, no sólo por su intolerancia con los disidentes, sino en sus propias formas y creencias. Como la iglesia, la nación-estado tiene sus mitos inspiradores de un génesis sagrado y una crisis apocalíptica; sus primeros profetas y sus mártires, su dogma sagrado, sus rituales, símbolos, monumentos e himnos, sus pergaminos en los que se revela la palabra, sus promesas devotas pronunciadas como oraciones y sus convocatorias y fiestas conmemorativas.

* * *

En el centro del mensaje devoto de la nación está su proclama de jugar un papel único en el mundo. En 2003 el presidente George W. Bush anunció que los Estados Unidos eran únicos y que hacían el trabajo de Dios en la tierra, trayendo el regalo de Dios que es la libertad "a todos los seres humanos del mundo".⁴ Es cierto que los Estados Unidos tienen una historia única, pero al igual que tantas

naciones con anales extraordinarios, llenos de luchas épicas, mezclas raciales inusuales, choques internacionales, visiones esperanzadoras y horribles crímenes políticos y atrocidades. Y los nacionalistas de otros países también han proclamado una misión única y mesiánica para sus respectivos pueblos, al igual que nuestros líderes superpatriotas hacen con los Estados Unidos. Ciertamente los americanos son poco excepcionales al pensar que la suya es una nación excepcional.

Comenzando con el propio Antiguo Testamento, con su aseveración de que los israelitas son el pueblo elegido por Dios, sirviendo como sus acólitos ejemplares aquí en la tierra, destruyendo las ciudades de los paganos y no creyentes. Realmente no hay un compendio más sangriento de carnicería nacionalista y atrocidades mesiánicas que el Antiguo Testamento.

Después están los líderes del Imperio Romano y, siglos más tarde, el Imperio Británico, que nunca tuvo una palabra crítica para el saqueo y la explotación imperiales y en vez de eso habló de la conquista como una hazaña civilizadora, una expedición constructiva, que llevo la unidad, la paz y la felicidad a los pueblos colonizados.

Entre los diversos movimientos nacionalistas del siglo XIX estuvo el Congreso Nacional Indio, que propagó una visión de la India como algo único en la tarea histórica de guiar al genero humano por el sendero redentor. Dotada de una tradición espiritual rica y antigua, la India salvaría a Europa de sus disensiones y de su materialismo craso y superficial. Los patriotas indios aleccionaban a su juventud: "Vosotros ayudaréis a crear una nación, a espiritualizar una época, a crear un mundo ario. Y esa nación es la vuestra, esa época os pertenece a vosotros y a vuestros hijos y ese mundo no es

un mero trozo de tierra, sino toda la tierra con todos sus millones de personas”.⁵

Hacia la misma época, en Francia, Jules Michelet enviaba un mensaje patriótico: La Revolución Francesa le ha dado a la humanidad el gran regalo de la libertad, la igualdad y la realización nacional, con Francia como “piloto glorioso del género humano”. La misión única de Francia era no sólo la afirmación de su propia ciudadanía, sino la de todos los otros pueblos. *La belle France* era el gran anfiteatro en el que las ideas y las artes asumían importancia mundial y se irradiaban a todas partes. De Francia dependía la salvación del mundo, el climax y la plenitud de la propia historia humana.⁶

Si Francia tuvo a Michelet, Italia, en el umbral de su unificación, tuvo a Vincenzo Gioberti y, más importante, a Giuseppe Manzini, que proclamaron la supremacía histórica y moral de los italianos. “Italia es el pueblo escogido, el pueblo típico, el pueblo creativo, la Israel de los tiempos modernos”,⁷ declaró Gioberti. Con un fervor incluso más grande, Manzini vio en el surgimiento de una nueva nación italiana unida el instrumento de la regeneración de toda la humanidad. Italia había sido en dos ocasiones anteriores “el centro de la civilización”, con el Imperio Romano y después con la Iglesia Romana. Con su *Risorgimento*, continuó Manzini, Italia emergía de nuevo en la era moderna “para unir al mundo”, esta vez avanzando en la causa de la libertad, la paz y la democracia.⁸

Menos benignos que Michelet y Manzini fueron los nacionalistas germanos como Johan Fichte y Heinrich von Treitschke, que creyeron que Alemania estaba destinada a conquistar y expandirse de acuerdo con las leyes naturales de la historia, no utilizando las normas de la democracia y el parlamentarismo sino con *Macht*, el

poder absoluto ejercido por un monarca fuerte y un ejército victorioso. Y esto beneficiaría a todos, porque Alemania –con su nobleza de alma, su preeminencia intelectual y su fuerza marcial– lideraría el mundo sacándole de los efectos degenerativos del liberalismo, el materialismo, la igualdad y el individualismo.⁹

Hay que considerar también a los mesiánicos supernacionalistas pan-eslavos y rusos, como el notable y gran novelista Fyodor Dostoyevsky, que creía en el “alma rusa”. De acuerdo con Dostoyevsky los rusos poseían una profunda capacidad intuitiva de la vida y una profunda y ortodoxa orientación devota hacia Dios, de la que carecían las decadentes naciones occidentales. Rusia uniría a todos los pueblos eslavos, no con ánimo imperialista, sino para asegurar su paz y su bienestar. La Santa Madre Rusia estaba destinada a convertirse en arbitro y rectora del género humano, revelando al resto de Europa un nuevo orden social que sólo ella encarnaba.¹⁰

Y en el siglo XX los hipernacionalistas e imperialistas de la Alemania nazi y los fascistas de Japón defendieron sus visiones “únicas” de la regeneración moral, la supremacía nacionalista, la purificación racial y la dominación del mundo.

Debemos repetir que lo único cierto sobre la proclama de los superpatriotas americanos respecto a su mesianismo excepcional es lo notablemente poco excepcional y poco original que es realmente. A través de la historia gran número de otros movimientos, naciones e imperios han pensado de sí mismos que eran un regalo de Dios para la humanidad. Cautivados por su propia mitología de Pueblo Escogido, creyeron que ellos eran los únicos capacitados para regir el mundo, como hacen hoy día los defensores del imperio global americano.

El impulso mesiánico está listo cuando la virtud nacional se junta con un poder militar extraordinario. Los superpatriotas ven la evidencia de su llamada divina en el poder que les posibilita su incursión en todos los rincones del mundo. La idea de “debemos movilizar nuestro poder para mandar” se convierte en la de “debemos mandar porque somos muy poderosos”. Podría ser bueno recordar el consejo dado por el senador William Fullbright en 1966: “Nosotros no somos los elegidos por Dios para salvar al género humano, sino sólo una de las partes de más éxito y fortuna de ese género humano, dotadas por nuestro creador de la misma capacidad para hacer el bien y el mal, ni más ni menos, que el resto de la humanidad”.¹¹

Casi cuarenta años más tarde el periodista Jon Carroll lo expresó de forma más enfática: “No somos la única democracia del mundo; no somos el único país que demuestra valor ante la adversidad. Nosotros mentimos, robamos y matamos. Cualquiera presunción de que Dios nos ha concedido una bendición especial no está respaldada por los hechos. No firmamos los tratados internacionales y nos reservamos el derecho de violarlos si nos parece oportuno. ¿Es que Dios habla con nuestros líderes como no habla con los de los demás?”.¹²

Los pueblos de otras naciones están comprensiblemente en contra de aceptar la idea mesiánica de los Estados Unidos como rector del mundo. Las encuestas internacionales revelan que ven a los Estados Unidos como un país “arrogante, agresivo y engreído”. Grandes mayorías de otros países desconfían de los líderes americanos y desaprueban totalmente sus invasiones militares, como la lan-

zada contra Iraq en 2003. Y sienten de forma inequívoca que la política de Washington es nociva para sus respectivos países.¹³

Una encuesta llevada a cabo por los corresponsales del *New York Times* en todo el mundo en 2003 reveló la opinión extendida de que los Estados Unidos eran “un poder imperial que desafiaba la opinión del mundo con su uso injustificado e unilateral de la fuerza militar”, ansioso de “controlar el suministro mundial de petróleo y del dominio militar”.¹⁴ Desgraciadamente tales respuestas negativas lo único que consiguen es convencer a nuestros líderes superpatriotas y a los eruditos de los medios de que necesitamos proyectar una imagen más efectiva para que los demás pueblos tengan una percepción clara de las intenciones virtuosas de América. En efecto, los superpatriotas dicen que cuando los extranjeros discuten nuestra política eso debería llevarnos a cuestionar su buen juicio, no el nuestro, ciertamente nunca la política que produce esas respuestas negativas.

* * *

La moralidad nacionalista mesiánica es una inversión de la moralidad individual. De ordinario podemos pensar que la nación-estado es un instrumento de organización social cuya función es proteger los intereses de su población. Sin embargo para los superpatriotas la nación-estado no es sólo una unidad legal de dirección, con sus derechos y obligaciones contractuales; es una especie de entidad vital que ofrece a sus ciudadanos una regeneración moral. La nación se convierte en algo como un fin en sí misma, un poder absoluto que reclama nuestra lealtad a ultranza, cuya existencia y

supervivencia es su propia justificación, más allá del alcance moral de las críticas.

El código ético que se aplica al nacionalismo no opera como algo que pertenece a los individuos. La moralidad individual reclama las propias limitaciones y el propio sacrificio. Hay ciertas cosas que uno “no debería hacer”, incluso aunque tenga el impulso de hacerlas, sirvan a su propia realización e incluso supongan la defensa de los propios intereses. La moral individual supone darse cuenta de que el pecado (esto es, lo que es injusto y nocivo para los demás) está siempre dentro del potencial humano. Errar es humano, pecar por supuesto que también. Pero estas premisas se invierten cuando se aplican al comportamiento de la nación, porque la nación-estado es algo más que humano.

En el corazón de la religión secular del nacionalismo descansa la creencia de que la existencia de la nación mesiánica y sus acciones están dotadas de una virtud que las coloca más allá de las reglas comunes que gobiernan la moral individual. Como una especie de entidad suprema, la nación no conoce otra restricción que la impuesta por las limitaciones de sus propios deseos y su poder. La violencia más despiadada –insostenible en la sociedad civil– se aplaude como heroísmo cuando se comete en nombre de la nación.¹⁵ El “no deberías hacer” se convierte en “no deberías hacerlo a no ser que lo hagas por el interés nacional”. Luego la complacencia en matar a otro ser humano en combate se considera, no sólo como algo moralmente aceptable, sino como un acto heroico de patriotismo. En vez de ir a la cárcel a los autores se les honra con medallas y se les aclama.

La moralidad inventada del superpatriotismo demanda que una nación tenga no sólo el derecho sino el deber de hacer lo que crea

necesario para proteger su propia seguridad. Aunque el fin sea loable uno podría cuestionarse el mandato que lo envuelve. Como la “seguridad nacional” es tan difícil de definir como los peligros que pueden amenazarla, la tendencia es a igualar lo apenas posible con lo casi cierto, el conflicto remoto con la amenaza inminente, lo imaginable con lo inevitable. Por eso la seguridad interior y la defensa nacional se interpretan, no simplemente como una defensa contra un ataque real o inminente, sino contra algo imaginable que posiblemente podría, quizá, amenazar la seguridad de los Estados Unidos. Uno nunca puede estar seguro, así que llevemos a todos a la cárcel dentro del país y hagámosles sentir el infierno con bombas en el exterior. La seguridad de los Estados Unidos además requiere la expansión de su influencia en cada rincón del mundo, aplicando la fuerza militar si el presidente lo cree oportuno.

“¿Por qué es que, no importa el coste para otras naciones o para la sociedad internacional, el derecho a preservar la nación y todos sus intereses vitales se considera moralmente incuestionable?”, preguntaba Albert Weinberg hace unos sesenta años.¹⁶ ¿Nunca vamos a recapacitar sobre la cuestión de que hay acciones que –incluso si se juzgan como vitales para preservar unos “intereses de los Estados Unidos” vagamente definidos– son tan moralmente rechazables como para evitarlas?

Podemos ir más allá para preguntarnos si la defensa sin límites de la seguridad nacional no se convierte en sí misma en una derrota. Si haciendo “lo que creamos conveniente para mantener nuestra seguridad” necesitamos sembrar la muerte y la destrucción en otros países, esto puede tener repercusiones terribles para nuestro propio país. El resultado es que la nación más obsesionada con “organizar la paz”, “propagar la democracia” y “construir el mundo” es la que

propaga el control autocrático y termina enredada en una guerra perpetua.

El nacionalismo mesiánico es la senda por la cual una nación puede perder su alma.

NOTAS

1. Editorial, *United States Journal*, 18 de octubre 1845.
2. Larry Millar, "You Say You Want a Resolution", *Weekly Standard*, 14 de enero 2002.
3. Samuel Stouffer, *Communism, Conformity and Civil Liberties* (Garden City, N.Y.: Doubleday, 1955), 29-42.
4. Howard Fineman, "Bush and God", *Newsweek*, 10 de marzo 2003.
5. Citado en Hans Kohn, *Prophets and Peoples* (Nueva York: Collier Books, 1961, publicado originalmente en 1946), 15.
6. Kohn, *Prophets and Peoples*, 52-53; ver también Jean-Marie Carré, *Michelet et son Temps* (París: Perrin, 1926).
7. Citado en Kohn, *Prophets and Peoples*, 79.
8. Giuseppe Manzini, *The Duties of Man and other Essays* (Nueva York: Everyman's Library 1961). Sobre Manzini y Gioberti, ver Giovanni Faldella, *Profeti Masimi* (Turín: Lattes, 1910), capítulos 1-3 y otros.
9. Kohn, *Prophets and Peoples*, capítulo 4.
10. Kohn, *Prophets and Peoples*, 130-140 y otras.

11. J. William Fulbright, *The Arrogance of Power* (Nueva York: Random House, 1966), 20.
12. *San Francisco Chronicle*, 3 de Julio 2003.
13. Ver, por ejemplo, informes de la encuesta del Pew Research Center for the People and the Press, marzo 2003.
14. *New York Times*, 11 de septiembre 2003.
15. Ver Albert K. Weinberg, *Manifest Destiny* (Chicago: Quadrangle Books, 1935).
16. Weinberg, *Manifest Destiny*, 410.

SEGUIR AL LÍDER

La característica distintiva del estado, dijo Max Weber, es que reclama un “monopolio del uso legítimo de la fuerza física dentro de un territorio dado”.¹ La esencia irreducible del estado descansa en su capacidad de ejercer la violencia legalmente admitida contra sus propios ciudadanos. En muchos casos el objetivo no es precisamente un elemento criminal, sino un disidente político que discute la distribución existente de los privilegios, la riqueza, la autoridad institucional y la ortodoxia ideológica.

Las leyes contra la sedición y el terrorismo están dirigidas a los disidentes molestos, pero igual ocurre con el código criminal ordinario: conducta desordenada, acción de masas, destrucción de la propiedad, felonía, resistencia al arresto, etc. De esta forma los actos de disidencia y protesta están despolitizados y criminalizados por las acciones represivas llevadas a cabo por las autoridades del estado.

El poder del estado lo ejerce en primer lugar el ejecutivo, específicamente el presidente y el aparato de la seguridad nacional. Representando a la nación entera y no a nadie en particular, el presidente “posee una especie de derecho divino”, como señaló Marx res-

pecto a la presidencia francesa en la Segunda República en 1852. “Es el elegido de la nación”, que está “en una relación personal con ella”. A través de sus representantes individuales la Asamblea Nacional manifiesta múltiples aspectos de la nación, pero en el presidente “el espíritu nacional encuentra su encarnación”.²

La Constitución de los Estados Unidos concede al Congreso, no al presidente, el poder de hacer la guerra. Sin embargo una y otra vez las fuerzas armadas se ven envueltas en acciones militares por orden presidencial, sin declaración de guerra previa. Realmente algunos presidentes tienen a gala ignorar al Congreso en esta materia. En 1990, mientras los legisladores debatían si los Estados Unidos debían iniciar las hostilidades contra Iraq, el presidente Bush *père* salió diciendo: “No me importa si el Congreso lo vota o no. Vamos a ir adelante”.³ Bush entendía que en tiempos de crisis y de peligro nacional —real o fabricado— el Congreso no se atrevería a censurar al comandante en jefe por una fruslería como una guerra, especialmente cuando tantos legisladores eran fervientes superpatriotas y militaristas.

La usurpación por parte del presidente del poder de hacer la guerra dio un paso final gigantesco en el período posterior a los ataques terroristas de septiembre de 2001, que destruyeron las Torres Gemelas del World Trade Center en Nueva York y un ala del Pentágono, con la pérdida de unas 3.000 vidas. El Congreso votó unánimemente darle al presidente el poder de decidir cuándo debía entrar en guerra la nación. Esta entrega del poder del Congreso al ejecutivo fue en sí misma una pérdida constitucional. En efecto, Bush *fils* ahora podía declarar unilateralmente la guerra cuando quisiera, un poder de decisión en un solo hombre del que usualmente sólo disfrutaban los monarcas absolutos y los dictadores.

Y cuando Bush ejerció ese poder anticonstitucional yendo a la guerra contra Iraq en 2003, en medio de las protestas de todo el mundo, la gran mayoría de los legisladores del Congreso, por temor a ser antipatriotas, estuvieron con él, incluyendo a muchos que inicialmente se habían opuesto a la guerra por considerarla mal concebida e ilícita. Así, la líder demócrata de la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi (California), hablando como si estuviera en el ejército americano más que en el Congreso, anunció que ahora que nuestras tropas habían entrado en acción debíamos apoyar a nuestro comandante en jefe. “Apoyo al presidente... somos un equipo en lucha y tenemos que estar unidos”, declaró.⁴

* * *

Algunos de nuestros ciudadanos son comprensiblemente cínicos y recelosos en asuntos de política. Los políticos, podemos oír, no son dignos de confianza; a menudo son corruptos y van a lo suyo, diciendo una cosa durante la campaña electoral y haciendo otra cuando ya están en el cargo. Todo ello es cierto. Sin embargo estos mismos ciudadanos despliegan una confianza casi infantil y una fe ciega cuando los políticos hablan de la necesidad de defender nuestra seguridad nacional. Así ocurre que con la declaración de cada nueva guerra de los Estados Unidos contra una u otra pequeña pero “amenazadora” nación, los superpatriotas se agrupan alrededor de la bandera y del presidente. Se nos dice que la nación está bajo una amenaza extranjera letal. No hay tiempo para tonterías sobre lo que está bien o lo que está mal. Apoyad a nuestro presidente y a nuestra nación, apoyad a nuestras tropas, destruyamos la amenaza exterior.

Cuando declara servir al bien más alto, nuestro comandante en jefe no puede estar en un error. La moralidad invertida está activada.

Debemos recordarnos a nosotros mismos lo que ocurrió en Alemania en la década de 1930, cuando Hitler y sus secuaces nazis tomaron el poder (financiados por los grandes grupos del capital). Los nazis insistieron en la incuestionable obediencia y adulación al líder. Fue un gobierno por *der Führerprinzip*, el principio del líder, la idea de que la cabeza del estado es la encarnación viviente del estado mismo, el depositario supremo de las virtudes de la nación. Hay un paso muy corto entre el culto a la nación (superpatriotismo) y el culto al líder. En el caso de la Alemania nazi, el mundo recogió el amargo fruto.

A aquellos que dicen que en tiempos de crisis debemos tener fe en el presidente, podríamos preguntarles: ¿Fe? ¿Esto es religión o política? ¿El presidente debe ser tratado como un objeto de adoración? Se nos dice que debemos confiar en el presidente, pero ¿qué significa eso? La confianza es algo que tenemos en nuestros seres queridos, nuestros amigos íntimos y nuestra familia (e incluso en ese caso, comprobemos si son dignos de ella). La democracia no es una cuestión de confianza, sino de *desconfianza*. Es una cuestión de responsabilidad, de debate abierto, de enfrentamiento crítico y de opinión popular y escuchar a la ciudadanía. Es una cuestión de gobierno responsable. Tenemos que dejar que nuestros conciudadanos confíen menos en sus líderes y más en sí mismos, en sus propias cuestiones y sospechas, en su deseo de saber lo que está ocurriendo.

No hay nada como una guerra o una crisis importante para reducir a los ciudadanos adultos a un conformismo sin sentido, dispuestos a “seguir al líder”, con la esperanza de que nuestro *Reichführer*, el presidente, nos libre del peligro. El presidente Franklin

Roosevelt tuvo su índice más alto de popularidad, el 84 por ciento, inmediatamente después del ataque japonés a Pearl Harbor en 1941. El 83 por ciento del presidente John Kennedy vino después de su invasión de Cuba en Bahía Cochinos en 1961, aunque la operación fue un fracaso. Y después de la Guerra del Golfo de 1991, Bush el viejo llegó al 93 por ciento de aprobación.⁵

* * *

Consideremos el caso de George Bush el joven. La guerra y la violencia han sido especialmente buenas para este presidente. El 10 de septiembre de 2001 su presidencia naufragaba y sus porcentajes de popularidad flaqueaban lamentablemente. Entonces, al día siguiente, vinieron los ataques al World Trade Center y al Pentágono y Bush vio estos porcentajes subir hasta el 82 por ciento. A esto le siguió rápidamente su cacareada “guerra permanente contra el terrorismo” y el bombardeo masivo e invasión de Afganistán. Bush se transmutó en el líder determinado que aglutinaría a la nación, reforzaría nuestras defensas (o mejor dicho, nuestro presupuesto de defensa) con grandes partidas alocadas al ejército y nos protegería con una legislación que reforzaba el poder represivo del ejecutivo federal.

Aquí estaba el presidente protegiéndonos de las amenazas internas y externas, dirigiendo concentraciones militares, volando de un lado para otro para salir en las fotos, sin acordarse de cómo años antes había eludido sus deberes en la Guardia Nacional Aérea y presumiblemente había sido un desertor. Permaneciendo orgullosamente delante de las cámaras, con una mirada de acero fija en las defensas de la nación, dispuesto a ir contra todos y contra todo,

nunca había parecido tan *presidencial* este corrupto pero afable multimillonario y antiguo alcohólico. Sus porcentajes de popularidad se dispararon.

Entonces llegaron los escándalos empresariales de la primavera y el otoño de 2002, los Enron, WorldCom, Harkin y Halliburton. En julio tanto el presidente como el vicepresidente Dick Cheney estaban directamente implicados en prácticas comerciales fraudulentas en el país. Sus respectivas compañías, Harkin y Halliburton, falsearon las cuentas para simular beneficios y elevar el valor de sus acciones. Bush y Cheney, junto con otros directivos y grandes inversores, disponiendo de información privilegiada, vendieron sus acciones a los mejores precios justo antes de que se revelara que prácticamente no valían nada y su valor estuviera por los suelos. Tanto el presidente como el vicepresidente hicieron dudosas declaraciones sobre lo que sabían y lo que no sabían. Se negaron a entregar documentos y dieron toda la apariencia de estar directamente implicados en prácticas delictivas que costaron a los pequeños inversores miles de millones de dólares.

En julio de 2002 el partido republicano se tambaleaba debido a los escándalos financieros y se le señalaba como el partido del favoritismo y la corrupción empresarial. Pero en septiembre, con la guerra pendiente contra Iraq, volvió a emerger como el partido del patriotismo, la defensa nacional y el fuerte liderazgo militar, obteniendo el control de ambas cámaras del Congreso, ganando las elecciones, cosa que de otro modo nunca hubiera ocurrido. La guerra inminente borró de un soplo los escándalos Enron-Harkin-Halliburton de las primeras páginas de los periódicos y de las noticias de la noche. En vez de estar sujeto a investigación criminal y procesado, Bush, el comerciante, permaneció intocable en la Casa Blanca, volviendo a surgir como el líder sin miedo de los tiempos de guerra.

* * *

Bush el viejo había hecho lo mismo en 1990-1991. A finales de 1990 su popularidad se derrumbaba a causa de un escándalo de ahorros y préstamos. Todas las noches las noticias de las televisiones destapaban sucesivas capas de corrupción, robo y saqueo del tesoro público, en lo que fue el escándalo financiero más grande de la historia del mundo, que supuso un saqueo al tesoro público que costó alrededor de un billón de dólares. Dos, y posiblemente tres, de los hijos de Bush corrían el riesgo de ir a la cárcel por delitos financieros. Pero una vez que Bush lanzó la primera Guerra del Golfo contra Iraq, los programas de noticias se preocuparon sólo de vender la guerra y el asunto de los ahorros y préstamos se esfumó y fue enviado al limbo de los medios de información. La victoria en el Golfo también hizo más duro investigar las revelaciones que implicaban al propio Bush padre en la conspiración Irán-contra, ya que se encontraba envuelto en lo que parecía una popularidad intocable.

No hay garantías de que tal popularidad sea duradera. Como mencioné antes el porcentaje de popularidad de Bush padre después de la Guerra del Golfo era del 93 por ciento. Sin embargo al año siguiente perdió la presidencia a manos de un garrulo gobernador de Arkansas. Y lo mismo Bush el joven. Sus porcentajes empezaron a bajar en el invierno de 2002-2003 cuando la histeria terrorista remitió y la economía seguía estancada. El 14 de marzo de 2003 su porcentaje de popularidad era del 53 por ciento. Pero el 18 de marzo, después del inicio de las operaciones contra Iraq, sus porcentajes subieron al 68 por ciento.⁶ A finales de abril, con la rápida y

fácil victoria militar aparentemente a mano, llegó a superar el 80 por ciento.

En los meses que siguieron Bush II continuó jugando la carta del terrorismo. En un período breve de unas semanas en septiembre de 2003, se refirió a los peligros del terrorismo mientras hablaba de (a) la guerra de Iraq, (b) la política energética, (c) el estado de la economía y (d) las relaciones de los Estados Unidos con la ONU. Estas referencias persistentes al terrorismo estaban diseñadas para evitar las críticas y mantener a la gente apiñada alrededor de su liderazgo. Pero entonces, cuando la “liberación” de Iraq se convirtió en una resistencia prolongada del pueblo con un costoso resultado de vidas y dólares americanos, la estrategia ya no funcionó tan bien y los porcentajes de Bush comenzaron a retroceder decisivamente.

En suma, el manto del patriotismo militarista les hace fácil a los presidentes subir rápidamente en popularidad, pero no necesariamente de una forma durable. Sin embargo esta popularidad de seguir-al-líder les permite meter a la nación en guerras de agresión que presumiblemente no sirven a las necesidades del pueblo. Pero en algunas ocasiones, cuando la aventura militar resulta ser demasiado costosa, los americanos empiezan a plantearse la situación y a mostrar signos de desafección.

NOTAS

1. Max Weber, “Politics as a Vocation”, en Hans Perth y C. Wright Mills, eds., *From Max Weber: Essays in Sociology* (Nueva York: Oxford University Press, 1958),

78. Weber reconoció que el derecho a aplicar la fuerza a veces se le asigna a instituciones no gubernamentales –como guardias de seguridad y policía privada– pero “sólo hasta el nivel que el estado lo permita”.

2. Karl Marx, “The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte”, en *Selected Works*, vol. 1 (Moscú: Progress Publishers, 1969), 411.

3. Richard Ben Cramer, “Bush Is Down. Now Watch Out”, *New York Times*, 18 de agosto 1992.

4. Citado en Norman Solomon, “Pelosi’s Bridge Too Far”, *San Francisco Bay Guardian*, 14 de enero 2004.

5. Ron Faucheaux, citado en Sheldon Rampton y John Stauber, *Weapons of Mass Deception* (Nueva York: Jeremy Tarcher/Penguin, 2003), 144.

6. Faucheaux en Rampton y Stauber, *Weapons of Mass Deception*.

TEMOR PATRIÓTICO

Los superpatriotas se pueden encontrar en posiciones elevadas y en otras que no lo son tanto, en la casa Blanca o en puestos de la Legión Americana local. Se nos ha enseñado a pensar en las caricaturas de machos tales como Joe Six-Pack, Tony Hardhat y Clyde Rednack como los prototipos hipernacionalistas. De hecho los trabajadores americanos son menos los promotores del superpatriotismo y más sus consumidores y víctimas. Pagan altos impuestos que soportan el imperio militar global americano. Sufren recortes en los servicios sociales mientras el tesoro de la nación se dilapida en guerras. Y los blancos de rentas modestas, los afro-americanos, los latinos y los asiáticos son los que suministran los soldados de a pie que sacrifican sus vidas o terminan mutilados en las aventuras militares del imperio.

Los mayores promotores de la ideología superpatriota son los regidores político-económicos de este gobierno. Juegan un papel crucial en lo que Cecilia O'Leary llama "manejo de los rituales de la lealtad de las masas".¹ Promueven la reverencia a la bandera, los juramentos de lealtad y las celebraciones nacionalistas. Deciden la enseñanza de una versión saneada de la historia de los Estados

Unidos en las escuelas y establecen los santuarios y monumentos nacionales. Llevan a cabo campañas de propaganda intensiva que desprecian a uno u otro líder extranjero, nación o movimiento, tachándolo de amenaza para la seguridad nacional. El orgullo patriótico no es suficiente. Saben que la forma más segura de reunir apoyos para sus aventuras en el exterior es incitando a la alarma en el interior. Tras el entusiasmo patriótico se esconde una fuerte dosis de temor patriótico.

* * *

Consideremos la caza de brujas que se dirigió contra la “amenaza roja” durante gran parte del siglo XX. De repente el pueblo americano supuestamente se vio envuelto en una histeria nacional, una fobia colectiva que les hizo ver demonios comunistas escondidos en todas partes. De hecho el miedo público al comunismo fue propagado durante años por las autoridades estatales y federales, los presidentes de las grandes empresas, los magnates de los medios, los administradores de la enseñanza y otras élites públicas y privadas.

Si alguien estaba preocupado por la emergencia del comunismo eran las clases adineradas del mundo. Los plutócratas de varias naciones capitalistas del mundo consideraron a la Revolución Rusa de 1917 como una pesadilla hecha realidad. Los trabajadores y campesinos habían derribado, no sólo el poder autocrático del zar, sino a la clase rica propietaria que poseía las factorías, los recursos minerales y la mayoría de las tierras del imperio zarista. Como el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Robert Lansing, señaló en aquel momento, la Revolución Rusa era un peligroso ejemplo de compartir-la-riqueza para la gente corriente de otras naciones,

incluidos los americanos, animándoles a conseguir por medios políticos lo que sólo se puede alcanzar mediante el trabajo duro y la diligencia.²

En 1918 los Estados Unidos –junto con Inglaterra, Francia, Canadá y otros diez países capitalistas– invadió la Rusia soviética como parte de un intento devastador, pero que fracasó, de destruir el gobierno revolucionario bolchevique, un capítulo de la historia desconocido para la mayoría de los americanos. La gente corriente de esas naciones occidentales no expresó ningún interés en la invasión de la Rusia soviética. Completamente al contrario; después de una sanguinaria guerra mundial que había costado millones de vidas la mayoría de la gente en Occidente no quería más sangre. La expedición armada para derrocar a los bolcheviques la planearon los gobernantes sin ningún debate público.

Durante los mismos años las autoridades de los Estados Unidos alertaban al pueblo de la “amenaza roja”. Investigaciones del Congreso hicieron aparecer testigos que contaban cosas terribles de los horrores de la Revolución Comunista en Rusia. Como lo describe un historiador:

“Estos testigos declararon que el Ejército Rojo estaba compuesto principalmente de criminales, que la Revolución Rusa había sido llevada a cabo por antiguos judíos del East Side de Nueva York, que los bolcheviques eran el anticristo y que era necesaria una política fuerte de intervención aliada. El embajador Francis... mantuvo que los bolcheviques mataban a todo el mundo ‘que llevaba algo blanco alrededor del cuello, o que era educado o no era bolchevique...’

“Los testimonios anti-bolcheviques se reprodujeron en todos los periódicos de la nación y una vez más el público lector fue alimentado con cuentos de amor libre, nacionalización de las mujeres,

masacres sangrientas, atrocidades brutales... Los editoriales de los periódicos no se cansaron de referirse a los rusos rojos como 'asesinos y locos', 'escoria humana', 'locos criminales' y 'bestias'... Los periódicos acentuaban su información sensacionalista con gigantescos titulares: EL PELIGRO ROJO ESTÁ AQUÍ, PLANEA LA REVOLUCIÓN SANGRIENTA y QUIERE DERRIBAR AL GOBIERNO DE WASHINGTON".³

Después de la Primera Guerra Mundial el Fiscal General de los Estados Unidos, Mitchell Palmer, dirigió campañas contra organizaciones radicales, publicaciones y sindicatos, encarcelando a disidentes políticos bajo la acusación de sedición y deportando a cientos de emigrantes bajo pretexto de que tenían ideas anticapitalistas.

La caza de brujas anticomunista tuvo un impulso renovado después de la Segunda Guerra Mundial. Tanto empleados del gobierno como privados de todas las profesiones vieron cómo se investigaban sus vidas privadas y opiniones por parte de las autoridades locales, estatales y federales. Miles de personas fueron purgadas en el mundo académico y en la industria privada debido a sus puntos de vista iconoclastas o a su afiliación a organizaciones que se oponían al capitalismo y al mercado libre. A millones se les requirió para que hicieran juramentos de lealtad por escrito. Las persecuciones bajo el Acta Smith y los tribunales contra la sedición durante la década de los años 1950, seguidas de persecuciones a estudiantes activistas por la paz y militantes negros durante los años sesenta y setenta, dieron a los Estados Unidos un número creciente de presos políticos.⁴

La caída de la Unión Soviética y otros estados comunistas de Europa Oriental desde 1989 a 1992 no supuso mucho alivio a la historia anticomunista. Todavía hoy continúan produciéndose artícu-

los, libros, películas y otros predicamentos contra el comunismo, si no con la misma abundancia, ciertamente con el mismo fin satanizador. El anticomunismo sigue estando ligado de forma inextricable con el patriotismo, mientras que el patriotismo está casado con la “libre empresa americana” y entre todos forman algo llamado la “democracia del mercado libre”. Las personas y organizaciones interesadas en desarrollar una economía más igualitaria y comunal son acusadas de tener ideologías extrañas y carecer de lealtad a su país.

La ortodoxia anticomunista impregna la cultura política americana de tal modo que algunos eminentes intelectuales progresistas todavía denuncian a la extinta Unión Soviética, mientras señalan con sus dedos acusadores al triste fantasma del “estalinismo”, que aún ven escondido dentro de la comunidad progresista. Este anticomunismo de izquierdas iguala al de la derecha política en su persistencia.⁵

* * *

Durante décadas diversos dirigentes de los Estados Unidos proclamaron que el enorme presupuesto militar y las repetidas intervenciones americanas en todo el mundo, eran necesarios para contener el movimiento expansionista del comunismo con su central en Moscú (y a veces en Beijing). Pero después del derrumbamiento de la Unión Soviética y de otras naciones comunistas de Europa Oriental, Washington no hizo un solo movimiento para disminuir su gasto militar. Los programas de armas de la guerra fría siguieron

en todo su vigor y se incrementaron, incluidos los planes elaborados para militarizar el espacio exterior. Para justificar este continuo aparato militar global, la Casa Blanca empezó a lamentarse de la aparición de nuevos enemigos que amenazaban a los Estados Unidos, principalmente países pequeños y remotos que eran enormemente más débiles que nosotros.

El pueblo americano generalmente no levanta clamores por la guerra o salta de alegría ante un conflicto armado. Muchos apoyarán una invasión militar en el exterior una vez que ésta se haya lanzado, pero no son ellos los que piden tales aventuras. Hay muchas manifestaciones contra la guerra, pero pocas si es que hay alguna a favor de la misma. No hay grandes multitudes que tomen las calles pidiendo que bombardeemos Iraq, invadamos Panamá, desmembramos Yugoslavia o pasemos otros veinte años en Indochina. Cuando se presta apoyo a las intervenciones militares es generalmente porque la gente está asustada y cree que es un asunto de su propia seguridad y supervivencia.

Escuchemos lo que un miembro clave de la élite política norteamericana tenía que decir: John Foster Dulles era un rico abogado de empresas, republicano conservador y secretario de estado en la administración Eisenhower. (Su hermano y también multimillonario Allen Dulles fue director de la CIA.) John Foster estaba vivamente convencido de la necesidad de alimentar los temores populares: “Para conseguir el apoyo de la nación a la carga de mantener grandes bases militares, es necesario crear un estado emocional acorde con la psicología de guerra. *Debe haber un cuadro de amenaza externa*” (la bastardilla es mía). Para conseguir esto, continuó Dulles, es necesario presentar a nuestro país como un héroe brillante y al otro como el más vil de los villanos. Una vez que esta ide-

ología ha prendido, la nación puede andar su “largo camino por el sendero de la guerra”.⁶

El líder nazi alemán Hermann Goering ofreció un punto de vista similar cuando se le preguntó durante el juicio por crímenes de guerra de Nuremberg:

“Porque desde luego el pueblo no quiere la guerra. ¿Por qué debería querer un pobre sujeto que trabaja en una granja arriesgar su vida en una guerra, cuando lo más que puede conseguir en ella es volver a su granja de una pieza? Naturalmente la gente corriente no quiere una guerra; ni en Rusia ni en Inglaterra ni en América, ni por supuesto en Alemania. Eso se entiende. Pero son los líderes los que determinan la política y siempre es un asunto fácil arrastrar a la gente... El pueblo siempre puede ser atraído por el mandato de los líderes. Eso es fácil. Todo lo que hay que hacer es decirles que están siendo atacados y denunciar a los pacifistas por su falta de patriotismo y por exponer al país al peligro. Funciona del mismo modo en cualquier país”.⁷

Con cada nueva crisis inventada los líderes americanos presentan siempre el mismo escenario de resultados probados. Comienzan satanizando al líder extranjero (o al grupo de líderes), acusándoles de ser comunistas o si no dictatoriales, peligrosamente agresivos, hambrientos de poder, genocidas, terroristas o traficantes de drogas, dispuestos a negarnos el acceso a los recursos vitales, en posesión de armas de destrucción masiva o de ser inexplicablemente “anti-americanos” y “anti-occidentales”. Al carecer de información que diga lo contrario, el público asustado, exactamente como dijo Goering, es arrastrado fácilmente.

* * *

No hay nada particularmente original en este escenario intervencionista. Se ha utilizado durante generaciones, más recientemente contra Allende en Chile, Gadafi en Libia, el movimiento de la Nueva Joya en Granada, Noriega en Panamá, los sandinistas en Nicaragua, Milosevic en Yugoslavia, las guerrillas de las FARC en Colombia, el gobierno revolucionario con apoyo soviético en Afganistán, Chávez en Venezuela, Aristide en Haití y Saddam en Iraq, (que verdaderamente era un opresor, pero a quien los Estados Unidos habían apoyado previamente durante años). Y una vez que el líder está designado como amenaza maligna y su país como un estado canalla, entonces los líderes americanos proclaman su derecho a socavar al gobierno de ese país con sanciones, embargos, sabotaje económico, desestabilización subversiva, mercenarios paramilitares o, si es necesario, ataques aéreos directos e invasión por parte de las fuerzas americanas.

Consideremos cómo se generó una psicología de guerra para conseguir el apoyo a la Guerra del Golfo contra Iraq a principios de 1991. A pesar del patriotismo puesto en marcha por la Casa Blanca y los medios de información durante el verano y el otoño de 1990, el apoyo a la acción militar contra Iraq seguía siendo como mucho tibio, con una mayoría de americanos pidiendo una solución diplomática, específicamente una retirada pacífica de las tropas iraquíes de Kuwait. Los propios iraquíes estaban ofreciendo retirarse, mientras pedían una conferencia de paz en Oriente Medio para resolver las disputas, una oferta que Washington ignoró.

Entonces una encuesta de opinión preguntó a la gente si apoyaría un ataque sobre Iraq para evitar que el país desarrollase su “capacidad nuclear” (el término armas de destrucción masiva todavía no estaba en boga). Un 70 por ciento contestó afirmativamente. Inmediatamente después Bush el viejo empezó a insistir en que Iraq era una amenaza *nuclear* para los Estados Unidos. El tirano sanguinario Saddam, que no se detendría ante nada y que era “peor que Hitler”, como dijo el propio presidente, debía ser parado en seco.⁸ La opinión pública empezó a cambiar a favor de la intervención.

Doce años más tarde la formula del miedo se aplicó de nuevo e Iraq era otra vez la amenaza elegida. Esta vez era el joven Bush quién afirmó repetidamente que las armas de destrucción masiva que poseía Saddam eran “una seria amenaza para nuestra nación”, con consecuencias que serían “graves y trágicas” si no actuábamos. El régimen iraquí poseía “un vasto arsenal de armas mortales biológicas y químicas”. “No podemos esperar la prueba final, la nube tóxica”, argumentó. “Podría llegar en forma de hongo”.⁹

El inspector jefe de las Naciones Unidas Hans Blix señaló que la Casa Blanca mantenía un cien por cien de certeza de que existían en Iraq las armas de destrucción masiva... basándose en un cero por ciento de evidencias. No se pudo ocultar que no se usaron armas de destrucción masiva, ni misiles nucleares, ni armas químicas o biológicas por parte de Iraq durante la guerra, y tampoco las pudieron encontrar las fuerzas de ocupación después de la guerra. En enero de 2004 la Fundación Carnegie para la Paz Internacional, entidad independiente, descubrió que la administración Bush había “falseado sistemáticamente” la amenaza del programa armamentista de Iraq. La Casa Blanca, concluía el estudio, había hecho aparecer un

escenario imaginario que no tenía ninguna base en los informes reales de la inteligencia.

El presidente y los medios principales fabricaron otra amenaza: Saddam Hussein estaba trabajando mano a mano con los terroristas de Al Qaeda.¹⁰ Pero las agencias americanas de inteligencia no encontraron ninguna evidencia que apoyara tal acusación. Durante sesiones a puerta cerrada con el comité del Congreso, a los propios funcionarios se les preguntó varias veces si tenían alguna prueba de que el gobierno iraquí estuviera colaborando con organizaciones de terrorismo islámico. De forma inequívoca afirmaron que no se había podido encontrar tal relación.¹¹

Sin embargo, a finales de 2003, mucho después de que Iraq hubiera sido ocupado por las fuerzas de los Estados Unidos, una mayoría de americanos –especialmente los que se enteraban de las noticias a través de la cadena Fox, la más influida ideológicamente– todavía creían una o más de estas aseveraciones: que Iraq estaba ligado a Al Qaeda, que las armas de destrucción masiva se habían encontrado y que la opinión mundial estaba a favor de la invasión americana a Iraq, todo ello mentira.¹² Una vez que el miedo aparece las evidencias se convierten en algo irrelevante.

NOTAS

1. O'Leary, *To Die For*, 221.

2. Ver los comentarios de Lansing citados en William Appleman Williams, "American Intervention in Russia: 1917-1920", en David Horowitz, ed., *Containment and Revolution* (Boston: Beacon Press, 1967), 38.

3. Robert K. Murray, *Red Scare* (Nueva York: McGraw-Hill, 1955), 95-98.

4. Preston, *Aliens and Dissenters* y David Cauter, *The Great Fear* (Nueva York: Simon y Schuster, 1978) y mi *Democracy for the Few*, capítulo 10. Sobre la sangrienta represión al partido de los Panteras Negras, ver Mumia Abu-Jamal, *We Want Freedom* (Cambridge.Mass., South End Press, 2004).

5. Para una discusión más extensa sobre el anticomunismo de izquierdas, ver mi *Blackshirts and Reds: Rational Fascism and the Overthrow of Communism* (San Francisco: City Lights, 1997), capítulo 3.

6. Citado en Norman Cousins, "Unremembered History", *Los Angeles Times Book Review*, 1 de febrero 1987.

7. Citado en Gustave Gilbert, *Nuremberg Diary* (Nueva York: Farrar, Straus, 1947), 278-79.

8. Los pretextos para la Guerra del Golfo de 1991 se tratan con más detalle en mi *Against Empire*, 100-104.

9. Ver la declaración de Bush ante las Naciones Unidas, 7 de febrero de 2003; también los sueltos sobre él en PBS, *Frontline*, 22 de enero 2004 y *Uncovered: The Whole Truth About the Iraq War*, un documental producido y dirigido por Robert Greewald.

10. *New York Times*, 7 de septiembre 2003.

11. *San Francisco Chronicle*, 20 de septiembre 2002.

12. Ver Deck Deckert, "More is Less", *Swans*, 3 de noviembre 2003. [www.swans.com/library/art9/rdeck046.html].

LA AMENAZA INTERIOR

A través de gran parte de nuestra historia se nos ha alertado sobre este o aquel peligro exterior. Pero la amenaza no siempre viene de fuera. Durante el siglo XIX y principios del XX la prensa en manos empresariales alimentó una histeria antirradical entre la gente en general, fijándose como objetivo las “clases peligrosas” dentro del propio país, específicamente los pobres, los desempleados y cualquiera que se organizara para conseguir empleos decentemente remunerados y mejores condiciones de trabajo. La agitación laboral fue estigmatizada como una amenaza para el Modo de Vida Americano.

El americanismo se equiparó a la aceptación sin reparos del sistema corporativo de los negocios. “Los industriales se unieron a los editores para etiquetar a los activistas laborales de comunistas, anarquistas y no-americanos”, escribe O’Leary. “Los dibujos pintaban generalmente al Tío Sam guiando a los trabajadores para sacarles de la influencia de los agitadores. El término *no-americano* tuvo una utilización significativa como epíteto político durante este período, cuando los “verdaderos americanos” lo utilizaban contra los trabajadores emigrantes en huelga y más tarde contra cualquier militan-

te que se opusiera al orden económico, fuera emigrante o nativo del país”.¹

En 1886, durante una época de inquietud laboral sustancial, Theodore Roosevelt, que a su vez era un rico empresario, habló de enfrentar unos contra otros a los trabajadores en nombre del patriotismo: “Mis hombres trabajan duro durante largas horas por salarios no mayores que los de los huelguistas; pero ellos son *americanos de arriba a abajo*. Creo que nada les produciría más placer que esperar con rifles a una de las manifestaciones”.² La compañía Ford patrocinó programas de americanización para sus empleados: el patriotismo se equiparaba a la disciplina y a la sumisión laboral. Otras empresas desarrollaron programas basados en el de la Ford.³

La guerra a menudo nos trae los peores aspectos del superpatriotismo. En 1917, cuando la nación declaró las hostilidades contra Alemania, las disputas laborales internas se consideraban actos de total deslealtad. El presidente Woodrow Wilson advirtió que los “señores de Alemania” estaban utilizando a los liberales, socialistas y “líderes laborales” americanos para ayudarles en sus designios”.⁴ Las autoridades federales y estatales suprimieron las publicaciones radicales, publicaron interdictos contra las huelgas, hostigaron y encarcelaron a los dirigentes laborales y realizaron arrestos masivos, deportaciones y juicios políticos contra los militantes laborales. Unas mil personas fueron condenadas a prisión por denunciar la guerra como “una aventura de hombres ricos”, algunas por períodos de hasta treinta años.⁵

En la década de 1930, durante la Gran Depresión, las empresas como Ford tomaron el asunto en sus propias manos, contratando rompedores de huelgas y matones que golpeaban a los organizadores y aterrorizaban a los huelguistas.⁶ La violencia ultranacionalista

patrocinada por las empresas también tuvo lugar en otros países capitalistas. Durante el surgimiento del fascismo en Italia, Lituania, Alemania, Hungría y Japón, escuadrones de gorilas “patriotas” contratados por los empresarios aplastaron a los sindicatos y a los partidos políticos y publicaciones de izquierdas.⁷

A veces la amenaza interior consiste sólo en una afluencia de emigrantes pobres y pacíficos. Durante generaciones sucesivas oleadas de recién llegados –con sus aspectos y costumbres diferentes– fueron vistos como algo que socavaba el Modo de Vida Americano. Aquellos inmigrantes que manifestaban cualquier desviación política o militancia laboral se arriesgaban a la cárcel y a la deportación.⁸

Más recientemente, en 2002, con la tan cacareada “guerra al terrorismo” en todo su apogeo, el gobierno federal ordenó que 82.000 emigrantes se registraran forzosamente en las agencias federales. El grupo tomado como objetivo consistía casi enteramente en personas de veinticuatro países musulmanes. Ni una sola persona de esta barrida fue acusada de terrorismo. Aproximadamente 13.000 fueron encausados por haber caducado sus visados o por delitos relativamente menores, tales como no informar de su cambio de dirección. Miles fueron incomunicados o deportados de forma sumaria. A otros miles se les prolongó la detención sin permitirseles asesoramiento legal.⁹

* * *

Otro tema alarmante, normalmente magnificado por las autoridades y los medios, es el problema del crimen. Hace más de medio siglo Dwight Eisenhower hizo su campaña a la Casa Blanca sobre

una campaña que prometía luchar contra “el comunismo, el crimen y la corrupción”. En todos los años que siguieron los políticos han presumido de declarar una *guerra contra el crimen* y una *guerra contra las drogas*, rivalizando unos con otros sobre quién era más “rudo” sobre este tema. Los presupuestos de la policía y las cárceles se dispararon, al igual que el número de reclusos (últimamente consistente en su mayoría en personas con delitos no violentos de drogas cumpliendo condenas draconianas). Bajo tales bombardeos la aprensión pública sobre el crimen se acelera más rápidamente que el propio crimen.

Hoy América es una nación que se siente sitiada por los elementos criminales. Es la tierra de las comunidades cerradas con vallas, las torres de apartamentos fuertemente vigiladas y millones de vecindades armadas con pistolas dispuestas a disparar a todo el que entre sin identificarse. El miedo al crimen se complementa con el miedo a las minorías étnicas, los terroristas, los emigrantes, los extranjeros, los gays, las feministas, los jóvenes desbocados y los defensores silenciosos de la paz, en lo que supone una *cultura del miedo* generalizada.

Imágenes amenazadoras se implantan en nuestros cerebros durante los años más imaginativos y maleables. En los Estados Unidos, millones de niños pasan miles de horas frente a la televisión cada año, ingiriendo una pesada dieta de programas violentos. Durante el período de tiempo hasta que el promedio de jóvenes se gradúa en la escuela superior, él o ella habrán sido testigos de unas 13.000 muertes en televisión y muchas veces ese número de asaltos, amenazas, robos, tiroteos, violaciones o intentos de violación. Una encuesta del Instituto Nacional para la Salud Mental llegó a la conclusión de que el nivel de miedo entre los niños se incrementaba cuanto más veían la televisión. Los niños muy pequeños, incapaces

de digerir los motivos de tanta violencia, tendrían a considerar casi todo lo que veían en la televisión como envuelto en una amenaza y una violencia universales.¹⁰

Y no sólo los niños. Los adultos también digieren una dieta pesada de espectáculos que representan todos los actos violentos conocidos. Asesinos trastornados que aterrorizan a los pasajeros de un tren, secuestradores que atormentan y matan a sus rehenes, mujeres aterrorizadas que ven sus casas asaltadas, vampiros que chupan la sangre de temblorosas doncellas, maníacos crueles que masacran a la gente con sierras mecánicas, etc. En 1992, en mi libro sobre los medios de entretenimiento y diversión, escribí: “Después de bastantes días, meses y años de consumir esta clase de alimento, podemos estar dispuestos a votar a los candidatos autoritarios con la ley y el orden, apoyar la pena de muerte, incrementar el gasto militar, bombardear Iraq, comprar una pistola y disparar a cualquiera que pise nuestro césped después del anochecer”.¹¹

Numerosas películas y programas de televisión glorifican al policía canalla que opera fuera de la ley para ser más efectivo en su lucha contra los malhechores. Impulsada por el miedo, la gente no tiene reparos ante el funcionario de la ley que deja a un lado las reglas. Más bien muchos ciudadanos alaban el empuje de la policía, independientemente de lo brutal que sea su comportamiento, sea en la ficción o en la vida real. La gente que vive con miedo de ser asaltada por los malhechores no se preocupa por los derechos individuales y otras tonterías constitucionales. Lo último que quieren es que la policía “tenga las manos atadas” en su guerra contra el crimen.

* * *

Los espectáculos de aventuras para niños y los videojuegos también ayudan a propagar la cultura del miedo y aportan la práctica deshumanizadora de destruir objetivos humanos. Un juego electrónico comercializado recientemente, diseñado para niños de ocho a trece años, ofrece una “raza nueva de poderosos guerreros híbridos” que luchan contra invasores alienígenas que intentan conquistar el mundo.¹² Un estudio sobre los dibujos animados más vistos por los niños revela una pauta. Los episodios tienden a tener un malo principal que está acompañado de animales feroces o extranjeros con acentos desagradables u otros personajes extraños que resultan ser científicos sádicos o asesinos.¹³

En las películas de misterio para audiencias más adultas el paradigma principal es básicamente el mismo: el mundo está poblado de agresores temibles que van a por nosotros, comunistas, estranguladores, genios diabólicos, salvajes, invasores del espacio, asteroides gigantes, criaturas viscosas reptantes que surgen del fondo del lago, microbios mutantes mortales y otros peligros naturales y sobrenaturales. La gente corriente parece incapaz de defenderse a sí misma por medio de la acción colectiva. Su papel es correr de un lado para otro gritando para que alguien les salve de la amenaza. Y son salvados —después de sufrir bastantes pérdidas— por héroes individuales o autoridades del estado, que recurren a una aplicación generosa de la violencia para volverlo a hacer todo hermoso. Los chicos buenos y sus enemigos jamás se sientan juntos para negociar un acuerdo pacífico. Sólo se encuentran para arrojarse el uno al cuello del otro.¹⁴

La gente asustada que necesita protección no desea dirigentes que sean escrupulosos con los métodos que utilizan. Prefieren los que no se paran ante tonterías como las leyes internacionales y la justicia. Quieren líderes que no se detengan ante nada cuando se

enfrentan a enemigos que supuestamente tampoco se detienen ante nada. Creen que necesitamos luchar a sangre y fuego; necesitamos ser implacables e incansables contra los malhechores; necesitamos mantener nuestra credibilidad como el gran poder que somos, demostrando nuestra voluntad de actuar por la fuerza en cualquier parte del mundo. Igual que muchos americanos se entusiasman con el policía duro y arrogante que nos protege de los delincuentes en casa, así hacen una piña alrededor de nuestro duro líder nacional que nos protege de una u otra amenaza global.

* * *

A principios de 2003, en vísperas de la segunda guerra contra Iraq, los americanos alcanzaron nuevos niveles de pánico superpatriótico cuando dirigieron su temor —y con él su hostilidad— hacia los franceses. ¿Los franceses? Francia vetó la resolución de los Estados Unidos que pedía a la ONU apoyo a su acción militar contra Iraq. Otros miembros del Consejo de Seguridad de la ONU, como Alemania, Rusia y China, tampoco apoyaron esa resolución. Pero Francia fue quien se atrevió a jugar el papel de líder de esa oposición durante el debate.

Los eruditos de los medios de los Estados Unidos y los invitados a los programas de entrevistas en televisión no perdieron tiempo en lanzar los ataques francóforos: ¿Cómo se atrevían los franceses a querer detenernos en nuestro camino hacia Iraq? ¿No recordaban cómo América les salvó en las dos Guerras Mundiales? Si no hubiera sido por nosotros ahora estarían hablando alemán. En cualquier caso, ¿qué hacía un país de segunda fila como Francia con un asiento permanente y derecho a veto en el Consejo de Seguridad de la

ONU? En su columna del *New York Times*, ese incansable y molesto apologista del imperio americano, Thomas Friedman, declaró: “Francia se ha convertido en nuestro enemigo” y: “Estos molestos franceses” están equivocando a la Unión Europea.¹⁵ Para Friedman la guerra contra Iraq era “el proyecto liberal, revolucionario y de construcción de la democracia más importante de los Estados Unidos” en décadas, “una de las cosas más nobles que este país ha emprendido en el extranjero”.¹⁶ ¿Cómo podían los franceses no ver esto? En su *Special Report* de la cadena Fox, el columnista Morton Kondracke se quejaba: “Creo que los franceses son unos pérfidos”. Su compañero de derechas Fred Barnes estuvo de acuerdo, llamando a los franceses “indignos de confianza”.¹⁷

Entre los más firmes superpatriotas se habló de devolver la Estatua de la Libertad a Francia y construir un monumento propiamente nuestro. Numerosos establecimientos de comidas, incluida la cafetería de la Cámara de Representantes, contribuyeron a la defensa de la nación cambiando el nombre a las patatas fritas (*french fries*, literalmente patatas fritas francesas) por el de “patatas de la libertad” (*freedom fries*). En varios lugares de los Estados Unidos los restaurantes franceses informaron de una caída en su clientela y las tiendas y supermercados notaron el descenso en las ventas de vinos y quesos franceses. Algunos eventos culturales franceses en los Estados Unidos, incluidas películas, espectáculos artísticos y conciertos estuvieron sujetos a boicots e incluso a amenazas de comunicantes anónimos; algunos fueron cancelados por temor a que sucediera algo irreparable. Como es lógico el embajador francés en los Estados Unidos, Jean-David Levitte, lamentó la campaña de “denigración y mentiras” que pareció inundar América.¹⁸

La hostilidad expresada hacia Francia pronto se proyectó hacia los propios franceses. Criticando las acciones de los Estados Unidos

se estaban alineando con nuestros “enemigos”, demostrando por tanto su enemistad hacia nosotros. Un agente de viajes americano en París entrevistado en la NPR, que había organizado un viaje a Francia de unos treinta americanos, informó de que todos excepto uno habían cancelado sus reservas. La única excepción era un hombre que dijo que haría el viaje sólo si contaba con protección de guardaespaldas. En 2003 muchos otros turistas en potencia cancelaron sus viajes a Francia, no deseando exponerse a los peligros que suponían los implacables galos. Debemos señalar que los menos temerosos americanos que visitaron o residían en Francia informaron de que no hubo ningún incidente violento por parte de las airadas masas francesas. Parece que los pérfidos franceses no tenían ni idea de que debían perseguir a los visitantes americanos.

Por ese mismo tiempo una conocida mía que trabaja como médico asistente en Las Vegas y cuya familia ha residido en los Estados Unidos durante generaciones, me contó de un paciente que al notar que su nombre tenía sonido francés le preguntó con toda seriedad. “¿Debo preocuparme?” Realmente debería hacerlo. Debería preocuparse de por qué se deja manipular tan fácilmente por sus gobernantes hasta ese nivel tan estúpido.

NOTAS

1. O’Leary, *To Die For*, 61.
2. Citado en Sender Garlin, *Three American Radicals* (Boulder, Colorado: Westview, 1991), 115 (bastardilla en el original).

3. O'Leary, *To Die For*, 238, 242.
4. O'Leary, *To Die For*, 227.
5. Ver William Preston Jr., *Aliens and Dissenters: Federal Suppression of Radicals, 1903-1933*, 2ª ed. (Urbana, III.: University of Illinois, 1994).
6. Ver Richard Boyer y Herbert Morais, *Labor's Untold Story*, 3ª ed. (Nueva York: United Electrical, Radio and Machine Workers of America, 1972) y Thomas Repetto, *American Mafia* (Nueva York: Henry Holt, 2004).
7. Barrington Moore Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy* (Boston: Beacon Press, 1966), 298.
8. Preston, *Aliens and Dissenters*.
9. Informe de Tammy Johnson, *ColorLines Magazine*, 2003.
10. Davis Paerl, *Television and Behavior* (Washington, D.C.: National Institute of Mental Health, 1982).
11. Michael Parenti, *Make-Believe Media: The Politics of Entertainment* (Belmont, California: Wadsworth, 1992), 114.
12. Descrito en el *San Francisco Chronicle*, 14 de diciembre de 2003.
13. Ver Peter Hesse y Ted Stimpson, "Images of the Enemy on Children's Television", *Propaganda Review*, verano 1989.
14. Para un tratamiento más extenso, ver mi *Make-Believe Media*, capítulo 10.
15. *New York Times*, 18 de septiembre 2003.
16. *New York Times*, 30 de noviembre 2003.
17. Citado en *New York Times*, 9 de febrero 2003.
18. Stephen Sartarelli, "Where Did Our Love Go?", *Nation*, enero 12-19, 2004.

¿SON PATRIOTAS LOS PLUTÓCRATAS?

De la gente que ocupa los más altos cargos del gobierno y la industria la mayoría tienen antecedentes de riqueza. Ellos y sus validos pueblan los consejos de administración de las empresas, fundaciones e instituciones de alto rango. Son propietarios o tienen acceso directo a los gigantescos grupos de medios de información. Algunos de ellos financian entidades de pensamiento conservador. Los más políticamente activos entran y salen de elevadas posiciones políticas en Washington. Aunque relativamente pocos en número poseen la parte del león de los recursos materiales de la nación. Deciden los porcentajes de interés y controlan el suministro de dinero. Juegan un papel dominante en la determinación de los niveles de salarios y las condiciones de trabajo de millones de personas. Disfrutan del control oligárquico de las principales tecnologías para la producción industrial y las comunicaciones. Considerados en su conjunto, estos diversos grupos de élite constituyen lo que podríamos llamar una *plutocracia*, un sistema de dominio por y para los ricos.

No operan con una cohesión perfecta. A veces tienen diferencias entre ellos y soportan confusiones y contratiempos. Sin embargo, en

los temas básicos defienden sus intereses comunes de clase, dedicados a comprobar que el proceso de la acumulación de capital continúa sin parar. Su riqueza sirve a su poder y su poder sirve a su riqueza.

Los dirigentes plutócratas están entre los principales proveedores del entusiasmo superpatriótico, pero ellos raramente practican lo que predicán. Defienden la idea de una "América sana" y sin embargo se resisten a los programas de atención sanitaria general, privan de fondos a los servicios públicos sanitarios y trabajan codo con codo con los gigantes industriales farmacéuticos y compañías de seguros para hacer de la sanidad un negocio altamente rentable para esas corporaciones y dolorosamente caro para el resto de nosotros.

Nos urgen a que hagamos grandes sacrificios económicos y dependamos de nosotros mismos y nos dicen que no esperemos "donaciones del gobierno", mientras que ellos y sus enormes empresas se embolsan anualmente miles de millones de dólares en préstamos garantizados con el gobierno, capital riesgo, subsidios a la exportación y contratos con el gobierno tremendamente lucrativos. Insisten en que todos debemos soportar la carga de la deuda y el gasto públicos, pero ellos repetidamente presionan para que se reduzcan los impuestos a la clase rica. Además disfrutan de créditos a cargo de impuestos y exenciones y a menudo son evasores de esos impuestos. El Servicio Interno de Renta estima que el empleo de subsidiarias y paraísos fiscales le cuestan al tesoro público 70.000 millones de dólares anuales y otros miles de millones adicionales por impuestos locales y estatales que dejan de pagarse.¹

Los plutócratas superpatriotas también manifiestan poco interés en conservar el tesoro medioambiental de América. En vez de eso permiten que los intereses madereros, mineros y agrícolas destruyan

nuestro entorno natural. Defienden el uso del combustible fósil y la energía nuclear que hacen estragos en nuestras tierras, aguas y atmósfera. Consideran los recursos naturales del país como material disponible para un beneficio rápido. Dicen que aman América pero infringen heridas profundas en su paisaje.

* * *

Las élites dirigentes hablan constantemente de los valores de la familia, el carácter moral y la vida limpia, mientras que ellos nunca cumplen con esas normas, no siendo más honestos que el resto de nosotros en su vida personal y a menudo seriamente corruptos y deshonestos en su vida pública, como demostraron los escándalos empresariales multimillonarios de Enron, WorldCom, Halliburton, Harbin y otras corporaciones. Las criminales empresas utilizan sistemas contables ilícitos y manejos internos para ratear miles de millones de dólares a los fondos de pensiones de los trabajadores y a los pequeños inversores. El coste del delito callejero de bajo nivel en 2002 fue de 18.000 millones de dólares, mientras que el coste de las violaciones de la ley antimonopolio y otros delitos corporativos fue de 250.000 millones.² Esta delincuencia no encaja bien con la proclama de los plutócratas sobre las virtudes cívicas y el patriotismo.

No puede ser muy patriótico esquilmar los fondos locales, estatales y federales. Sin embargo en manos de nuestros plutócratas superpatriotas el superávit federal de 281.000 millones de dólares que había en el año 2000 se disolvió para convertirse en un déficit de 480.000 millones en el año fiscal 2004, debido principalmente a

los elevados subsidios y recortes de impuestos a los individuos y corporaciones más ricos.

No es muy patriótico sobrecargar el precio de los suministros y servicios al gobierno o hinchar los costes de los contratos con éste, o suministrar mercancía de bajísima calidad al personal militar en las zonas de combate. Sin embargo en febrero de 2004 el Pentágono abrió una investigación por fraude criminal contra Halliburton, la gigantesca empresa petrolera de Texas, por sobrecargar el precio del combustible transportado a Iraq desde Kuwait en al menos 61 millones de dólares. Los jefes militares en Iraq le comunicaron al Pentágono que carecían de servicios sanitarios y barreras de defensa a prueba de explosiones que una subsidiaria de Halliburton se supone que debía haber suministrado. Halliburton también está siendo investigada por sobrecargar el precio de servicios de alimentación al ejército en 16 millones de dólares, así como por otros asuntos potencialmente escandalosos.³

No es muy patriótico beneficiarse con la guerra. En noviembre de 2003 se insertó una provisión de 87.000 millones en la cuenta de gastos programada para Iraq, que hubiera supuesto la felonía de un sobreprecio al gobierno en cualquier mercancía o servicio destinado a la guerra o a la reconstrucción de Iraq y Afganistán. Pero un comité controlado por los republicanos suprimió la provisión de la versión final de la factura.

No es patriótico fijar precios para sobrecargar a los consumidores americanos miles de millones de dólares por mercancías y servicios. No es patriótico reducir los niveles de seguridad en el trabajo, forzar a los empleados a trabajar tiempo extra sin remunerar y violar el Acta Nacional de Relaciones Laborales despidiendo a los trabajadores por

pertenecer a un sindicato. Sin embargo todas éstas son prácticas comunes de los plutócratas.

* * *

Los plutócratas profesan una gran devoción a la democracia americana, sin embargo sus agencias de seguridad del estado violan repetidamente la práctica y los principios democráticos, recurriendo al hostigamiento y la represión de las organizaciones disidentes, lanzando ataques policiales a los que se manifiestan en las calles, utilizando evidencias falsas, arrestos, intervención de teléfonos, infiltraciones y otros trucos sucios contra los ciudadanos cuyo único crimen es manifestar sus críticas a la política plutocrática en el país y en el extranjero. El Acta del Patriota de los Estados Unidos permite a los agentes federales vigilar e investigar a cualquier ciudadano sin que tenga que haber ninguna causa específica. El gobierno tiene ahora pleno acceso a los archivos personales y profesionales, incluyendo las bibliotecas y los hábitos de compra de libros.⁴

Los plutócratas han estado subvirtiendo lo que queda de nuestra soberanía democrática en una serie de acuerdos de “libre comercio” con otras naciones capitalistas. Con tales acuerdos, como el GATT, GAATS, NAFTA, CAFTA Y FTAA, las empresas privadas de un país pueden prohibir al gobierno de otros países la implantación de medidas de seguridad en el trabajo y regulaciones a favor del medio ambiente y el consumidor, si esas medidas se consideran “trabas al comercio”. Los acuerdos de “libre comercio” pueden prohibir a los gobiernos federales, estatales y locales la creación de servicios sociales sin ánimo de lucro si tales servicios crean una “pérdida de oportunidades de mercado” o de otra forma “interfieren” las inversiones

de las corporaciones extranjeras que quieran entrar en esos mercados.

Los acuerdos están diseñados para eliminar los servicios y protecciones públicos. Los superpatriotas de la Casa Blanca nos han impuesto estos acuerdos sin consultar o pedir la aprobación de gobernadores, asambleas estatales o consejos locales, virtualmente sin ninguna intervención pública y haciendo frente a la oposición de la gente de otros países del mundo y de los propios Estados Unidos. Lo que se está perdiendo no son sólo los servicios y regulaciones públicos en sí mismos, sino el *derecho a la soberanía democrática* de los americanos (y de la gente de otras naciones) para promover tales leyes y programas de protección. El derecho a invertir del mercado libre se coloca por encima de otros derechos públicos, incluyendo el derecho al propio gobierno. En efecto, los intereses monetarios internacionales asumen un poder de veto sobre la política pública y la legislación democrática.⁵

Los plutócratas nos hablan de su dedicación a construir una América próspera para todos. Sin embargo muchas compañías se llevan sus fábricas más allá de nuestras fronteras buscando los mercados laborales con sueldos bajos. En 2004 la Casa Blanca publicó un informe que respaldaba oficialmente esta política, diciendo en una parte: “Cuando una mercancía o servicio se produce más barato en el extranjero, tiene más sentido importarla que fabricarla o suministrarla internamente”.⁶ Como consecuencia de esta salida hacia mercados laborales más baratos las fábricas americanas perdieron 2,7 millones de empleos sólo de 2001 a 2003. Pero en 2004, con la economía mostrando signos de salir de su larga recesión, el nivel de empleo siguió retrocediendo tanto que la gente habló de “recuperación del desempleo”.⁷

El objetivo de la corporación transnacional es hacerse verdaderamente transnacional, colocarse por encima del poder soberano de cualquier nación en particular, mientras se apoya en el poder soberano de todas las naciones. Cyril Siewert, director financiero de Colgate Palmolive, podía haber hablado por todas las transnacionales cuando dijo: “Los Estados Unidos no tienen un control sobre nuestros recursos [corporativos]. No hay nada que coloque primero a este país”.⁸ Como cualquier buen plutócrata, Siewert colocaba primero a su compañía.

* * *

La hipocresía del patriotismo de la plutocracia nunca se ha visto más clara que en sus relaciones con el régimen nazi antes y durante la Segunda Guerra Mundial. Después de que Adolf Hitler tomara el poder en Alemania en 1933, se estableció un gobierno represivo y reaccionario que abolió los sindicatos, redujo drásticamente los salarios, eliminó los beneficios laborales, ignoró la seguridad en el trabajo, privatizó varias empresas estatales, financió fuertemente a las grandes empresas y recortó de forma drástica los impuestos para los muy ricos. Hitler también siguió una política exterior agresiva que hizo temblar a toda Europa. Se anexionó Austria, los Sudetes checos y finalmente toda Checoslovaquia, lanzándose a un rearme masivo que auguraba una gran guerra en Europa.

No desde mucho antes las gigantescas corporaciones americanas, incluidas Du Pont, Ford, General Motors, Texaco, General Electric, Unión Carbide, Westinghouse, Goodrich, Standard Oil de New Jersey, J.P. Morgan, IBM e ITT, hacían negocios florecientes con el Tercer Reich, incapaces de resistirse a los sueldos e impuestos

bajos y a los beneficios elevados. Henry Ford, Irene Du Pont, Tom Watson de IBM, Torkild Rieber de Texaco y otros plutócratas se hicieron grandes admiradores de Hitler. “Las corporaciones americanas hacen gran cantidad de dinero en la Alemania de Hitler; ésta, y no el pretendido carisma del Führer, es la razón de que los empresarios y directores de estas corporaciones le adoren”.⁹ Había otras razones para adorarlo. Algunos, como Henry Ford, compartían abiertamente el antisemitismo de Hitler y todos ellos daban por bienvenido su anticomunismo, viendo en Hitler un salvador que haría desvanecerse a la Unión Soviética y rescataría a Europa de la Revolución Roja. Si los actos de terror político y asesinatos de masas perpetrados por el Führer molestaron a los plutócratas, éstos no dieron señales de ello.

Cuando Hitler lanzó su guerra de conquista en 1939, los plutócratas americanos colaboraron de buena gana, y continuaron haciéndolo incluso después de que Alemania y los Estados Unidos se convirtieran en beligerantes en diciembre de 1941! En toda la Europa ocupada hicieron uso incansable de los trabajadores-esclavos suministrados por las autoridades nazis. De acuerdo con documentos desclasificados de la inteligencia holandesa y de los archivos del gobierno americano, Prescott Bush, padre y abuelo de dos presidentes, consiguió buenos beneficios con los trabajadores-esclavos de Auschwitz. Su Union Banking Corporation ayudó a Thyssen a fabricar el acero nazi que mataba a los soldados aliados y también ayudó a financiar las minas de carbón de Thyssen en las que trabajaban normalmente prisioneros judíos hasta la muerte. La familia Bush es la heredera de estos beneficios del holocausto.¹⁰

Las fábricas de propiedad americana en la Europa ocupada por los nazis suministraron tanques, camiones, aviones de guerra, bombarderos, petróleo, caucho y sistemas avanzados de comunicaciones

que ayudaron enormemente a los nazis a aguantar la guerra. Sin estos materiales cruciales hubiera sido imposible para las fuerzas alemanas matar americanos y otros soldados aliados, hundir barcos americanos y bombardear ciudades británicas. Igualmente IBM prosperó en Alemania y en los territorios ocupados suministrando la tecnología necesaria para identificar, apresar y exterminar a millones de judíos europeos y otras víctimas.¹¹

Durante la guerra los directores de las corporaciones mantuvieron la propiedad y el control de sus subsidiarias alemanas con una interferencia mínima de los nazis, cuyo interés principal era mantener la producción en marcha. Las autoridades americanas no hicieron nada para que las grandes compañías pararan de dar servicio a la maquinaria de guerra nazi. El presidente Roosevelt incluso dio la orden de no bombardear las propiedades de las corporaciones en Alemania y en la Europa ocupada. Así, mientras la ciudad alemana de Colonia era reducida a cenizas, su factoría de la Ford —que suministraba armas y vehículos utilizados para matar a los soldados americanos— permaneció intacta; después de algún tiempo fue utilizada por los civiles como refugio antiaéreo.¹²

Hubo mucha propaganda interna alabando la Gran Empresa de construir las defensas de América y ganar “la batalla de la producción”. Los líderes americanos necesitaban la tecnología corporativa de América y sus recursos petrolíferos tanto como los nazis, así que miraron para otra parte y no hicieron nada respecto a la relación amistosa entre Hitler y las empresas americanas. Los juicios y la prisión hubieran hecho difícil a los colaboradores de las corporaciones poder ayudar a los Estados Unidos en sus esfuerzos bélicos, según señala Charles Higham. Además el gobierno americano temía que un escándalo de ese tipo deteriorara la moral pública, fuera causa de huelgas y quizá incitara al motín entre las filas militares. Con la lle-

gada de la Guerra Fría —que los líderes americanos hicieron mucho por provocar— se consideró que lo mejor era olvidar el papel colaboracionista que jugó la América corporativa.¹³

La historia fue peor. Después de la guerra más que ser perseguidos por ayudar y abastecer al enemigo, ITT obtuvo 27 millones de dólares del gobierno americano por los daños infligidos en sus plantas alemanas por las bombas aliadas. Y general Motors recibió otros 33 millones por daños. Ford y otras compañías recibieron sumas considerables. Enfrentándose a diversos litigios entre 1999 y 2000 un número creciente de empresas admitieron haber utilizado y haberse beneficiado de los trabajadores gratuitos suministrados por los nazis desde los campos de concentración.¹⁴ Pero ningún director de empresa americano fue perseguido por su complicidad con los crímenes de guerra.

Si esto es patriotismo, ¿qué es la traición?

NOTAS

1. Carta del Centro para la Política Corporativa, octubre 2003, Washington, D.C. y Jonathan Blattmachr, “The Loophole Artist”, *New York Times Magazine*, 21 de diciembre 2003.

2. De los costes del crimen en las calles informa el FBI; los costes del crimen corporativo están estimados por el estudioso de la justicia criminal Francis Cullen, citado por M.M. Acosta en *San Francisco Chronicle*, 16 de noviembre 2003. El FBI se niega a mantener estadísticas del crimen corporativo.

3. *USA To Day*, 20 de febrero 2004; *New York Times*, 24 de febrero 2004; *Associated Press*, 11 de marzo 2004.
4. Joseph A. Palermo, "Here We Go Again, Relieving History with the Patriot Act", *Because People Matter*, enero/febrero 2004.
5. John R. MacArthur, *The Selling of "Free Trade": NAFTA, Washington and the Subversion of American Democracy* (Nueva York: Hill y Wang, 2000) y Chris Slevin, "Bush Poised to Trade Away Sovereignty", *Public Citizen News*, mayo/junio 2003.
6. Citado en *Democratic News* (publicación del Comité Demócrata Nacional), 13 de febrero 2004.
7. Sam Zuckerman, "Feble Growth in U.S. Jobs", *San Francisco Chronicle*, 7 de febrero 2004 y el informe especial "Looking Offshore", *San Francisco Chronicle*, 7 de marzo 2004.
8. Citado en *New York Times*, 21 de mayo 1989.
9. Jacques R. Pauwels, "*Profits Uber Alles!* American Corporations and Hitler", *Labour/Le Travail*, 51, primavera 2003.
10. Ver Webster G. Tarpley y Anton Chaitkin, *George Bush : The Unauthorized Biography* (Washington, D.C.: Executive Intelligence Review, 1991) y John Loftus y Mark Aarons, *The Secret War Against the Jews: How Western Espionage Betrayed the Jewish People* (Nueva York: St. Martin's Press, 1997).
11. Charles Higham, *Trading with the Enemy* (Nueva York: Dell, 1983); Reinhold Billstein y otros, *Working for the Enemy: Ford, General Motors, and Forced Labor during the Second World War* (Nueva York: Berghahn, 2000) y Edwin Black, *IBM and the Holocaust* (Londres: Crown Publishers, 2001), 297-99.
12. Informe de testigos de E.F. Patterson, *Ramparts*, agosto 1974 y Pauwels, "*Profits Uber Alles!*"
13. Higham, *Trading with the Enemy*, 12-15.
14. *New York Times*, 29 de abril 2000.

APOYAR A NUESTRAS TROPAS (RECORTAR SUS BENEFICIOS)

Siendo tan superpatriotas como son, los plutócratas equiparan el servicio militar con el verdadero patriotismo. Pero mientras colman de alabanzas a quienes “sirven a su país”, ellos mismos raramente se alistan. Los hombres y mujeres que lo hacen proceden de una forma desproporcionada de familias de clase media y baja. A menudo son jóvenes que tienen problemas para encontrar trabajo o no pueden acceder a la educación superior. Los graduados de Yale, Harvard y Princeton raramente se alistan en los marines. Van a la escuela de leyes, a Wall Street, a los negocios familiares o a su diversión favorita. Como ejemplos significativos consideremos a los *halcones-gallina*, denominación que se aplica a los líderes privilegiados que pregonan con virulencia la guerra pero que se evaden tenazmente del servicio militar. En lo alto de la lista de los halcones-gallina está el presidente George W. Bush. En su juventud consiguió el ingreso en la Universidad de Yale, más por su familia que por sus calificaciones. Más tarde, intentando evadirse del reclutamiento, fue admitido en la Guardia Nacional Aérea de Texas a pesar de sus bajos resultados en la prueba de aptitud para piloto. Como él mismo

explicó sin ánimo apologético: “No estaba preparado para que una bomba me perforara un tímpano y así obtener una prórroga. Ni tampoco quería ir a Canadá. Así que decidí que lo mejor para mí era aprender a pilotar aviones”.¹

Bush fue aceptado en la Guardia por encima de cientos de otros solicitantes que esperaban turno para librarse de Vietnam. Su unidad, el 147º Grupo de Combate, era conocido con el mote de “Unidad Champagne” por estar formada por tantos hijos de familias privilegiadas de Texas. Cómo saltó hasta la cabeza de esa lista es una historia en sí misma. Un rico hombre de negocios de Houston y viejo amigo de la familia Bush contactó con Ben Barnes, por entonces portavoz de la Casa de Texas, y le pidió que ayudara a George W. a entrar en la Guardia. Sólo cuando se le preguntó bajo juramento Barnes admitió que había hablado con la Guardia Nacional Aérea de Texas en favor de Bush.²

Los informes de nómina de Bush muestran que dejó de cumplir su deber entre mayo de 1972 y mayo de 1973. No se presentó a un examen físico obligatorio para volar en 1972 y por tanto fue suspendido para hacerlo, una acción que debería haber estado sujeta a alguna investigación, pero que no lo estuvo. En febrero de 2004 la Casa Blanca liberó algunos documentos que suponían la prueba de que Bush había destacado por cumplir su deber en 1972 con el 187º Grupo de Combate de Alabama (al cual fue transferido para poder trabajar en una campaña política). Pero los funcionarios de la Casa Blanca no supieron decir qué deber había cumplido (ni tampoco Bush) y nadie del 187º recordaba haber estado con él. Sus jefes dijeron que no apareció en las bases de Texas y Alabama donde había sido asignado durante ese período de 1972-73.³

En vez de ser perseguido por desertor, Bush fue recompensado con una licencia con honores ocho meses antes de lo previsto para poder asistir a la Escuela de Negocios de Harvard. Los archivos militares de Bush deberían haber contenido documentos que explicaran por qué se le había permitido marchar antes de que terminara su plazo de alistamiento, pero no se dio ninguna explicación al respecto. Parece que el superpatriota presidencial recibió trato de favor para entrar en la Guardia Nacional y volvió a recibirlo para salir de ella.

Después está el vicepresidente Dick Cheney, que explicó por qué no sirvió en el ejército durante la guerra de Vietnam: “Tenía otras prioridades durante los años 60 antes que el servicio militar”. Cheney obtuvo prórrogas como estudiante. Después de graduarse evitó el reclutamiento casándose. Pero en 1964 el gobierno anunció que los hombres casados también serían alistados, a menos que fueran padres. Nueve meses y dos días después de ese anuncio, en un acto de planificación soberbio, los Cheney tenían su primer hijo.

Otros superpatriotas de alto rango de la administración Bush que evitaron el reclutamiento son Karl Rove, Richard Perle, Paul Wolfowitz, John Ashcroft, Elliot Abrams John Bolton, Douglas Feith y Andrew Card, así como los líderes republicanos del Congreso Trent Lott, Dennis Hastert, Dick Armey y Tom DeLay, y no debemos olvidar a los halcones de derechas de los medios como George Hill, William Bristol y Rush Limbaugh.⁴ DeLay supuestamente dijo que se hubiera alistado, pero que todos los puestos de reclutamiento de su área estaban copados por negros. Y el reaccionario rabioso de los medios Limbaugh obtuvo una prórroga médica a causa de su “fístula anal”, una dolencia que normalmente responde al tratamiento, pero que demostró ser incurable durante toda la duración de la guerra de Vietnam.

A nadie se le pide haber servido en el ejército para poder formular la política gubernamental. Realmente el principio civil está por encima del militar en nuestra Constitución. Lo que es censurable respecto a los halcones-gallina superpatriotas no es su carencia de experiencia de combate como tal, sino la disparidad hipócrita entre su patriotera defensa de la guerra y su forma activa de evitar el reclutamiento. Defienden las guerras con el corazón y la mente, pero no con el cuerpo. Escapan al reclutamiento por medio de prórogas, informes médicos dudosos e influencias familiares.

Años después de Vietnam, ahora ocupando cargos públicos prominentes, estos mismos halcones-gallina surgen de nuevo pidiendo sangre, esta vez teniendo como objetivo Iraq. Una vez más están dispuestos a enviar a los hijos de otras familias al combate, pero no a los suyos. Equiparan el militarismo con el patriotismo y piden sacrificio y devoción a la bandera. Sin embargo su propio sacrificio consiste en llevar una insignia con la bandera americana en la solapa de su chaqueta.

* * *

Si el patriotismo significa apoyar a nuestras tropas, nadie es menos patriota que la plutocracia dirigente. En 2003-2004 cientos de soldados americanos que habían sido heridos en Iraq fueron depositados durante meses en lugares como Fort Stewart, Georgia, en unos barracones sucios y abarrotados en espera de tratamiento médico. Tenían que arrastrarse por la arena para usar el cuarto de baño y pagar por su papel higiénico. Sólo después de las protestas del Senado la Casa Blanca dejó de cobrar a los soldados heridos 8,10 dólares diarios por su comida en el hospital.⁵

Muchos malheridos dijeron que habían visto su paga y sus beneficios sanitarios severamente reducidos ahora que ya no podían prestar servicio activo. Más de 200.000 veteranos de guerras anteriores tuvieron que esperar seis meses o más para pasar a la Administración de Veteranos. Miles de ellos habían esperado incluso años para obtener una plaza en los hospitales abarrotados y recibir asistencia a su discapacidad, a menudo siendo incapaces de pagar sus propios gastos de subsistencia en la vida civil.⁶ No es sorprendente que una gran proporción de las personas sin hogar sean veteranos de guerras pasadas, algunos con enfermedades mentales y físicas sin tratar.

En febrero de 2002, al mismo tiempo que se estaban enviando miles de soldados a luchar en Afganistán, Bush hijo propuso triplicar el precio de las medicinas a los veteranos necesitados. En 2003 su administración anunció que cortaba el acceso al sistema de atención sanitaria aproximadamente a 164.000 veteranos, reduciendo el fondo militar para ayudas sanitarias y de vivienda en 1.500 millones de dólares. También en 2003, mientras colmaba de alabanzas a los hombres y mujeres que hacían el servicio militar, Bush rechazó una petición relativamente modesta del Congreso de 275 millones de dólares para cubrir las necesidades sanitarias de los veteranos. En su presupuesto para 2004 redujo en 2.000 millones los fondos ya insuficientes para los veteranos. La administración Bush incluso ordenó a los funcionarios que dejaran de hacer publicidad sobre los beneficios disponibles para los veteranos. Mientras alababa a la Guardia Nacional y a los reservistas por servir en Iraq, Bush se opuso a permitirles el acceso al sistema sanitario del Pentágono. Su administración también anunció su plan para reducir las primas mensuales de peligrosidad (de 225 a 150 dólares) y las primas por separación de la

familia (de 250 a 100) a las tropas estacionadas en las zonas de combate.⁷

Hay otras formas extrañas con las que la plutocracia apoya a nuestras tropas. Con propósitos experimentales el gobierno ha expuesto repetidamente a personal militar a sustancias tóxicas peligrosas. Desde 1962 a 1973 el Pentágono utilizó agentes químicos y biológicos potencialmente dañinos en cincuenta pruebas secretas en las que estaban envueltos miles de soldados inconscientes del hecho, algo que no se conoció hasta 2002.⁸ Además miles de soldados “conejillos de indias” estuvieron sujetos a pruebas atómicas después de la Segunda Guerra Mundial, decenas de miles fueron expuestos al Agente Naranja durante la Guerra de Vietnam y muchos más contaminados con uranio empobrecido (DU) durante la Guerra del Golfo en 1991. El Pentágono nunca avisó a las tropas sobre el DU y durante años los funcionarios negaron que existiera ese problema. Unos 183.000 veteranos del Golfo padecieron enfermedades y desarreglos, quejándose de dolor de articulaciones, problemas de memoria, náuseas, etc. Casi 10.000 han muerto prematuramente. Muchos miembros de sus familias también han enfermado y un número desproporcionado de hijos de veteranos del Golfo han nacido con defectos de nacimiento.

Las poblaciones de Indochina, Yugoslavia, Iraq, Colombia y otros lugares que han sido expuestos al DU o al Agente Naranja o a otras sustancias tóxicas, han sufrido sus efectos en números superiores a los del personal militar americano, pero esos extranjeros no entran en la ecuación del superpatriotismo, excepto como objetivos indefensos.

* * *

Una de las cosas de la guerra que les gusta a los plutócratas es su elevado coste financiero. Cuanto más dinero se gasta de los ciudadanos que pagan impuestos en contratos de guerra, más grandes son los beneficios. Muchos suministros y servicios, incluidos los relativos a la comida y al albergue, que tradicionalmente prestaban los soldados, se han entregado en manos de contratistas privados tales como Kellogg Brown y Root, una subsidiaria de Halliburton. El resultado es que las tropas americanas en Iraq soportaron meses de condiciones pobres de alojamiento, de comida imposible de digerir y de equipamiento de baja calidad. Algunos de los contratistas privados han fallado incluso en presentarse a causa de los peligros que representaba la resistencia armada iraquí.⁹

En 2003 un informe de la Oficina de Presupuestos del Congreso reveló que sólo unos 2.500 millones de dólares de los 4.000 millones de gasto mensual en la Guerra de Iraq podían ser contabilizados por el Pentágono. Mientras tanto el Pentágono eliminó a las compañías francesas, alemanas y rusas para poder competir en los multimillonarios contratos para la reconstrucción de Iraq. Toda esa reconstrucción, así como el negocio de la extracción de petróleo se le dio a Halliburton, Bechtel y otras setenta firmas americanas, generalmente a precios nada competitivos fijados por ellas mismas.¹⁰

En 2003 la administración Bush impidió a un grupo de veteranos americanos –que habían sido torturados en las prisiones iraquíes durante la Guerra del Golfo de 1991– beneficiarse de una parte de los cientos de millones de dólares en depósitos iraquíes retenidos que un tribunal federal les había adjudicado. Los abogados de la administración argumentaron que esos depósitos tendrían un destino mejor en los contratos de reconstrucción de Iraq. “No

hay dinero que realmente pueda recompensar el sufrimiento que padecieron”, dijo un portavoz de la Casa Blanca.¹¹ Y por eso no se les asignó dinero alguno.

Cuando las bajas americanas empezaron a hacerse numerosas en Iraq el presidente Bush se encogió de hombros ante sus afligidas familias. Por primera vez en la historia de los Estados Unidos los americanos muertos fueron traídos a casa en secreto. Bush no asistió a sus funerales militares o actos en su memoria como habían hecho los presidentes previos. El Pentágono notificó a todos los medios de noticias que no se permitiría ninguna cobertura televisiva o fotográfica de los ataúdes volviendo a la base de la fuerza aérea de Dover. El mando militar explicó que eso era para “respetar la privacidad de las familias”. Realmente sin fotografías de los ataúdes envueltos en banderas la gente estaba menos predispuesta a pensar en ellos. Incluso el término “envoltorios de cuerpos” se dejó de usar. Los finos artistas del Pentágono ahora se referían a los plásticos que envolvían los cadáveres de los soldados llamándoles “tubos de transporte”.

* * *

Así volvemos a la cuestión planteada en el capítulo anterior: ¿Son patriotas nuestros dirigentes plutócratas? Bien, sí, los son, pero sólo cuando sirve a sus propósitos y cuando a ellos no les cuesta nada. Son patriotas en el sentido hueco y abstracto de la palabra, un patriotismo vacío de contenido, un patriotismo de muestras ostentosas y palabras, palabras, palabras. Puede que amen a su país, pero no a la gente que vive en él, no a los que pagan impuestos, no

a los votantes, y ciertamente no a las pobres almas que envían a luchar en sus guerras.

NOTAS

1. Citado en *Nation*, 14 de noviembre 2003.

2. *New York Times*, 15 de febrero 2004.

3. *Los Angeles Times*, 11 de febrero 2004; *Boston Globe*, 10 de febrero 2004; *New York Times*, 13 de febrero 2004; también sobre los principios de la carrera de Bush, ver Joe Conason, *Big Lies* (Thomas Dunne/St. Martin's, 2003). Para una lista completa de los halcones-gallina de la administración Bush, ver www.nhgazette.com/chickenhawks.html.

4. Tim Harper, "Pentagon Keeps Dead Out of Sight", *Toronto Star*, 5 de noviembre 2003.

5. *Washington Post*, 17 de enero 2003; *UPI*, 17 de octubre 2003; *CBS News*, 18 de enero 2003; *CNN Report*, 17 de Julio 2003.

6. *San Francisco Chronicle*, 12 de mayo 2003; *Gannett News Service*, 23 de octubre 2003; *Washington Post*, 17 de enero 2003; *Army Times*, 30 de junio 2003.

7. *New York Times*, 9 de octubre 2002 y Associated Press, 1 de julio 2003.

8. *New York Times*, 11 de agosto 2003.

9. Associated Press, 19 de septiembre 2003 y *New York Times*, 10 de diciembre 2003.

10. *New York Times*, 10 de noviembre 2003.

11. Tim Harper, "Pentagon Keeps Dead Out of Sight", *Toronto Star*, 5 de noviembre 2003; *New York Times*, 9 de noviembre 2003.

GOBERNANTES DEL PLANETA

Los líderes de los Estados Unidos han profesado una larga dedicación a la democracia, aunque durante el último medio siglo se han dedicado a derrocar gobiernos democráticos en Guatemala, Guyana, la República Dominicana, Brasil, Chile, Uruguay, Siria, Indonesia (bajo Sukarno), Grecia (dos veces), Argentina (dos veces), Haití (dos veces), Bolivia, Jamaica, Yugoslavia y otros países. Todos esos gobiernos eran culpables de seguir políticas que ocasionalmente favorecían a los elementos más pobres y perjudicaban a los más ricos. En la mayoría de los casos los golpes patrocinados por los Estados Unidos estuvieron acompañados de numerosos asesinatos de activistas democráticos.¹

Los líderes americanos han apoyado acciones secretas, sanciones o guerras mercenarias contra los gobiernos revolucionarios de Cuba, Angola, Mozambique, Etiopía, Iraq (con la CIA apoyando la entrada del gobierno represivo de Saddam Hussein), Portugal, Yemen del Sur, Nicaragua, Camboya, Timor Oriental, Sahara Occidental y otros lugares.

Se han producido intervenciones americanas y campañas de desestabilización contra otros gobiernos nacionalistas populares

como los de Egipto, Líbano, Perú, Irán, Siria, Zaire, Venezuela, las Islas Fidji y Afganistán (antes de que los soviéticos entraran en el país).

Y desde la Segunda Guerra Mundial se han perpetrado invasiones militares, ataques aéreos o ambas cosas contra Vietnam, Laos, Camboya, Cuba, la República Dominicana, Corea del Norte, Yugoslavia, Líbano, Granada, Panamá, Libia, Somalia e Iraq (dos veces).² No hay “estado canalla”, “eje del mal” o país comunista que tenga un récord comparable de agresión criminal contra otras naciones.

Sea un gobierno democrático socialista de coalición como el de Allende en Chile o Arbenz en Guatemala, uno nacionalista popular como el de Irán bajo Mossadegh, un gobierno marxista-leninista como los de Cuba y Vietnam, o incluso un gobierno nacionalista de derechas como el de Iraq bajo Hussein, todos tienen una cosa en común, un deseo de reclamar alguna porción de tierra, recursos naturales, trabajo y mercados, que han sido copados por los plutócratas locales o las gigantescas corporaciones extranjeras.³

En contraste, los líderes americanos han apoyado fuertemente a los estados-cliente con dictaduras capitalistas como Chile (con Pinochet), Filipinas (con Marcos), Irán (con el Sha), Zaire (con Mobutu), Perú (con Fujimori), el apartheid de Sudáfrica, el gobierno autocrático de Turquía, los gobiernos feudales de Arabia Saudí y Kuwait y otras autocracias como Pakistán y Nigeria. En resumen, los que deciden la política en Washington son menos críticos con los verdaderos enemigos de la democracia que con los que se oponen democráticamente al capitalismo.

* * *

La intervención de los Estados Unidos en África es una historia en sí misma. A través del Banco Mundial y el FMI los líderes americanos han demolido las economías africanas, incluidos los sectores de la sanidad y la educación. La mayoría de las naciones africanas están sumidas en una estructura de deudas que les deja a la merced de los inversores occidentales. Los líderes americanos también han alimentado once guerras en el continente, con el resultado de la muerte de más de cuatro millones de personas y millones que tienen que hacer frente a la malnutrición, al hambre y a la pobreza profunda. Washington ha dado armas y entrenamiento militar a cincuenta países africanos (de un total de cincuenta y tres), ayudando a que África sea la región del mundo más lacerada por la guerra. Sólo durante la década de 1990 treinta y dos países africanos experimentaron conflictos violentos.⁴

Todas estas contiendas bien alimentadas han capacitado a los Estados Unidos y a otros intereses occidentales para acceder al control de los abundantes recursos de África. Cuanto más afectados por la guerra y la pobreza, más dispuestos están los países africanos a vender su trabajo y sus recursos naturales a bajo precio. Asad Ismi nos recuerda que casi el 80 por ciento de los minerales estratégicos que los Estados Unidos necesitan se extraen de África, incluidos el cobalto, el platino, oro, cromo, manganeso y uranio, ingredientes necesarios para fabricar motores a reacción, automóviles, misiles, componentes electrónicos, hierro y acero.⁵

África también supone el 18 por ciento de las importaciones americanas de petróleo (comparado con el 25 por ciento de Oriente Medio), con nuevas reservas por ser explotadas. El continente africano en su totalidad ha sido designado área de interés vital para los

Estados Unidos. Hay planes en marcha para construir nuevas bases navales y militares en el continente. Y de acuerdo con el Grupo para la Política Petrolífera en África (compuesto por representantes de la administración Bush, la industria del petróleo, el Congreso y algunos consultores extranjeros), Washington intenta establecer una estructura militar permanente de mando en África, “lo cual podría producir dividendos significativos para la protección de las inversiones americanas”.⁶

No sólo en África, sino en el mundo entero, los políticos americanos han militarizado nación tras nación para alimentar las capacidades militares de las naciones capitalistas que cooperan. En 2004 la venta de armas a todo el mundo por parte de los Estados Unidos y otros países supuso 40.000 millones de dólares, con destinos importantes en cuantía como Arabia Saudí, país que ni remotamente mantiene una fachada democrática. Desde la Segunda Guerra Mundial el gobierno americano ha entregado unos 240.000 millones de dólares en ayuda militar para equipar y mantener unos 2,3 millones de soldados y fuerzas internas de seguridad en más de ochenta países, no para defender a esas naciones de una invasión del exterior —ya que pocas han sido amenazadas por un ataque de sus países vecinos— sino para proteger a los gobernantes oligarcas y los inversores de las empresas multinacionales de los peligros de la insurgencia doméstica.

¿Cómo podemos determinar el propósito de esta ayuda militar? Observando que: a) las fuerzas militares, de seguridad y escuadrones de la muerte apoyadas por los Estados Unidos en estos diferentes países han sido utilizadas repetidamente para destruir los movimientos populares reformistas e insurgentes que, dentro de sus propias fronteras, defendían algún tipo de políticas igualitarias o de redistribución de la riqueza; b) las fuerzas patrocinadas por los

Estados Unidos nunca se han utilizado para apoyar un movimiento popular reformista, y mucho menos revolucionario, en todas esas naciones; c) los regímenes que más han contado con el favor americano son los integrados en el sistema global de dominio neoliberal de las corporaciones, que mantienen sus economías abiertas a la penetración extranjera en términos que son singularmente favorables para los inversores del exterior; d) los regímenes considerados como anti-occidentales o anti-americanos son los más dados a cometer el pecado de reformas igualitarias o autodefinición nacionalista. Y cuando no hay ningún gobierno reformista de izquierdas contra el que competir, los “globalistas” americanos empiezan a hacerlo contra otros poderes capitalistas.

* * *

Los líderes americanos siempre adoptan una pose defensiva: América está asediada por enemigos amenazadores; no tenemos otra elección que mantener este enorme aparato militar. En realidad, lejos de tener sus espaldas resguardadas, los políticos americanos persiguen el dominio total del mundo. Esta política ha sido enunciada expresamente por un grupo de pensamiento de derechas llamado Proyecto para el Nuevo Siglo Americano (PNAC). Un largo informe de septiembre de 2000 titulado *Reconstruyendo las defensas de América* define la visión del PNAC para el control global americano, incluyendo un fuerte aumento en el gasto militar, una falta de disposición a acatar las leyes internacionales y una expansión dramática de la presencia militar americana y el uso de la fuerza en todo el mundo.⁷

No sólo el informe del PNAC sirve como anteproyecto para la administración Bush, sino que muchos miembros del PNAC se han convertido en políticos de la Casa Blanca, incluidos el vicepresidente Dick Cheney, el secretario de defensa Donald Rumsfeld, el subsecretario de defensa Paul Wolfowitz y el subsecretario de estado John Bolton. Otros numerosos miembros del PNAC ocupan puestos importantes en la administración Bush, principalmente en los Departamentos de Defensa y de Estado.⁸

El objetivo del plan del PNAC es tomar ventaja de la habilidad sin par de los Estados Unidos para mantenerse como “poder prominente del mundo”. El intento es todo menos defensivo. Se puede emplear cualquier método de coerción y dominio. *Reconstruyendo las defensas de América* incluso esconde que los Estados Unidos podrían desarrollar armas biológicas “que puedan tener como objetivo genotipos específicos” para “transformar la guerra biológica de reino del terror en un instrumento políticamente útil”. “El objetivo”, concluye Gregory Elich, “es nada menos que exponer a todo el globo a la amenaza de una agresión americana mientras que se priva a las naciones relativamente bien armadas de sus medios de defensa...”⁹

El informe de PNAC lamenta el hecho de que la opinión pública americana podría no estar de acuerdo con esa política global totalitaria, a menos que se sienta impelida a estarlo en respuesta a “algún acontecimiento catastrófico y catalizador, como el de Pearl Harbor”. Otro de esos aparentemente fortuitos hechos que trabajan a favor de la plutocracia, los ataques del 11 de septiembre de 2001 sobre el World Trade Center y el Pentágono, sirvió precisamente como ese catalizador catastrófico.

El papel jugado por la administración Bush antes y durante el 9 de septiembre todavía está sujeto a alguna controversia. La Casa Blanca ignoró repetidos avisos de las agencias de inteligencia de otras once naciones respecto a un ataque inminente. Dos expertos de la inteligencia israelí viajaron a Washington un mes antes de los ataques para alertar a la CIA y al FBI de que células terroristas se decía estaban planificando una gran operación. La lista que suministraron contenía los nombres de cuatro de los atacantes del 11/9, pero nadie fue arrestado. Un mes antes de los ataques un agente del FBI informó de un plan para atacar las Torres Gemelas, pero ese informe fue ignorado.¹⁰

En el año anterior al 11/9 —cuando se les requirió legalmente— los militares lanzaron aviones de guerra en al menos sesenta y siete ocasiones para interceptar aviones sospechosos, incluidos aviones de pasajeros, que se habían apartado de forma significativa de su plan de vuelo. Pero el 11 de septiembre, en casi dos horas durante las cuales cuatro aviones de pasajeros fueron secuestrados y ocurrieron los ataques, ni un solo avión militar alzó el vuelo.

El comportamiento del propio presidente Bush sugiere el ocultismo. Primero se opuso sin éxito a la formación de una comisión de los dos partidos que investigara los acontecimientos del 11/9. Después intentó nombrar al antiguo secretario de estado Henry Kissinger para presidir la comisión, un hombre que durante toda su carrera se dedicó a ocultar cosas y confundir al público. Después se negó a entregar numerosos documentos pedidos por la comisión. Mientras tanto la consejera nacional de seguridad Condolezza Rice se negó inicialmente a testificar y Bush respaldó su negativa, cambiando su actitud después de una gran presión pública. Y finalmente, él y el vicepresidente Cheney se negaron a testificar bajo jura-

mento, accediendo a aparecer juntos en una reunión a puerta cerrada. ¿Qué es lo que tenían que esconder?

* * *

La obstinación de la administración no tiene sentido hasta que se la coloca frente a los planes de la PNAC con su mención explícita a “un nuevo Pearl Harbor”. La casa Blanca poblada de miembros de la PNAC parece que no hizo nada para prevenir los ataques a pesar del gran número de avisos. El desastre del 11 de septiembre de 2001 les sirvió para sus fines. Realmente como otro Pearl Harbor movilizó a la opinión pública tras los objetivos globales americanos. Después del 11/9, y en consonancia con el plan de la PNAC, Bush dio un cierto número de pasos trascendentales.

Primero, anunció una “guerra al terrorismo”, invitando a todas las naciones y organizaciones del mundo a unirse a su administración, declarando: “O están con nosotros o están con los terroristas”. En adelante todos los países estarían clasificados como *cooperadores* (aceptando la hegemonía de los Estados Unidos) o *adversarios* (no dejando que los líderes americanos hagan lo que se les antoje). Cualquier nación recalcitrante corría el riesgo de ser objetivo de los ataques americanos.

Segundo, la Casa Blanca declaró que no se vería obligada por ningún tratado o acuerdo previo. Las leyes internacionales pasaban a no ser nada excepto un molesto estorbo que el único superpoder del mundo se saltaría cuando quisiese.

Tercero, Bush anunció la salida de los Estados Unidos del Tratado de Misiles Antibalísticos. Se reanudaría la carrera nuclear y los

Estados Unidos establecerían su dominio total sobre la tierra, el mar, el aire y el espacio exterior.

Cuarto, Bush anuló la firma por parte de los Estados Unidos del tratado que establece el Tribunal Criminal Internacional. El Tribunal era un paso magnífico dado por muchas naciones para perseguir a los líderes de cualquier nación que violaran los derechos humanos de otros. En su lugar los líderes americanos presionaron a varios países para que garantizaran la inmunidad de sus funcionarios y su personal militar.

Quinto, la casa Blanca anunció su derecho a la guerra preventiva contra cualquier nación que le disgustase. Varios países fueron señalados con el dedo como incluidos en la lista del Tío Sam, algunos eran los mismos de la lista del plan de la PNAC: Iraq, Irán, Corea del Norte y Siria, para empezar.

Sexto, la guerra proseguiría en Afganistán y se establecerían otras bases importantes en otros países de Asia central.

Séptimo, se lanzó una guerra de conquista contra Iraq. El plan de la PNAC, publicado un año antes de los ataques de septiembre de 2001, demuestra que la administración Bush habría intentado el control militar de la región del Golfo hubiera estado o no Saddam en el poder.

Octavo, la Casa Blanca se embarcó en una escalada masiva de gasto militar, con 176.000 millones alocados durante los primeros seis meses de la guerra contra Iraq. Dado el déficit enorme resultante de este tipo de gastos, los republicanos pidieron recortes en el presupuesto interno, especialmente para los lujos frívolos tales como la atención sanitaria a los mayores, la asistencia a discapacitados, las regulaciones y protecciones medioambientales, las pensio-

nes de vejez y la educación pública. Así el Imperio se alimenta de la República.

El plan de la PNAC visiona una confrontación estratégica con China y una presencia militar todavía más grande en cada rincón del mundo. El objetivo no es sólo el poder por sí mismo, sino el poder para controlar los recursos naturales y los mercados del mundo, poder para privatizar y eliminar las reglas de las economías de todas las naciones del mundo y para poder caer sobre las espaldas de la gente en cualquier parte –incluida Norteamérica– con las bendiciones del “mercado libre” global. El objetivo final es asegurarse no simplemente la supremacía del capitalismo global como tal, sino la supremacía del capitalismo global americano, evitando el surgimiento de otros superpoderes potencialmente competidores o, por ejemplo, cualquier poder regional potencial como Iraq. En el capítulo siete señalé que los superpatriotas americanos creen que su nación está en posesión de virtudes sin igual que ningún otro país puede proclamar. Los Estados Unidos supuestamente tienen la misión especial de luchar contra la tiranía, reconstruir las naciones menos afortunadas y crear un mundo mejor, incluso si eso lleva consigo matar a gran número de infieles anti-americanos en el extranjero. Pero la verdad es que los líderes americanos no se dedican a que la justicia social y la democracia avancen en el mundo. Su verdadera dedicación –como ellos dicen a veces– es crear un mercado libre global dominado por los Estados Unidos. Un patriotismo como ése es más conocido por su nombre verdadero: imperialismo.

NOTAS

1. Sobre Afganistán, ver la discusión en mi *The Terrorism Trap: September 11 and Beyond* (San Francisco: City Lights, 2002), capítulo 4.
2. Ver las fuentes de información en la nota previa.
3. Para evidencias de estos diversos casos, ver mi *Against Empire* y los escritos de James Petras, Gregory Elich, William Blum, Edward Herman y Chalmers Johnson.
4. Asad Ismi, "Ravaging Africa", *Briarpatch*, febrero 2003.
5. Ismi, "Ravaging Africa".
6. Dena Montague, "Africa: The New Oil Military Frontier", *Peacework*, octubre 2002; también Ismi, "Ravaging Africa".
7. Gregory Elich, "Imperial Enterprise: War Mongers Run Amuck", *Swans*, 17 de marzo 2003. [www.swans.com].
8. Otros miembros de la PNAC en altos puestos de la administración Bush son: Richard Perle, Eliot Cohen, Devon Cross, Stephen Cambone, Richard Armitage, Lewis Lobby, Don Zakheim y William Bristol.
9. Elich, "Imperial Enterprise".
10. Michael Meacher en *Guardian* (UK), 6 de septiembre 2003; también *Daily Telegraph* (UK), 16 de septiembre 2001 y *Newsweek*, 20 de mayo 2002.

¿POR QUÉ NOS ODIAN?

Los críticos con la política exterior americana siempre hemos argumentado que el mejor camino para la seguridad nacional no está ni en la represión de un estado policial en casa ni en las conquistas militares en el extranjero, sino en una política exterior que haga que los Estados Unidos dejen de ser objeto de odio entre la gente de todo el mundo.

El terrorismo es una forma perversa de acción política dirigida contra gente inocente e indefensa, como ha demostrado de nuevo la masacre de los pasajeros de los trenes de Madrid en marzo de 2004. A la vez que denunciarnos tales ataques tenemos que intentar comprender por qué ocurren. Los ataques terroristas al World Trade Center y al Pentágono del 11 de septiembre de 2001 hicieron surgir la pregunta entre muchos comentaristas y ciudadanos en los Estados Unidos: “¿Por qué nos odian?” ¿Cómo puede alguien querer hacer tales cosas a los Estados Unidos y a nosotros, amables americanos? Un cierto número de eruditos de derechas de los que pueblan los medios de información mantiene que los “terroristas islámicos” nos atacan porque somos prósperos, libres, demócratas y seculares; quieren cambiar nuestras formas. Como señaló el locutor

de la CBS-TV Dan Rather: “Somos ganadores y ellos son perdedores, y por eso nos odian”.

De hecho, si nos molestamos en escuchar lo que los terroristas mismos dicen realmente, nos odian no por lo que *somos*, sino por lo que *hacemos*, a ellos y a su zona del mundo. Los individuos que pusieron bombas en el World Trade Center la primera vez, en 1993, enviaron una carta al *New York Times* declarando que el ataque fue “en respuesta al apoyo político, económico y militar de los Estados Unidos a Israel... y al resto de las dictaduras de la región [Oriente Medio]”.¹

En noviembre de 2001, en su primera entrevista después del 11/9, Osama Bin Laden dijo esto: “Ésta es una Jihad defensiva. Queremos defender a nuestro pueblo y al territorio que controlamos. Por eso es por lo que dije que si nosotros no tenemos seguridad, los americanos tampoco la tendrán”. Un año más tarde un mensaje grabado de Osama Bin Laden comenzaba: “El camino hacia la seguridad [para América] empieza donde termine su agresión. El trato recíproco es parte de la justicia. Los incidentes [terroristas] que han tenido lugar... son sólo reacciones y acciones recíprocas”.²

Ya al principio de 1989, el antiguo presidente Jimmy Carter declaró al *New York Times*: “Sólo tienes que ir a Líbano o a Jordania para ser testigo de primera mano del odio intenso de mucha gente hacia los Estados Unidos a causa de sus bombardeos, ataques y muertes inmisericordes de ciudadanos inocentes –mujeres, niños, granjeros y amas de casa– en los pueblos que rodean Beirut. Como resultado de eso... nos hemos convertido en una especie de Satán en las mentes de esas personas, que están profundamente resentidas. Eso es lo que... ha precipitado algunos ataques terroristas”.³

La resistencia iraquí a la ocupación americana (durante 2003-2004) no parece impulsada por la envidia a los Estados Unidos como tal, sino por el deseo de que los americanos salgan de Iraq. Los iraquíes están resentidos con los americanos no porque sean libres, prósperos y seculares, sino porque las fuerzas de los Estados Unidos han sembrado la muerte y la destrucción sobre su destrozado país. Como exclamó una mujer iraquí a cuyos familiares habían matado las tropas americanas: “Dios maldiga a los americanos. Dios maldiga a los que nos los han traído”.⁴ Bajo la ocupación americana el desempleo se ha disparado hasta el 50 por ciento y los pueblos y ciudades están sin electricidad, sin agua y sin poder depurar sus aguas residuales desde hace meses. Mientras tanto las compañías americanas están bombeando el petróleo iraquí y privatizando y expropiando la economía entera del país.

En un estudio en profundidad, en el que se han empleado cinco años, sobre el terrorismo de motivación religiosa, dirigido por Jessica Stern, que entrevistó a militantes religiosos de todas las tendencias, se ha llegado a la conclusión de que los hombres y mujeres no están impulsados ni por el odio hacia la prosperidad y la democracia de los Estados Unidos ni por la violencia nihilista. Lo que ocurre es que tienen una fe profunda en la justicia y en su causa y en la posibilidad de transformar el mundo a través de su sacrificio personal violento.⁵ A los Estados Unidos no se les envidia, sino que se les odia por la represión y la pobreza que han impuesto sobre estos países.

* * *

Los bombardeos e invasiones perpetrados por los dirigentes de los Estados Unidos sobre los pueblos de otras naciones son todos por su bien, o eso es lo que quieren que pensemos. El por qué estos pueblos no lo ven así sigue siendo un misterio para los responsables de las “guerras humanitarias” en Washington. Cuando se le preguntó qué pensaba acerca de los motivos que otros países tenían para profesar ese “odio vitriólico a América”, George W. Bush ofreció su mistificación superpatriota: “Estoy asombrado de que existan esos malentendidos que hacen que la gente nos odie. Como la mayoría de los americanos, no puedo creerlo porque sé lo buenos que somos”.⁶

Pero incluso el Pentágono admitió que lo que hacen los americanos en el extranjero puede tener algo que ver con la incitación al terrorismo. Un estudio de 1997 del Departamento de Defensa concluye: “Los datos históricos muestran una fuerte correlación entre la intervención americana en situaciones internacionales y el incremento de los ataques terroristas contra los Estados Unidos”.⁷ Esa “intervención americana”, habría que decir, a menudo consiste en un terrorismo de estado que ataca a los movimientos populares en todo el mundo, el asesinato de líderes laborales, trabajadores, campesinos, estudiantes, periodistas, clérigos, maestros y cualquiera que apoye un orden social más igualitario dentro de su propio país.

La gente de todo el mundo teme al imperio militar americano, con su incontestable capacidad destructiva jamás vista antes en la historia. Esta fuerza global consiste en medio millón de soldados estacionados en 395 bases principales y cientos de instalaciones menores en unas 120 naciones, con cifras a gran escala en 25 países; 8.000 armas nucleares estratégicas y 22.000 tácticas y una armada mayor en tonelaje y poder de fuego que todas las del mundo en su

conjunto, disponiendo de misiles de crucero, submarinos nucleares, bombarderos y destructores que patrullan todos los océanos.

Los escuadrones de bombarderos y misiles de largo alcance pueden alcanzar cualquier objetivo, desarrollando la fuerza explosiva suficiente como para destruir la infraestructura completa de países enteros, como se ha demostrado en Iraq en 1990-1991 y en Yugoslavia en 1999. Los satélites americanos y los aviones espía surcan todo el planeta. Además los Estados Unidos están desarrollando la capacidad para conducir la guerra desde el espacio exterior. Con sólo el 5 por ciento de la población de la tierra, los Estados Unidos tienen un presupuesto militar mayor que el del resto de los principales países poderosos juntos.⁸

Sociedades enteras han sido socavadas y destruidas, no sólo por los bombardeos e invasiones de los Estados Unidos, sino por las sanciones y políticas monetarias que han supuesto deudas y pobreza para las naciones en conflicto. El terrorismo patrocinado por los Estados Unidos —en forma de escuadrones de la muerte, paramilitares, invasiones orquestadas y ocupaciones— ha causado millones de bajas en las poblaciones de otros países. Puede que esto tenga algo que ver con el por qué nos odian.

NOTAS

1. *New York Times*, 9 de enero 1998. Ésta y las dos siguientes citas me las ha suministrado amablemente William Blum.

2. *Los Angeles Times*, 13 de noviembre 2002.

3. *New York Times*, 26 de marzo 1989.
4. *San Francisco Chronicle*, 11 de enero 2004.
5. Jessica Stern, *Terror in the Name of God* (Nueva York: Ecco, 2003).
6. *Boston Globe*, 12 de octubre 2001.
7. Departamento de Defensa de los Estados Unidos, Consejo de Ciencia Defensiva, estudio del grupo de trabajo, verano 1997, sobre respuestas a las amenazas transnacionales. Informe Final, octubre 1997, vol. I. [HIPERLINK <http://www.acq.osd.mil/dsb/trans.pdf>], citado en Williams Blum, "Myth and Denial in the War Against Terrorism".
8. Sobre el gasto militar de los Estados Unidos, ver *Defense Monitor*, noviembre/diciembre 2003, publicación del Centro para Información de la Defensa, Washington, D.C. Sobre el imperio militar americano, ver la colección de artículos en Carl Bogas, ed., *Masters of War: Militarism and Blowback in the Era of American Empire* (Nueva York/Londres: Routledge, 2003).

EL VERDADERO PATRIOTISMO

En contraste con los superpatriotas están los verdaderos patriotas que se preocupan por su país y quieren mejorarlo. Su patriotismo tiene un contenido social. Ellos saben que la democracia no es sólo tener elecciones. La democracia debe servir a las necesidades e intereses de la *demos*, el pueblo. Los verdaderos patriotas se informan sobre la verdadera historia de su país y no están satisfechos con el ondear de banderas que pasa por historia. Encuentran cosas diferentes a las de los superpatriotas en nuestro pasado de las que estar orgullosos, tales como la lucha por la emancipación, el movimiento abolicionista, el movimiento por la paz, la eliminación del trabajo infantil, la jornada de ocho horas, la seguridad en el trabajo, la justicia racial y la igualdad de género. En el panteón de los verdaderos patriotas podemos encontrar a Tom Paine, Harriet Tubman, Frederick Douglass, Mark Twain, Susan B. Anthony, Madre Jones, Big Bill Haywood, John Reed, Eugene Victor Debs, Elizabeth Gurly Flynn, Jeannette Rankin, Rosa Parks, Paul Robeson, A.J. Muste, Harry Bridges, Walter Reuther, Martin Luther King y millones de personas que lucharon por la justicia social.

Los verdaderos patriotas no sucumben fácilmente ante los temores populares sobre amenazas externas que propaga la plutocracia. En vez de eso se dan cuenta de las cosas que la gente realmente debería temer: la potencialmente catastrófica amenaza del calentamiento global, la funesta y creciente influencia del dinero en nuestra vida política, los crecientes ejemplos de coacción electoral, fraude y ratería, el poder arrogante de las corporaciones, el desenfrenado delito empresarial que saquea miles de millones de dólares del tesoro público y de los ahorros privados, el colosal presupuesto militar, la cada vez más grande deuda nacional que absorbe cientos de miles de millones del tesoro público cada año y amenaza toda la estructura económica de la nación, las leyes represivas que limitan nuestras libertades con el pretexto de la seguridad nacional, la política de guerra perpetua por el petróleo y las agresiones ilegales que han hecho de los Estados Unidos el país más odiado y temido del mundo.

Mientras hacía campaña para la nominación demócrata a la candidatura presidencial, el senador John Edwards habló sobre las “dos Américas” que tenemos hoy:

“Una América que hace el trabajo y otra América que recoge la recompensa. Una América que paga impuestos y otra que obtiene exenciones. Una América que lo hará todo por dejar a sus hijos una vida mejor y otra América que nunca hará nada porque sus hijos ya están situados para afrontar la vida. Una América –la clase media americana– cuyas necesidades Washington ha olvidado siempre y otra América –una América de miras estrechas– cuyo único deseo es lo que mande Washington. Una América que está luchando por

salir adelante y otra América que puede comprar todo lo que desee, incluso el Congreso y un presidente”.

Los verdaderos patriotas forman parte de la primera América que describe Edwards. Luchan por los cambios sociales fundamentales. Quieren que los ricos paguen sus impuestos y no sólo la gente trabajadora. Quieren desarrollar los recursos de la energía renovable y no contaminante, como el viento, las mareas y el sol y sistemas de transporte más seguros y con menos uso de los combustibles fósiles tóxicos. En contraste con los superpatriotas conservadores que sólo miran los beneficios, que expresan repetidamente su amor por América, pero que no parecen importarles sus bosques, sus ríos, sus humedales, su vida salvaje y la salud ecológica general, el verdadero patriota pone el medio ambiente por encima de todo lo demás, porque sin una ecología sostenible no sobrevivirá nada.

* * *

Los verdaderos patriotas defienden la libertad de expresión y la libertad de ideas en los medios principales, lo que incluye los puntos de vista disidentes de izquierdas así como las opiniones usuales convencionales de derechas a las que estamos expuestos de forma permanente. Los verdaderos superpatriotas quieren un pequeño alivio del imperio de los evasivos, fatuos, circunspectos y conservadores eruditos del todo-lo-sé y de los comentaristas insípidos. Quieren más debates en los medios sobre los supuestos básicos de la política exterior americana y el libre mercado global. Quieren reclamar

las ondas de la nación, que no pertenecen a los jefes de las cadenas, sino al pueblo de los Estados Unidos.

Algunos verdaderos patriotas quieren un gobierno que vaya hacia una producción que no busque beneficios. Quieren el juego limpio de empresas controladas por los trabajadores y de propiedad pública. Si la industria privada no puede cubrir las necesidades del pueblo, no puede hacer casas y hospitales suficientes para todos, entonces debería hacerlo el sector público, no contratando empresas privadas en busca de beneficios, sino con una producción directa, como durante el Nuevo Pacto, cuando los trabajadores públicos hicieron tiendas, cunas y zapatos y envasaron comida para los necesitados, una producción sin ánimo de lucro que creó empleos, cubrió las necesidades humanas, amplió el poder adquisitivo individual y la base de los que pagan sus impuestos, todo ello sin que ningún inversor parásito privado ganara un solo penique.

Los verdaderos patriotas quieren abrir nuestro sistema político a nuevos partidos políticos, no sólo a los dos partidos capitalistas, globalistas, constructores del imperio. Necesitamos hacer lo que han hecho otras numerosas democracias e instituir una representación proporcional, con acceso de los partidos disidentes al voto, unas condiciones de registro del voto convenientes, campañas financiadas públicamente para todos los candidatos y tiempo gratuito en las televisiones para todos los partidos políticos.¹

Los verdaderos patriotas no temen los cambios dramáticos, si van en una dirección democrática. Quieren una democratización fundamental en el proceso político y en la economía del país. Como dijo Mark Twain hace más de un siglo, su lealtad no es para con las instituciones del país o sus funcionarios como tales. Su lealtad es para los principios básicos de la democracia, con el entendimiento

de que “todo el poder político es inherente al pueblo y todos los gobiernos libres están basados en su autoridad e instituidos para su beneficio; y el pueblo tiene *en todos los casos* el derecho innegable e irrenunciable de *alterar su forma de gobierno* del modo que crea conveniente”.²

En suma, los verdaderos patriotas no se dejan atrapar por las trampas del superpatriotismo, sino que están interesados en la sustancia de la justicia social. Una niña de doce años llamada Charlotte Aldebron nos recuerda que debemos poner menos atención a los iconos del patriotismo y más a su contenido humano:

“La bandera americana está por el hecho de que esa tela puede ser muy importante. Es contra la ley dejar que la bandera toque el suelo o dejar que ondée cuando el tiempo es malo. La bandera tiene que ser tratada con respeto. Puedes decir lo importante que es esta tela porque cuando la comparas con la gente ves que se la trata mucho mejor. Nadie se preocupa si una persona sin techo toca el suelo. Una persona sin hogar puede permanecer toda la noche en el suelo sin que nadie le recoja, le ayude y le cobije de la lluvia. Los niños de la escuela tienen que jurar lealtad a este trozo de tela cada mañana. Nadie jura lealtad a la justicia, a la igualdad o a la decencia humana. Nadie tiene que prometer que la gente tendrá un sueldo adecuado, o la comida suficiente para alimentarse, o las medicinas necesarias, o agua potable, o aire libre de contaminación. Todo lo que tenemos que prometer es amar a un rectángulo de tela roja, blanca y azul”.³

* * *

Este concepto del verdadero patriotismo no es una idea nueva. Durante la primera parte del siglo XX los maestros de escuela que eran parte del Movimiento Progresista defendían un “patriotismo cívico” en el que “el trabajo del patriota no es luchar y morir por su país, es trabajar y vivir para hacer una nación grande”.⁴ En tiempos recientes hemos visto ejemplos en todo el país. Consideremos los numerosos patriotas que no están dispuestos a vender sus libertades civiles bajo la promesa de que un gobierno todo-lo-sabe y todo-lo-puede les mantendrá seguros y sanos. Millones de americanos parece que están de acuerdo en que no hay seguridad en vivir bajo el poder abusivo de un estado policial. En una encuesta de la Associated Press en septiembre de 2003, dos tercios de los participantes dijeron que estaban preocupados ante la posible pérdida de libertad que suponían las leyes diseñadas supuestamente para defendernos del terrorismo. A principios de 2004 más de 240 gobiernos locales y estatales en todo el país aprobaron resoluciones condenando el contenido represivo del Acta del Patriota, incluida la ciudad de Chicago y el condado más populoso de América, Broward County, en Florida, con 1,6 millones de personas. Los gobiernos de los estados de Hawai, Alaska y Vermont también renunciaron al Acta. Y en noviembre de 2003 la Cámara de Representantes votó la cancelación de fondos para dos disposiciones clave del Acta.

Poco después la Unión para las Libertades Civiles Americanas informó de un considerable incremento en sus miembros en 2003, lo que coincidió con su trabajo contra la legislación represiva de varios grupos conservadores e individuos, incluido el Foro del Águila. La Asociación Americana de Abogados denunció formalmente los tribunales militares. La Asociación Americana de Libreros hizo pública una protesta contra la sección del Acta del Patriota que per-

mite a los funcionarios federales obtener información sobre nuestras lecturas y uso del ordenador en las bibliotecas y prohíbe a los bibliotecarios avisarnos del hecho.⁵

Mientras tanto pocos americanos asemejan el militarismo al patriotismo. En 2003 el Gremio Nacional de Abogados informó que un número creciente de soldados estaban buscando consejo legal para negarse a luchar o intentar salirse de las fuerzas armadas. Y el número de jóvenes que decía que nunca se alistarían al ejército subió del 40 por ciento en 1980 al 64 por ciento en 2000, incluso aunque las oportunidades de trabajo disminuyeron durante ese período. Ni siquiera los acontecimientos del 11/9 cambiaron esa tendencia.⁶ Eso no significa que los jóvenes amen menos a su país, sólo que no desean arriesgarse a los horrores de la guerra.

Casi dos tercios de los americanos estaban de acuerdo en una encuesta con la afirmación de que “los Estados Unidos juegan el papel de policía del mundo más de lo que deberían” y sólo un 12 por ciento pensaba que los Estados Unidos deberían continuar como “el líder prominente del mundo para resolver los problemas internacionales”.⁷ Una vez más la gente está por encima de sus líderes, no porque sean más listos, sino porque sus intereses están en el corazón en mayor medida que los que defienden la grandiosidad global.

* * *

Finalmente, los verdaderos patriotas son internacionalistas. Sienten un apego especial por su país, pero no de la forma competitiva que coloca a los Estados Unidos frente a otros poderes. Con-

sideran a la gente de todas las naciones como miembros diferentes de la misma familia humana.

En 1936 individuos de muchos países y estilos de vida se unieron para formar la Brigada Internacional que luchó en España para proteger a la democracia de las fuerzas fascistas del Generalísimo Franco. Charles Nusser, un veterano de esa gran lucha, relata este incidente de patriotismo internacional: “Sam Gonshak y yo , ambos veteranos de la Guerra Civil Española, estuvimos en Guernica el 1 de junio de 1985 [para conmemorar la Guerra Civil Española]... nunca olvidaré el discurso del organizador de la reunión. Se refirió a Sam y a mí como “patriotas del mundo”. No patriotas de los Estados Unidos, sino “patriotas del mundo”. Siempre ha habido muchos patriotas de diversos países intentando saltar al cuello de los patriotas de otros”.⁸

“Patriotas del mundo” que viven en los Estados Unidos y quieren que dejemos de destruir a los demás con bombas, misiles y escuadrones de la muerte y empecemos a sanear esta nación. Éste no es sólo un ideal bueno y noble, es una necesidad histórica. Es la mejor forma de seguridad. Más pronto o más tarde los americanos descubrirán que no pueden vivir sólo ondeando la bandera. Empezarán a introducirse en la realidad, enfrentándose a las irrationalidades e injusticias de un sistema que produce las extravagancias sin fin del superpatriotismo, les agobia a impuestos, origina una deuda nacional y un presupuesto militar aplastantes, ensangrienta las tierras extranjeras y olvida tristemente las necesidades internas, negando el pan y la prosperidad a sus ciudadanos. Necesitamos volver a la realidad. Necesitamos desvelar las mentiras y subterfugios que mantienen a la plutocracia rica. Necesitamos seguir políticas, tanto en casa como en el exterior, que sirvan a las necesidades reales de la

humanidad. Entonces podremos amar a nuestro país, y también a la paz y a la justicia.

NOTAS

1. Por ejemplo, ver las reformas electorales iniciadas por el gobierno sandinista en Nicaragua, en Michael Parenti, "Is Nicaragua More Democratic Than the United States?" *CovertAction Information Bulletin*, verano 1986, 48-50, 52.

2. Maxwell Geismar, ed., *Mark Twain and the Three R's* (Nueva York: Bobbs Merrill, 1973), 179-80; la cita es de la novela de Twain, *A Connecticut Yankee in the King Arthur's Court* (1889). (bastardilla en el original).

3. Charlotte Aldebron, "What the American Flag Stands For", *Heartland Review Quarterly*, octubre 2002.

4. Citado en O'Leary, *To Die For*, 192.

5. Jennifer Van Bergen, "Bush, Media, and the Bill of Rights", 9 de Julio 2003. [<http://www.truthout.org>].

6. *San Francisco Chronicle*, 2 de marzo 2003 y Van Bergen, "Bush, Media, and the Hill of Rights".

7. Encuesta de Foreign Policy en *Focus*, 1 de mayo 2003. [www.fpif.org].

8. Charles Nusser, carta a *The Nation*, 6-13 de enero 1992 (bastardilla en el original).

ÍNDICE

- ¿Qué significa amar a nuestro país?, 11
- América, amarla o dejarla, 20
- La importancia de ser el “Número Uno”, 30
- Patriotismo militar: Por la bandera y los misiles, 39
- ¡USA, USA! Deportes para superpatriotas, 49
- Los divinos políticos, 58
- Una nación mesiánica, 69
- Seguir al líder, 80
- Temor patriótico, 89
- La amenaza interior, 100
- ¿Son patriotas los plutócratas?, 110
- Apoyar a nuestras tropas (Recortar sus beneficios), 121
- Gobernantes del planeta, 130
- ¿Por qué nos odian?, 141
- El verdadero patriotismo, 147

COLECCIÓN "OTRAS VOCES"

1. EL PROBLEMA ESPAÑOL, Alberto Arana
2. EL BURDEL DE LAS PEDRARIAS, Ricardo Pasos M.
3. LA OTRA HISTORIA DE LOS EE.UU., Howard Zinn
4. MUJERES EN KURDISTÁN, Gerd Schumann
5. EL JUEGO DE LA MENTIRA. LAS GRANDES POTENCIAS, YUGOSLAVIA, LA OTAN Y LAS PRÓXIMAS GUERRAS, Michel Collon
6. LA ESTÉTICA DE LA RESISTENCIA, Peter Weiss
7. NADIE ES NEUTRAL EN UN TREN EN MARCHA, Howard Zinn
8. LA CUARTA VÍA AL PODER: VENEZUELA, COLOMBIA, ECUADOR, Heinz Dieterich
9. EL MITO DE LA GUERRA LIMPIA, Jacques R. Pauwels
10. HAITI PARA QUÉ. USOS Y ABUSOS DE HAITÍ, Paul Farmer
11. LA HISTORIA COMO MISTERIO, Michael Parenti
12. EL ORDEN SIN EL PODER. Ayer y hoy del anarquismo, Normand Baillargeon
13. LOS NUEVOS CUBANOS, Eva Forest

14. PATOLOGÍAS DEL PODER, Paul Farmer
15. CUBA Y LA LUCHA POR LA DEMOCRACIA, Ricardo Alarcón
16. EL ASESINATO DE JULIO CÉSAR, Michael Parenti
17. CONTRA LOS ZARES ESPAÑOLES, Alberto Arana



Michael Parenti está considerado uno de los pensadores estadounidenses más progresistas de los últimos tiempos. Recibió su doctorado en ciencias políticas en la Yale University en 1962 y ha sido profesor en numerosos institutos y universidades. Sus escritos han sido muy difundidos en diarios y revistas —*CovertAction Quarterly*, *Z Magazine*, *New Political Science*, *Monthly Review*, *The Humanist*, *Dollars and Sense*, *The Nation*, *Los Angeles Times*, *New York Times*— y ha participado en programas de radio, aportando en todas sus intervenciones interesantes ideas sobre temas como: “Democracia y poder

económico”, “Imperialismo y Estados Unidos”, “Intervencionismo de los EE.UU.”, “Terrorismo y Globalización”, “los Media”, “Ideología e Historia”, “Raza, género y clase”, “El derrocamiento del comunismo”, etc. Algunos de sus libros más renombrados son: *La trampa del terrorismo*, *Democracia para unos pocos*, *Matar a una nación*, *Contra el Imperio*, *Inventar la realidad*, *Tierra de ídolos*, *La espada y el dólar* y *El asesinato de Julio César*, *La Historia como misterio* (publicados en esta misma colección).

Los superpatriotas son los que ponen el orgullo nacional y la supremacía americana por encima de todo y de una forma acrítica. Parenti se cuestiona si sus propagandistas lo son realmente, evadiendo impuestos, acabando con empleos, contaminando el medio ambiente y liquidando el tesoro nacional. Examina cómo los líderes políticos y las corporaciones mediáticas crean miedo con el fin de conseguir el apoyo para la globalización de sus ideas y para la destrucción de cualquier disidencia, interior y exterior.

Finalmente, propone alternativas al superpatriotismo, proponiendo que los verdaderos patriotas son los que se interesan por adquirir una educación profunda sobre la historia y el presente de su país, arguyendo que no sólo no es anti-americano criticar las injusticias sociales en casa ni oponerse a las políticas globales perseguidas por sus gobernantes, sino que además es un derecho democrático y un deber patriótico el hacerlo.

¿Qué significa amar el propio país? ¿Por qué es tan importante para los estadounidenses ser el Número Uno? ¿Qué determina la “grandeza” americana? ¿Somos realmente un “regalo de Dios” para la Humanidad? ¿Por qué nos odian?

Estas son algunas de las cuestiones que Parenti, con fino humor y penetrante análisis, aborda en este libro, dándonos así las herramientas para un debate sobre este tema, tan candente en nuestros días.

